

**Manuel Orestes
Nieto**

El cristal entre la luz

***Obra poética
1968-2008***



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



MANUEL ORESTES NIETO

El cristal entre la luz



[*Obra poética 1968-2008*]



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



2008

El cristal entre la luz (Obra poética 1968-2008)

© Manuel Orestes Nieto, 2008.

© La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2008.

Portada:

Adonáí Rivera Degracia: *Jalando de las barbas del maíz*.

Fotografía © Martín Edwards Ibarra.

Diseño Gráfico y Asesoría Editorial:

Pablo Menacho

Fotografía de contraportada:

© Anselmo Mantovani.

P.

861

N677

NIETO, Manuel Orestes

El cristal entre la luz (Obra poética 1968-2008)/ Manuel Orestes Nieto. Panamá: La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2008.

512 p.; 23 cm.

ISBN 978-9962-8801-8-9

1. LITERATURA PANAMEÑA-POESÍA
2. POESIA PANAMEÑA
- I. TÍTULO.



Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización del autor.

ISBN 978-9962-8801-8-9

Impreso por PANAMERICANA Formas e Impresos, S.A.
Impreso en Colombia—Printed in Colombia

COMO UNA FINA ESCULTURA DE MÁRMOL

I

Un hecho, particularmente aciago, signó el eje temático de lo que sería una parte significativa de la poesía panameña durante gran parte del recién pasado siglo XX. En síntesis, este hecho bifurcó la búsqueda del alma de la nación. Por una parte, se trataba (y se trata aún) de la búsqueda y fijación de una identidad nacional, con una cultura propia y unas características muy particulares; y, por otra, el derecho al ejercicio de la plena soberanía sobre todo nuestro territorio, partido en dos por la herida de una quinta e inesperada frontera, producto de aquel destino manifiesto que se adjudicaron las potencias emergentes y que desembocaría en la construcción de la vía de agua que uniría los dos grandes mares y acortaría las distancias.

Fue la presencia excluyente y, en un principio, a perpetuidad, de una potencia extranjera, la que encarnó en el alma nacional su derecho a ser por sí misma y a exigir que le fuera devuelto lo que se le expropió en forma ilegítima. Le costó muchos desvelos a este país sobreponerse a la humillación que ello entrañaba y le costó, también, la sangre inocente de muchos héroes ya registrados a lo largo de nuestra historia. Así, una parte significativa de la poesía panameña fue emergiendo, como si de un faro guía se tratara, alrededor de estas largas e inacabables luchas, mezclada siempre por sentimientos encontrados de dolor y de esperanza.

Lo cierto es que esta temática en la poesía panameña condicionó, de alguna manera, la estética y los puntos de referencia con los cuales se valoró nuestro quehacer poético de esta primera centuria

de vida republicana. Así, desde el principio mismo de la República, la poesía de corte nacional y reivindicativo —y, en general, toda nuestra literatura, pues también abarcó la narrativa y el teatro— se abrió un paso importante dentro de nuestro quehacer literario, llevando en su seno las semillas mismas de nuestra identidad, las cuales se fueron propagando de generación en generación hasta aquel mediodía de diciembre en el que finalmente Panamá recuperó el pleno disfrute de su soberanía sobre todo su territorio.

II

Hacia la medianía del siglo XX, un joven crecía cerca de donde antaño se extendió el arrabal de Santa Ana, allá donde aún se podían tantear los extramuros de la entonces pequeña ciudad de Panamá. Era un joven que, sin duda, sólo soñaba con mojarse en el aguacero y escuchaba a su abuela hablar de una provincia olvidada y de unas minas subterráneas que hoy han sido abandonadas, pero que desde entonces le desgarraron para siempre la existencia: Era el nieto de Baldomera Espinosa, el mismo que años después terminó empapado, no por los aguaceros de octubre, sino por el aguaje de la historia nacional. No en vano, optó por estudiar precisamente esa disciplina: la historia y desgranar, a través de ella, los hilos que tejieron con fuerza telúrica el ser profundo de la nación, ejerciendo para ello la alquimia de un oficio extraño: se hizo poeta, y así salió a la calle y a la literatura, cargado de dolor y ensueños para reconstruir los hechos que hemos vivido todos desde que una mañana de septiembre Rodrigo de Bastidas contemplara, por vez primera para unos ojos europeos, nuestras costas.

Hoy Manuel Orestes Nieto ha recorrido ya un largo y fructífero camino en las letras panameñas y le ha aportado a la misma títulos que han sido objeto de celebración y estudios profundos por parte de muchos analistas literarios. Ha cosechado los más importantes premios nacionales de poesía, ha sido el único poeta

panameño en obtener el Premio Casa de las Américas en poesía y ha sido reconocido por la excelencia de su obra poética y los aportes que la misma ha representado para el país. En esencia, es uno de los exponentes más representativos que ha dado la poesía panameña en la segunda mitad del citado siglo y el portador de una obra esculpida finamente de un sólo bloque de mármol con una vena lírica y otra civil que se entrelazan de manera armónica con los sonidos del mar. Es un edificio verbal de múltiples pisos, edificado con un riguroso amor por el oficio y con la patria al borde de los ojos y al fondo del corazón.

Los textos que aquí aparecen dan cuenta por sí mismos de su extraordinario valor.

III

La presente edición recoge, fundamentalmente, la obra poética de Manuel Orestes Nieto que ha sido editada en forma de libro a lo largo de cuatro décadas de ejercicio escritural. Estos poemas han sido objeto, en algunos casos, de pequeñas correcciones por parte de su autor que le han llevado a fijarlos aquí sin las erratas con las que fueron publicados en su momento. Se agregan, además, algunos textos poéticos escritos a través del tiempo y que, hasta ahora, no habían visto la edición, por lo que este libro, a su vez, aporta una parte de la poética de Manuel Orestes Nieto que nos era desconocida, ya sea por haber permanecido inédita —tal es el caso de los poemarios *Sangre vidriada*, *Este lugar oscuro del planeta*, *Carta de otoño* y *Ardor en la memoria*— o por haber aparecido en ediciones muy limitadas que han circulado entre un pequeño grupo de lectores cercanos al poeta —como puede ser el caso, por ejemplo, de *El país iluminado*.

No aparecen aquí los “poemas sueltos” que el poeta publicara en diversas revistas y periódicos de nuestro país o de otros ámbitos a los que ha llegado su obra. El caso más visible tal vez lo sea el

poema *Consolidación de la sangre*, que fuera publicado en la revista *Lotería* y, luego, reproducido por Rodrigo Miró en *Itinerario de la poesía en Panamá*.

Sin embargo, estamos ante una vasta y muy completa visión de lo que ha sido la poesía de Manuel Orestes Nieto desde sus inicios en las letras hasta los días que transcurren, pues aquí se muestra, en toda su extensión, lo que ha sido ese compromiso indeclinable con el cual este poeta asumió este —demasiadas veces ingrato— oficio de escritor y de cómo ha ido construyendo a través del mismo una obra profunda y sincera que nos representa dignamente y con la que todos los panameños debemos sentirnos identificados.

PABLO MENACHO

Ciudad de Panamá, febrero 2008.

Para Helena y Ethielt.



ARDOR EN LA MEMORIA

▼

(2008)

1.
FOTOGRAMA DE LLUVIAS

Llueve en mayo sobre la ciudad
y en la ventana de la casa de zinc
hay un niño que escucha a una vieja hablar sola,
como para sí:

*“En el Darién hay veces
en que no deja de llover por tres días
y el río se vuelve un animal.”*

La cortina de agua chorrea
por las cariátides de bronce del Instituto Nacional
como una serpiente líquida
que se desplaza viva por la pendiente de la calle.

Y ella continúa:

*“En el nacimiento del río
hay una maldad que duerme
y a veces se despierta;
por eso la tierra se mueve cuando viene el aguaje.”*

El niño, sin entender sus palabras, le pide:

“Abuela, déjeme bañar en el aguacero.”

*“No —le contesta ella—
porque el agua lluvia enferma
y cuando estés grande
no podrás tener un hijo así como tú.”*

Y, ambos, sin hablar, permanecen, allí,
como flotando en una escama de pez,
en esta diminuta esquina del mundo,
asomados en la ventana
que se abre al aire gris y húmedo
de esta ciudad de lluvias interminables
y silencios largos,
viendo transcurrir la tarde empapada
desde el cielo hasta la tierra.

2.

AQUEL PAÍS EN SU MEMORIA

Ella me hablaba del lugar donde nació,
caliente, húmedo y fluvial,
como quien cuenta el naufragio de un país.

Al oírle, daba la impresión de que esa patria selvática,
que describía hasta en los sonidos de las aves
y el temor a las jaurías de animales de ojos violáceos,
quedaba demasiado lejos.

Sus historias quedaban trucas,
abatidas por un silencio ardiente y melancólico,
hijo de una lejanía.

Siempre sentí temor cuando repetía
que los huracanes aparecían de pronto
como gigantes sin rumbo que todo lo arrasaban.

Pero me contaba de su país de montañas
desde donde se miraban dos mares a la vez,
página a página,
rugido a rugido,
como los vientos abruptos y los aguajes
que cuarteaban las orillas de los esteros.

Cuando la lluvia nos encerraba en casa
y no podíamos salir,
le pedía que me dijera cómo era aquel lugar
de árboles tan altos como el cielo
y de escarabajos de color lapislázuli.

Y, entonces, su país era una bruma alegre en sus ojos.

Su inolvidable país donde el sol era una fiesta roja
que teñía el océano,
manojos de sal y espuma en las noches fosforescentes
donde las estrellas fugaces se contaban por cientos.

El país que a fuerza de remembranzas
permaneció inalterable en su corazón de cristal
y en su memoria fresca
y que, de cuando en cuando, abría
para verlo flotar en un mar de lágrimas.

3.

UN AHOGADO TERRESTRE

No volvió a casarse nunca más.

Eran los tiempos
en que los hombres fuertes de aquella selva calenturienta
hacían filas para trabajar
en la extracción de oro de las minas de Cana.

Allí estuvo su marido en los túneles,
como un topo excavador,
arañando toneladas de tierra
hasta que el río se les vino encima,
escurridizo y sin ruido
cuando penetró por los laberintos
como la serpiente dueña de su guarida.

Ella lo recogió del lodazal,
en una de las bocas de la mina,
en el mismo agujero por donde la taimada muerte
rasgó su corazón
y entristeció para siempre sus ojos negros.

Sin una queja lo llevó a su casa;
su hermana —Herminia Espinosa— la ayudó a lavarlo
y cubos enteros de agua
se fueron llevando ese color ocre en que lo inerte lo envolvió.

Un ahogado terrestre que la miraba desde el barro
y el miedo.

Dos pupilas ya sin ver la luz,
una súplica con la boca cerrada,
la sangre atascada en sus venas
por la fatalidad
y el dolor parejo e imprevisto,
hacinado en una mujer descalza y buena,
que de pronto es atravesada
por una desdicha indeseable.

Baldomera lo comprendió todo en el acto;
fue hasta la mesa junto al fogón de leña,
tomó uno de los cuchillos,
y sin que nadie
hubiese tenido tiempo para detenerla,
le enterró la punta en la traquea con fuerza
y sin temblarle el pulso
siguió todavía un poco más abajo.

“Así podrás respirar lo que te falte para llegar” —le dijo.

Dura,
pétreo,
solemne,
deshecha por dentro
pero sin dejar ver señales de ardor por fuera,
como si le hubiesen dibujado en hielo la mirada,
cuarteada su juventud,
rota su alma
y pulverizado sus abrazos,
lo enterró sin lágrimas,
como él siempre esperó de aquella mujer de roble
con alma de leoparda.

4.

TOMÁS YA NO LLEGARÍA

En la calle lateral al cine Variedades,
este hombre de canas blancas y espalda encorvada
vende frutas en su carretilla.

Hermano de la abuela,
también salió esculpido de la selva
y se vino a esta ciudad amordazada.

Llovizna sobre la iglesia de Santa Ana,
sobre el parque solitario
con sus bancas de madera y hierro,
sobre la sangre coagulada
de viejas muertes inexplicables,
sobre el cemento resbaladizo de las estrechas calles,
mientras el hombre cubre con su lona las piñas,
las sandías
y los mangos de calidad.

Es el invierno, macizo y oscuro,
dueño de los cielos
a golpes de agua lluvia
y de truenos que parecen viajar desde otras galaxias
hasta estallar en la olla marina de la bahía.

Llego, por fin, hasta él y le digo:

“—Dice la abuela que le mande algo, si puede”.

*“—Dile que cuando escampe me llevo hasta allá
y yo se lo llevo” —me contesta—*

Y tose con dolor bajo este aguacero de octubre,
mientras pienso, sin decirle nada,
que está enfermo y acongojado
y que ya no sonrío como siempre lo había hecho.

Tomás no me tocó ese día la cabeza,
no me hizo un guiño de ojos,
sólo me miró largamente
como cuando uno dice adiós,
retorcido por la tristeza.

Nadie comprará frutas frescas
hasta que no termine de llover;
y me voy corriendo a casa bajo el vendaval.

Tomás se derrumbó justo allí,
en un día de aguaceros,
en la calle de las frutas,
en la esquina de sus sueños saltarines,
en la postal congelada de la pobreza
de una ciudad olorosa a mar
y abatida por los vientos salobres.

Seguimos callados esperándole
hasta que se hizo tarde,
y la abuela dijo, con una certeza inmovible:

*“Tomás ya no vendrá,
se ha ido para donde nacimos
pero nos seguirá cuidando desde donde esté.”*

Después lo enterramos en el Cementerio Amador
y la abuela estuvo semanas y semanas
como herida y calcinada por el fuego de un rayo.

5.
NIDO DE ÁGUILAS

Cuando salieron por la puerta principal del colegio,
la abuela se limitó a murmurar
que esas cosas siempre traen problemas.

El grupo de estudiantes,
con sus camisas blancas,
sus banderas y sus estandartes,
avanzó cantando por la calle,
cuesta abajo.

Unas horas después, ya nada fue lo mismo;
la patria maltratada corría para todos lados,
en los pies de hombres y mujeres,
de niñas y ancianas,
de heridos y aterrados por el ruido de las balas
que llovían como fuegos de color naranja y azul
sobre los techos de zinc.

Entre los pliegues de la noche
el mar enervado se derramó por las avenidas
que parecían ríos de espuma teñidos con sangre.

Al amanecer de aquella noche de enero,
sin escuchar noticias,
como si ya lo hubiese vivido, la abuela nos dijo:

*“Tengan cuidado,
mataron a una niña de un balazo
en la cabeza
por los lados de los multifamiliares
y del otro lado de la cerca
siguen disparando.”*

*“No se preocupe, abuela, no vamos a salir de la casa”
—contesté—*

sin saber a ciencia cierta qué estaba pasando,
cómo fue que todo comenzó
y por qué el luto fue tan grande
como una ola negra y maligna,
derramada en una playa blanca
de cuerpos inocentes e inertes.

6.
EL INCENDIO

Fue tan voraz el incendio —tan fulminante y cruel—
que la casa ardió hasta sus cimientos.

Allí en la acera, perplejo ante el desastre,
sin comprender la pérdida de mis juguetes
y mis ilusiones,
con un golpe de yunque en la cabeza,
vi hacerse cenizas toda nuestra vida,
como un despreciable regalo en llamas
que no merecíamos.

La abuela,
sin mover un solo músculo del rostro,
como si la desgracia no existiese,
nos dijo:

*“Al que llore le entro a correazos.
Nos vamos de aquí ahora mismo,
con su madre,
y métanselo en la cabeza,
nosotros volveremos a tener otra casa.”*

7.
EL SUEÑO INEFABLE

Día a día

—por ochenta y siete años—
ella fue un instante calcinado de felicidad
por la luz de un inefable sueño
que no pudo cumplirse.

El intento de todo lo que fundamos
contra las tempestades,
las conjuras para detener las sombras,
las mareas rojas del dolor,
la dicha triturada por las postergaciones.

Y también, ella fue la centella más brillante,
la luz de plata
de un cuarzo cuajado y limpio,
el árbol frondoso y su cúspide de oro,
donde aún se posan las quimeras
como bandadas de aves
que viajan desde los confines azulados
y que vuelven cada invierno
a descansar después de sus hazañas.

8.
OLOR A ALCANFOR

¿Quién fuiste, realmente,
Baldomera Espinosa, viuda de Muñoz?

¿La abuela descalza que llegó desde la selva?
¿La mirada fija de un cóndor?
¿La sombra que deambulaba
por entre los cuartos en la madrugada?

¿Un olor a alcanfor y a inciensos?
¿Una vela, un vaso de agua,
cuatro centavos?

¿La magia de tus manos en alcohol
para conjurar la fiebre?
¿La que presentía las duras desgracias?
¿La que lloraba a solas?

¿Quién fuiste, abuela?
¿Una mariposa grabada en el aire,
un largo viaje por las arterias rosadas del tiempo,
la resonancia sin igual de un caracol esmaltado,
una hoja de sábila,
la canela olorosa de tu piel,
tus manos ásperas y tiernas,
una lágrima redonda como los recuerdos
o, acaso, esta indescriptible desolación
al verte ahora,
como un colibrí que cae vencido entre mis manos,
y atravesado, sin razón,
por una brutal espada?

9.

MEDIODÍA SIN ADIÓS

Si alguna vez te preguntan por el dolor,
si alguna vez te preguntan por la dureza de la ausencia,
diles que en el centro del mediodía,
en este hospital público,
en este cuarto blanco y en este sopor,
ya vencida,
con las caderas rotas,
disgustada y con rabia,
hablando en la lengua de sus ancestros,
chorreando goterones de sudor por las manos,
y con la frente acerada,
ella te miró por última vez desde la vida que se le iba,
y al cruzar a la muerte,
volvió a mirarte desde el maldito frío
de los que parten sin decir una palabra.

CARTA DE OTOÑO

(2005)

I.

Mi querida Helena:

Son las ocho y treinta de la mañana;
abrí los ojos justo a las seis y cuarenta y cinco
y el día recién parece nacer.

Estoy envejeciendo sin aceptarlo
y ello no es bueno;
aunque tampoco es triste,
sino una especie de vértigo
en un balcón sin barandas,
una marcha lenta y desconcertante,
la sombra púrpura de mi cuerpo cansado,
la muerte que vendrá
y en la que antes no pensaba.

¿Será así el precio del porvenir?
¿Ir cediendo hacia el oscuro lugar que nos aguarda?

¿A la soledad compactada en la ausencia de la luz?

II.

Anoche busqué en la oscuridad de mis ojos cerrados
las luces más potentes: la naranja, la azul
y la de color amatista.

Debo agradecerte estar conmigo en la distancia
y precisarme que no bastan
los linderos de un cuadrante protegido.

Hay que excavar los fosos de agua alrededor,
detener el mal,
otear dónde está su guarida,
saber cómo se desplaza
y de qué piel se ha vestido esta vez.

Me sentí mucho mejor
porque viajé a países iluminados por cuatro soles
y a lugares donde el tiempo es de hielo
y no hay más que agua de cristal de roca.

Debo convocar a los arcángeles mayores,
a las altas jerarquías
y a la lechuza encarnada que cuida de nosotros.

Sin embargo, ahora es un tiempo raro
que se cierne sobre la enramada.

Hay una espuma roja desplazándose,
miradas esquivas,
sombras rumiantes en las habitaciones,
reticencias en las paredes,
vidrios rotos
y augurios como ladridos de perros salvajes.

Por eso debo evocarles,
para que no nos dañen las antiguas torceduras,
las emponzoñadas envidias,
la mala ubre
y las psicopatías extrañas;
que protejan nuestros cuerpos,
nuestros rostros y ojos
para poder mirarles a la cara
cuando agachen la cabeza sin poder tocarnos.

III.

Sé lo que me enseñaron los ancestros
y aguardo en el silencio.

La palabra es un eco,
una burbuja de aire sonora,
sólo el aviso estructurado de nosotros mismos;
la espiral giratoria e invisible
que no podemos ver ni oír,
pero que nos cuenta todo lo que fue y será,
desde muy atrás, en la huella primera
y desde muy adelante, en la redonda lucidez.

Un día le verás
y, al principio, no podrás creerlo;
luego sentirás la calma del movimiento perpetuo
y entenderás la maravilla.

Ve tranquila,
me cuidarán las almas queridas
que hicieron sus casas en la luminosidad imbatible,
en la esfera celeste
y en el aire de los jardines de sus otros mundos.

Es como la estancia definitiva y purificada,
la tibieza de una placenta estelar,
lo que no puede partirse
porque es el origen sin medida
y la planta que sostiene lo que no puede morir.

Anoche comenzó el primer día del otoño,
el punto de partida de una estación premonitoria:
lo helado te detiene
o prendes las antorchas de tus ciudades
para que los animales cóncavos y sin rostro
se alejen de tu hogar
y sepan que persistimos en vivir alumbrados
y no en la penumbra.

Como en las fronteras del horror
que en años lejanos y sombríos
estaban hechas de alcohol con azufre,
cruces prendidas en los caminos,
advertencias escritas en pergaminos
clavadas en los límites de las praderas
por los que antes que nosotros
se empinaron con valentía
ante el avance del devastador extraño.

Es como armar la torre
y la empalizada
a la hora de una batalla.

No temas, sin embargo, y menos ahora.

La legión está en su sitio,
cada cual enclaustró su miedo detrás de los dientes
y bebió la lluvia bendecida por los cielos
que guardamos por decenas de años.

Confía y actúa,
bebe igualmente agua celeste
de las cantimploras que llevaste contigo,
coloca eucaliptos bajo las alpargatas de tus pies ligeros,
escucha con atención el timbre
de las campanas de las catedrales
y la clarinada dulcificada del colibrí azul.

Como te digo, está armada la mañana
de su fuerza incontenible;
se puede sentir la espada de plata vibrar
y su empuñadura de marfil está caliente.

Un sólo guerrero ondeará la bandera
de la victoria y será su más grande honor.

Las hojas de los árboles
tienen sus venas marcadas de anís,
como si supieran
que acontecerá un hecho extraordinario.

Hoy, como puedes ver, desde donde estás,
hay algo que termina para que algo comience,
en el cruce de dos días que se unen
en una sola medianoche;
en esta casa que vibra en la tibieza,
donde siempre se te aguarda
cuando viajas a la raíz y a la nube,
al centro y al núcleo de la tierra;
esta casa que es nuestra
porque la hicimos con nuestras manos.

Quizás por eso huele a sándalo y a almendras.

Visto así, es un ensueño,
el pasadizo entre los cielos idénticos
de un mismo mundo,
el retorno al lugar natal donde crujimos por primera vez
al arribar a la vida.

IV.

De todas formas voy a sentarme aquí,
escudriñando el aire que entra por las ventanas,
pensando en ti.

No importa si hace frío
o si el viento silba entre el ramaje de los árboles
que pierden —una a una— sus hojas más espléndidas.

Será simple y certero,
como expulsar las demoníacas pequeñeces
para que los nobles amores se junten
en un solo corazón de magnolia.

En esta plenitud vencedora del odio
que se atengan a las consecuencias
quienes con saña nos han agredido.

Cuídate mucho,
mientras la nube cargada de presagios
se desvanezca en lo alto
y estallen en la tierra las amapolas
y las orquídeas blancas,
en la aurora de una primavera multicolor,
como un cardumen de peces con escamas de rubíes.

Después de ahora y para siempre
tus pupilas podrán atravesar muros y blindajes,
renacerás como los filamentos marinos
y tendrás la fuerza de los girasoles.

OBRA POÉTICA (1968-2008)

Cuida, ante todo, al hijo de tu sangre,
porque aún cunden diabólicas gratuidades,
bastardas pestes
y deambulan alimañas en las estancadas
aguas de los pantanos que sólo transpiran desolación.

V.

¿A qué hora justa se aplacará el peligro?

¿En qué jardín de jazmines caerá vencido el minotauro de barro,
la serpiente enroscada, de setenta cuerpos y ocho cabezas?

Al volar se multiplican
y en su soberbia se ufanan de su extraño
y retorcido poder.

Pero te aseguro que no habrá guerra ni masacre.

No nos tocará el dolor
ni tampoco derramaremos lágrimas.

Sólo habrá una expiación.

Todo lo sabrás cuando ocurra:
lo olerás desde lejos y de cerca,
lo verán los hijos de tu hijo,
el escudo no será rasgado por sus pezuñas
ni heridos nuestros pechos por sus lenguas con espinas.

Nada así volverá, como una inexplicable maldición,
sobre la tierra en cinco mil años.

Para entonces,
las quimeras habrán llegado a la cúspide
y serán mucho mejores que nosotros;
quedará cerrada la brecha
desde donde emergió, ladina y cruel,
la oscuridad manchada,
la monstruosidad que en ella se gestó
y toda la impiedad.

Ahora será sencillo, te lo repito sin delirio
y sin ufanarme.

Más bien, desde el otro lado del tiempo
donde ya todo ha pasado
y el otoño es una estación hermosa
con una luna diurna en el centro de un cielo sin nubes.

VI.

Sin moverme
puedo ver el valle donde todo ha de ocurrir:
tan rápido como se desplaza un pez,
surca el aire un águila arpía,
germina un grano de maíz
o crece el bambú.

Es un viernes como pocos
y el sol está ya en su ascenso.
No quiero terminar esta carta sin decirte
que mientras sostengas en tus dedos la seda y la rosa
no habrá nada que temer.

El hilo de plata está recubierto de gotas nevadas
y aceite de jabalíes.

Un filamento dúctil,
una metáfora del rayo,
una vena del ojo,
que no tiene peso al flotar en las praderas cósmicas.
un conjuro para que mueran las conjuras.

VII.

Tú estás en una punta y yo en la otra.

En sus dos inicios estamos;
desde aquella mañana
en las ínsulas del Caribe,
en un milagro del esplendor del verano.

Tengo en el espejo bruñido de la memoria
las horas aperladas donde se pintó para siempre
un mar sin confines
y juntos vimos la danza de añil y diamantes
del paisaje oceánico,
las arenas cristalinas como llovizna de polvo molido,
el reverberar de los cantos antiguos de los caracoles
y la claridad esmeralda y turquesa
rebotando en el vapor del agua.

Tan sobrecogedor día, tan inesperado esplendor,
¿recuerdas?

Todo un océano inclinado a tus pies.

Parece que sólo en el corazón
se tejen los destinos conjugados, telepáticos,
de metal noble
y de cabellos de ángeles.

VIII.

Te envió estas noticias sin urgencia
porque cuando termines de leer estas páginas
todo habrá ocurrido.

Aguardo tu llegada oteando la línea del horizonte,
recordando el cristal de tu frente,
tus manos en el telar de la ternura,
tu voz,
tu corazón en la palpitación del aire
y tus pies rojizos después de andar
por mil caminos.

Un espectáculo,
como el centro de una flor perfecta y sagrada,
una catedral,
un campo donde germinan
al unísono las semillas en las épocas previstas,
un privilegio único e inmerecido.

Recibe
—mientras llega tu barca
con sus velámenes carmesí desplegados,
en el mar y la sal dulcificada
que nos hizo en esta parte de la vida—

todo el amor de que es capaz
mi amor.

NADIE LLEGARÁ MAÑANA

(2003)

Premio Nacional de Literatura
"Ricardo Miró" 2002
(Sección Poesía)

I.
MAÑANA DE ÁMBAR

1.

¿Viven aún en ti
las gruesas gotas de los aguaceros de zinc
de esta ciudad en octubre?

¿O es que aquellas lluvias
fueron el naufragio gris de una memoria baldía,
un cristal herido por el limo,
una calle enroscada en las sombras?

¿Dónde estará la mañana de ámbar
y su luz que, al partir,
no esperó por mí?

2.

Llegaba el verano
y no íbamos al mar.

En esta guarida de pobreza
no habían aviones que abordar
hacia otros países;
el planeta se reducía a estas calles
que conocíamos con los ojos vendados.

Muchos de nuestros juguetes
los hicimos con nuestras propias manos;
corríamos por el barrio
hasta la muerte del sol
y volvíamos a casa,
evadiendo el regaño y las preguntas,
como quienes viven
entre el miedo
y las ganas de crecer.

3.

Entre el restaurante *Napoli* y la farmacia
contábamos veinticuatro pasos lentos
o cinco segundos rápidos
para cruzar a la otra acera.

Aquí estaba nuestro hogar,
el epicentro,
el territorio y el aire,
los afectos y los rostros,
frente a la hilera de árboles de mangos,
dos cariátides aladas de bronce
con sus rostros de mujeres imperturbables
y la *Pensión Crespo*, húmeda y ruidosa.

Aquí hicimos nuestra infancia,
sin saberlo entonces,
en una bifurcación inevitable del destino.

Pero era el centro de la tierra, no lo dudes.

4.

No ocurrió nada memorable
para ser escrito en los libros
de historia patria.

No protagonizamos los sucesos
que ocurrieron mientras crecíamos;
no nos dimos cuenta
de los escándalos y las noticias,
de los muertos en los periódicos,
ni supimos cómo se iniciaban
aquellas batallas campales
entre estudiantes y policías.

Fuimos un cardumen disperso
en la tempestad de sobrevivir.

No quedó registro,
huellas
ni discusiones acaloradas.

A lo sumo, el trazo de una bengala azul,
esta bruma en los recuerdos,
fracciones de rostros,
contradictorias vergüenzas
y alegrías fugaces que estallaron
en las bocacalles.

5.

Teníamos un estadio de fútbol
sólo para nosotros.

Era la algarabía nunca vista,
excepto al llegar mayo
cuando volvían a clases
los alumnos del *Instituto Nacional*.

Y, sin remedio,
replegados, escurridizos,
merodeábamos por la muralla viéndolos jugar
con envidia y con rabia,
hasta desquitarnos en el próximo verano.

6.

A la hora de los entierros
la abuela siempre repetía lo mismo:
"Respeten a los muertos."

Cuando entraban, por fin, al cementerio Amador,
en grupos, abrazados y heridos,
vestidos de negro y blanco,
volvía el ruido de la vida en el mediodía caliente,
sin que supiéramos
quién se había marchado
ni quiénes le lloraban.

7.

Tus ojos achinados,
tus manos de otro mundo,
tu cintura estremecedora
y tu pelo azabache.

El amor de todos a la vez,
la asombrosa niña al final del cielo
que paralizaba el corazón colectivo
de una jauría impúber.

Tú que al irte
dejaste en la calle la silueta de tu sombra
y un olor a sándalo en las escaleras.

Pero, ¿cuál era tu nombre?

¿Cómo te llamábamos
cuando saludabas desde el tercer piso
de tu diminuta ventana?

8.

Domingo López Chang
cometió la osadía de creer en mí.

Le contaba sin parar
y él sonreía.

Le fantaseaba historias
y las adornaba
con un ritmo de tambores sobre la mesa
y silbidos de aves con su boca.

Nos divertíamos descarrilando un tren,
disparando morteros de guerra
sobre la ciudad
o siendo los primeros en arribar a las estrellas.

Un niño vivaz
y un viejo sabio,
en un lunar minúsculo del planeta.

Nunca pude decirle
que me enseñó como nadie
a esculpir sueños
en la madeja de los años
y que logré, por fin,
cauterizar la tristeza y moler su dolor.

9.

La casa ya no está.

La ciudad fue masticándola
con todos nuestros recuerdos dentro.

La derribaron
y no lo supe sino mucho tiempo después.

El precio que aún debo pagar
es demasiado alto:
no tengo a dónde volver
para reunir los pedazos perdidos,
las piezas más queridas del engranaje
y el eco del corazón cuando late.

10.

Bella Vista era un mundo inalcanzable,
un barrio como esculpido en hielo,
lejos de nuestra frontera.

Allá estaban las mansiones
con portales y flores,
como de mentira.

Acá era la terrible pregunta
de mi hermana menor
cuando pasábamos en el autobús:
¿Por qué ellos pueden vivir allí y nosotros no?

11.

La pelota que tanto quise
y nunca llegó a mis manos,
la que tanto anhelé
y no me fue regalada,
la que le dije a los amigos
que tendríamos para jugar
hasta morirnos de cansancio,
terminó por romper el cristal
de la última navidad inocente de mi vida.

12.

Lavábamos carros por diez centavos.

A veces no nos pagaban
y estaba bien,
era parte del negocio.

No teníamos ninguna pena;
era la combinación perfecta
de los meses de invierno
y el derecho ganado
en una calle propia para divertirnos
y, de paso, cobrar.

13.

Las Bóvedas era como arribar
a la capital del paraíso.

Allá íbamos por toda la *Avenida A*,
hasta llegar al borde del mar.

La *Plaza de Francia* era una fiesta,
una ilusión,
un día feliz,
un jolgorio.

Al volver al barrio,
extenuados y tocados por la plenitud,
era casi como haber viajado
a otro país.

14.

Entre frituras,
chicharrones y corvinas fritas,
la *Calle K* era una serpiente nocturna
capaz de envenenar la sangre,
con sus soldados enormes deambulando,
aquí en *El Límite*
y en las puertas prohibidas de los bares

que decidimos abrir, a pesar de todo,
para saber qué había dentro.

15.

Mariscal era jamaicano,
hablaba inglés
y trabajaba en la *Base de Howard*.

Murió solo en su cuarto,
dice mi madre que fue del corazón,
y nadie supo a dónde llamar
ni cómo encontrar a sus familiares.

16.

A lo mejor,
nuestro más grande boxeador
de todos los tiempos
recuerde aquella memorable pelea,
como de campeonato:
noqueó a dos y rompió una mandíbula;
él solo contra siete, una explosión valiente,
un adelanto exclusivo
para nuestro barrio
del héroe que sería después.

La vida era, entonces, risas, puños,
patadas
y aplausos.

17.

Mi hermano mayor
nos llevaba a *Punta Paitilla*
en la bahía
a elevar las cometas de bambú y papel.

Podíamos correr
y desplegar todo el hilo a favor del viento
en aquella libertad.

Comíamos emparedados
envueltos en papel *manila*,
tomábamos *Malta Vigor*
y correteábamos entre las piedras y las olas.

Lo que nunca nos dijeron
era que ese borde de mar
no era nuestro,
y que allí, con el tiempo,
se levantarían rascacielos que cortarían el cielo
e impedirían el vuelo de los pájaros.

18.

Cuando inauguraron el *Cosita Buena*,
lo mejor no fue el baile apretado,
ni la música
que hasta el amanecer
se escuchaba a diez cuerdas de distancia.

Lo realmente extraordinario
fue aquella avalancha de caderas juveniles
que nunca habíamos visto

y que nos dejaban boquiabiertos
y con los ojos desorbitados
en mitad de la noche
y la lujuria.

19.

De la existencia del Canal
se hablará hasta el fin de los siglos;
y también de aquellos que íbamos a robar mangos
al otro lado de la *Avenida 4 de Julio*.

Pensándolo bien, es como poseer una medalla;
pero no cruzábamos a robar
porque los árboles y las frutas eran nuestras,
aunque nos hicieron creer
que no nos pertenecían.

20.

La tienda de Chefa era como un oasis
en la *Avenida Ancón*;
no fue el gran supermercado,
pero allí comprábamos la comida diaria
y, sobre todo, teníamos un crédito impecable
que mamá, celosamente,
cancelaba todas las quincenas.

21.

Al fondo de la calle,
en *Las Quintuples*, esos cinco edificios idénticos,
vivirá, sin llegar nunca a morir,
el secreto mejor guardado de la tierra.

Ni el más carnal de mis amigos
supo jamás
que allí fue el impacto devastador
del primer fracaso de mi vida.

22.

Nany se fue con Jacinto a *Nueva York*.

Ella era negra, tibia e irresistible,
y él un campesino blanco de *Guararé*.

Se fueron a conquistar el mundo,
colgados de la obsesión
de que aquello era mejor que el cielo.

Treinta años después regresó,
como una historia de bolero;
su español era extraño, casi un trabalenguas,
y sólo hacía preguntas
sobre un país y una calle
que ya no existían.

23.

Íbamos a la doble tanda a ver películas,
al *Dorado*, al *Variedades*, al *Ancón*,
pero no habrá mejor cine que *El Panamá*,
sobre todo porque Cayito era casi el dueño
y su abuelo había autorizado
que nos dejaran pasar los fines de semana
sin pagar la entrada.

24.

Mi padre volvía por las tardes,
estacionaba su camioneta
de reparto de galletas y golosinas,
trataba de estar en familia,
alegrarnos la vida
y no dejarse vencer.

Todavía me pregunto
que habrá querido decir
con aquella frase lapidaria:
*“Recuerden que la escalera de los pobres
no tiene el mismo número de escalones
que la de los ricos.”*

25.

Aquel niño que ves allá,
en la acera rota
y entre la luz de la tarde,
el que juega *pix*,
hace filigranas con su hilo y su trompo,
pierde sus canicas en el *ñuflú*,
es el *delantero derecho* de su equipo
y juega béisbol
como *pitcher* izquierdo,
ese niño bañado en sudor
que grita alegre
y hace piruetas en el cemento,
me invita a jugar,
me mira desde lo que fui
y permanece allí, de pie,
en la misma tarde violácea

en que nos despedimos para siempre,
con un abrazo
y sin decir palabras.

26.

El piso de la casa era de madera
y las paredes de cemento.

Todo se oía y nos conocíamos las pisadas.

La tía Teresa tenía su cuarto al fondo,
un perro sin dientes,
una gata malcriada
y una melancolía que se apoderaba de ella,
entre las sombras
y las lágrimas amargas.

27.

Lucha libre sabatina
en el gimnasio *Neco De la Guardia*,
en el corazón de *El Chorrillo*.

Cada semana iba la *gallada*
y nos sentábamos lo más cerca posible
del cuadrilátero.

Lo máximo:
Máscara contra máscara,
Máscara contra cabellera,
un frenesí de silbidos
y sillas volando por los aires.

Un espectáculo electrizante,
parecido a lo que vendría después:
las victorias
y las derrotas,
el escarnio
y los golpes bajos,
los abucheos
y la vergüenza.

28.

Cuando murió la abuela,
en el velatorio de la *Iglesia de Santa Ana*
habían cinco ataúdes al mismo tiempo,
como si esperaran turno;
pero no, era un sólo grupo,
juntos y sin conocerse,
y una sola misa colectiva.

Entre la confusión
nos mezclamos varias familias
y varios dolores.

No se sabía
quién lloraba por quién.

Así son las cosas aquí a la hora de morir,
como esta herida
aún abierta en el costado,
esta tarde plumiza
y su llovizna,
en el confín de la magia
de unos ojos de anciana
que aún me miran
desde el macizo precipicio
de la ausencia.

29.

Rosita
fue algo así como mi maestra y confidente,
en la escuela *Presidente Valdés*,
en el límite de dos barrios
y el terror de cruzar las calles.

Cada mañana escogía a tres alumnos
para ir al comedor escolar;
se me paralizaba el corazón
cuando ella los iba señalando,
uno a uno,
y no era de los agraciados para desayunar
aquel vaso de leche con avena
y un pan con mantequilla.

30.

Nos fuimos poco a poco,
casi uno a uno,
sin despedirnos,
en el tropel de los años.

Se iba una familia,
se llevaban al amigo,
se esparcían las visitas ocasionales
y, luego, ya no volvían.

Tampoco nosotros regresamos;
la hora de partir nos laceró
como si un mundo se hubiese
venido abajo.

¿Es que realmente estuvimos allí?

31.

¿Cuándo sucedió esta corrosión?

¿Cómo llegó aquí esta ruinosa tristeza,
este derrumbe
y este bullicio seco?

¿Cómo fueron muriendo,
a la vista de todos,
las escalinatas,
las aceras,
los vecinos
y el orgullo que nos envanecía?

¿Dónde diablos fuimos a parar
y dónde están las paredes y los clavos
que nos sostenían?

32.

De pie, en este terreno baldío,
entre la yerba y el polvo ocre,
siento que he perdido el rastro,
que secuestraron la luz,
el impulso,
el cincel que nos hizo
y el aire
que respirábamos a bocanadas
y que fue toda nuestra libertad.

33.

Otra multitud fue ocupando nuestro lugar,
más pobre aún, más silente;
no me reconocen
ni los reconozco,
aunque hayamos vivido en las mismas casas,
en la misma calle
y dormido en las mismas noches.

Es lo más parecido
a un extranjero que visita por curiosidad
un barrio esquinado
y con las vigas rotas.

34.

¿Importará al mundo
que este sitio,
como la escama desprendida de un pez,
se haya extraviado
en el convulsa colisión de los años?

¿Será así como se pierde el hogar,
las ciudades, el país?

¿Emboscados en las indolencias,
entre fiebres y desvaríos,
sepultados en el polvo
de las mezquindades?

35.

Fue, a pesar de todo, la maravilla.

Tan grande como un continente,
como un corazón deslumbrante;
el lugar originario,
el recuerdo más antiguo,
el territorio único
donde pudo pastar a sus anchas
la inocencia.

Y, sobre todo,
una especie de patria diminuta,
concentrada en la humedad,
con la raíz en el cemento
y en el magma ardiente
de un tiempo irrepetible.

II.
ATARDECER DE AÑIL

1.

El sueño comienza a declinar
en la medialuna del misterio.

Esta noticia artera
de que mi vida
acabará muy pronto en el aluvión del silencio,
envenena esta tarde de junio
y su lluvia oblicua e inmensa.

Hay que prepararse, me digo,
¿pero cómo organizar el viaje
a la tierra indeseable?

2.

Se ha vuelto contra mí esta perversa
y salada sangre.

Será ella quien abrirá el cerrojo
para que entre a mi cuerpo
—subrepticamente—
la delgada muerte
de cristales y espuma.

Una oscura melaza entre mis venas
avanza y se agranda
como un círculo de arena movediza.

3.

Está por terminar lo que no he concluido,
en el salto trunco
y el alero roto.

¿Cuánto tiempo resta
para deslizarme por la pendiente
con las fuerzas perdidas?

¿Quién hará el disparo final?

4.

Me hago a la idea
de librar una última batalla,
erguirme en ese instante,
sin lágrimas
y con los ojos abiertos
mientras penetra el agujón.

Me traiciona
el nudo cerrado en la garganta
y el temor creciente
que se aposenta bajo mi piel
cuando los atardeceres se confunden
con el añil de las noches
que parecen no tener fin.

5.

Este quizás sea el último invierno.

Quiero llegar a junio
para reunirme otra vez
con aquella mañana fabulosa
que me otorgó la dicha.

Habrà que volver
a sembrar la semilla,
aunque ya nada crecerà por mí.

6.

Estoy en el otro extremo de la cuerda.

Mi mano no puede tocar
al niño que está en la entrada
de la casa
bañado por el resplandor.

Debe ser una alucinación
o que la muerte ha llegado
con su corte de fantasmas
y centellas alocadas
a inspeccionar el sitio de mi ejecución.

En todo caso,
esta es una guerra avisada
y ya sé quién es el vencido
y quién cargará con la derrota.

7.

En esta forma de ocaso,
es casi imposible precisar la hora
en que el ascenso se detuvo
y se inició el declive.

Lo cierto
es que en el vértigo y la caída
no hay aire sino impotencia,
desarraigo
y un crujir de huesos contra la carne.

8.

Antes era la ira o el frenesí,
la tempestad del entusiasmo,
los grandes propósitos;
ahora, es la daga cóncava de la indiferencia
y su cortadura,
el deseo de que no amanezca
y el sobresalto,
la esquirra en la muda vaciedad
y la oscura mancha
en la línea del horizonte.

9.

Ya es demasiado tarde,
estoy muriendo
de adentro para fuera.

No sé si el zumbido en los oídos
es un síntoma
o si son hilachas de mi vida
destilándose por los tímpanos.

Sería preferible estallar de una sola vez,
antes que esta lenta flagelación.

10.

Evito mirar el reloj, saber qué día es,
preguntar por alguien.

Sin duda, no hay nada más egoísta
y ruin
que la propia muerte.

11.

Es curioso:
los pensamientos se dirigen al origen,
a los pasos primeros,
a los febriles días de la infancia,
en un arco en el tiempo,
como si el final
buscase a toda costa sus inicios.

En el medio, la vida entera no parece contar.

12.

Dice el médico
que el trance será indoloro.

Es una manera de consolarme,
de hacer menos pesada la conciencia
de lo que ocurre.

Debo agradecerlo,
pero he decidido no decirle
que hay algo más terrible que el dolor:
la pira encendida
en la que se van quemando
las evidencias de los años;
la ardiente humareda
de la linfa volátil
donde se incinera
todo lo que no alcanzamos a amar.

13.

¿Del otro lado tendré derecho a la memoria?

¿Podré desde allí observar lo que fui?

Sería extraordinario revisar
cada celdilla de los segundos transcurridos,
ver los fotogramas de los años,
el expediente de mi vida
y poder reparar todo lo que dañé.

14.

No es suficiente escribir contra este precipicio,
debo encontrar otra forma
de sortear el redondel,
la trampa mortal,
la fijación de lastimarme.

Debo levantar una muralla,
cavar una trinchera,
prepararme para el impacto,
devolver la estocada.

15.

¿Alguna vez te contaron
que en el firmamento
puedes ver la luz de mundos
que ya han muerto?

¿Seré ahora sólo el filamento de una ilusión?

16.

A estas alturas debo haber enloquecido.

Sólo a un demente
se le ocurre estar ante un espejo
intentado ver la rigidez en su rostro,
la imagen en vivo de su muerte.

17.

¿Fueron estas manos
las que tocaron las cosas del mundo?

¿Seguro que fueron estos dedos
los que palparon la piel de lo vivo
y también de lo inerte?

Estos miembros, sin fuerza ni calor,
helados y temblorosos,
son sólo remos fracturados
en medio del oleaje.

18.

Lo tremendo
es saber que uno no se consume solo,
que la hendidura hiere a otros;
a los que entrecruzaron su vida contigo,
a los del afecto,
a los del amor.

Basta mirar sus pupilas,
escuchar el tambor de su corazón
para saber que también se desangran.

19.

Anochece otra vez.

Desde aquí veo
las luces naranjas de la ciudad,
los automóviles,
las sombras,
el vaho
y los edificios con sus ventanas encendidas.

Después del silencio,
no creo que será muy distinto;
alguien se asomará
y verá este inmenso paisaje,
pero ya sin mí.

20.

¿Fue esto, en verdad, vivir?

¿Para qué este desgaste,
si es inútil intentar detener el avance
del fabuloso ejército
que arrasará mi cuerpo y mi memoria,
que arriará mi bandera
y destruirá mi casa?

Aguardo en las sombras
y floto en el miedo,
no puedo negarlo.

21.

Entre el insomnio y la espera
estoy solo
y no hay compañía posible
para cruzar el umbral.

Quisiera llevarme algunos objetos,
mi almohada,
mi cepillo de dientes,
la camisa que más me gustaba;
pero no, se llega desnudo,
descalzo,
sin maletas.

La muerte aniquila,
pero, sobre todo, abochorna.

22.

Escribe por mí cómo fue el día final.

Si pudiese ser, al mismo tiempo,
el escribano y el vencido,
no te pediría este favor.

Quisiera saber, después,
si me comporté como correspondía.

No te olvides de anotar si llovía,
y si tuve el coraje de contener las lágrimas
y mirar hacia el mar.

23.

Me dejo ir,
todo da lo mismo,
entre las roturas
y los intersticios de los pensamientos vagos;
el aliento se oxida
y cavo una idea fija:
huir de mí,
emanciparme,
abandonar este juego perdido.

24.

Lo impreciso se apodera
de todo el espacio,
de la casa,
de mis pasos.

Me muevo a tientas
o permanezco aquí sentado por horas.

Es un círculo vicioso
donde se mezcla el día y la noche,
el vapor y el hielo,
los recuerdos y la desmemoria.

¿A qué distancia estaré
del filo de la espada?

25.

No existe ya ningún deseo,
son inútiles los cataplasmas,
el esfuerzo de distraerme,
de intentar descansar.

La persecución no cesa;
ni este peso de roca en los pies,
ni este avasallamiento
que acorrala.

26.

Es extraño, huele a magnolias.

Es una trampa,
una ilusa mañana,
un desvío del camino.

27.

Si acabara ahora
creo que me alegraría;
quizás fuese mejor soltar las amarras
y que el buque parta, a la deriva,
antes que este encierro
en la penumbra.

28.

Parece que ya faltan las palabras;
hay sensaciones que no puedo describir,
ruidos,
atascamientos
y ebulliciones sanguíneas.

Creo que alguien prepara un patíbulo
y teje la cuerda con mis venas.

29.

Una manada de caballos
cabalga dentro de mi cuerpo
y entierra sus pezuñas en mis pulmones
como en un lodazal.

30.

Es la hora,
hagámoslo todo lo más fácil posible.

En este instante,
voy a abrir las compuertas
para que irrumpas
y te apropiés,
por fin,
de lo que no te pertenece.

EL PAÍS ILUMINADO

(2001)

UN MUNDO SIN LÍMITES

Era como un país en el borde del cielo. O, mejor, era una nación en la cúspide de la tierra. Muy lejos del mar y demasiado cerca de la bóveda celeste. Un pañuelo zurcido entre las nubes bajas que al amanecer parecen algodones en las crestas de la alta cordillera. Una delicada alfombra multicolor que flotara en el vaivén del tiempo. La fascinante canción esparcida en la transparente luz que se posa en la copa de los árboles y en las cabelleras esmeraldas de las montañas.

Un vasto país como de rocío. O, más bien, la morada sin límites donde se construyen los sueños.

Este hogar sin entornos y sin murallas es un aposento que una mirada humana no alcanza a ver en toda su inmensidad, y en el ojo del águila está grabado todo su color y todo su olor delirante, como un paisaje.

¿Cuántos senderos hay que andar para encontrarle?

Este es el majestuoso país de las cumbres terrenales, sin el vértigo del fin de los caminos, siempre más allá, como duplicándose, en la curvatura del horizonte azul. Una lontananza en la bruma tendida entre los pliegues de la piel de los montes. El vuelo de las mil alas de un pájaro escarlata rumbo al alba fosforescente. El país amado que sus ancestros construyeron con las manos en el tiempo del latir, animados por tocar el paso tibio del aire sin dejar de posar sus pies en la tierra extrema del planeta.

El sitio que fundaron, la stirpe reunida, las quimeras danzarinas

como fuegos fatuos y los immaculados riscos —moles de basalto— que sostienen la bordada espesura, el lento transcurrir de la noche y la resina milenaria de los bosques diseminados como resonancias celestiales.

Ellos —que vinieron desde tan lejos— levantaron este lugar para que una alegría sagrada pudiese pastar y cabalgar; piedra a piedra, nube a nube, hoja a hoja, en el epicentro, en el corazón, en la báscula de una inefable profecía:

“Allí, donde el cielo y la tierra se unen, en el definido espacio donde lo visible y lo invisible son sólo uno, vivirás por siempre; en tu cuerpo y en la plenitud del recuerdo, en tu sangre y en el hierro candente de la memoria, te multiplicarás; no habrá para ti distancias imposibles y podrás, al mismo tiempo, caminar y volar. No te lacerará la muerte y nunca acabará el porvenir.”

Ellos hicieron este país tornasol en un abrir y cerrar de ojos, como un segundo de la historia, cuando la espasmódica lucidez de la vida fue horneándose en el ascenso, pulidas las generaciones, afilados los sentidos y fundidos en el torrente de las edades, como un acontecimiento sin par en la coronación de un mundo iluminado.

El país amado en la templanza y la custodia, en el delgado paralelo que cruza con exactitud entre la medialuna de un cielo añil y la húmeda respiración terrestre.

Y allí se diseminaron, siempre germinales, en sus saltos fabulosos de hongo y gacela, hierba y ala, rugido y flor, en el tiempo immaculado y el aire limpio.

LA CIUDAD ETERNA

Ariba, como un lienzo de lo inalcanzable —señora del resplandor— cuando la luz rebota de la bóveda celeste a los árboles y se evaporan como diamantes las gotas redondas de millones de centellas que se derraman de una abrasadora llama blanca, se aposenta, infalible y dueña de sus dominios, la ciudad eterna.

Vista desde abajo, se diría que flotara entre la ilusión y los fragmentos del día. Vista de cerca, crece su ensueño en la prolongación de la cima y sólo entonces se descubre que allí, en el primigenio lugar de la tierra donde comienzan los desfiladeros, contenida en una delicada mano de mujer extendida, está enclavada la fabulosa y desconcertante capital de un país único e irrepetible que se abre a los confines.

Una fortaleza sin soldados y sin armas, como dibujada milímetro a milímetro, teñida por el rojo sol de sus amaneceres, por el amarillo de sus mediodías, por el carmesí de sus tardes y alumbrada por antorchas de luz naranja al arribar la noche.

La mágica ciudad de todas las posibles ciudades. Piedra y musgos, terrazas de magnolias, cascadas de violetas, promontorios suaves como miradores orientados a un abismo amable y estremecedor que desciende hasta un valle donde el río se desliza por las laderas de los montes y, más allá, otra cresta de montañas.

He aquí el perfecto corazón cincelado de roca y tierra, el centro del territorio, la herencia acumulada desde el seminal estallido del polen en la gota de agua hasta la filigrana inasible de la orfebrería y de los espejos bruñidos de las casas.

El emblema de cinco puntas como un amanecer que une a todos los habitantes, grabado en sus tres puertas y en sus almas febriles; la bandera púrpura flameando por siempre, sin arriarse nunca, destello de una patria de obsidiana y de la honda raíz del árbol primero que dio frutos.

La seda y la miel de mil años solares, la presencia de la noche amada en las casas y la tibieza de sus hogueras.

El empedrado de las calles rectilíneas, trazadas en la misma dirección en que cruzó el cielo el cometa de cola fosforescente; la reproducción exacta del misterio de la fugaz luz para volverla a caminar tantas veces como se va y se viene al hogar.

Los aleros rojizos donde la lluvia fina se desliza, rítmica y sonora, gris y pura, cada invierno, en cada valle enaltecido por el agua irrigando la esperanza.

Las puertas de roble, la entrada familiar, la cobija, las historias asombrosas de antes del tiempo, las leyendas de pavorosos gigantes que estremecieron el mundo, la extinción en los mares de lava y otra vez el comienzo.

Los balcones y las buhardillas de los niños y los ancianos, parecidos unos a otros, allí donde crecieron, en años distintos que después se unieron, donde dijeron adiós al partir a las tierras lejanas que hicieron el país y donde fueron abrazados en una inusitada ternura.

La resonancia en la aleación de plata y oro de las campanas, el mercado alborotado, las tiendas de especias y granos, la harina para los panes, la canela y las frutas, el néctar de las flores y las risas de cientos de mujeres alegres en la sucesión de las horas matinales.

La ciudad de todos, la que pertenece a los primeros y a los que
vendrán, la traslúcida y la encantada estancia.

LA VASTEDAD DE LAS MONTAÑAS

Nada conmueve más que esta vastedad verde. Un juego de formas onduladas, de lomas y precipicios, de montes que parecen crecer de pronto y que, sin embargo, han estado allí en el espinazo de la tierra ocultos y expuestos a la vez ante la mirada; una sensación de que lo inmóvil se renueva cada segundo y que las montañas pudiesen pararse de pronto de su hondo sueño y estirar sus brazos en la densa niebla que las cubre.

Aquí, en los desfiladeros, la pequeña estatura humana queda en evidencia ante la inmensidad y su huella es imperceptible en el océano vegetal que se extiende y reproduce, que consterna y alucina. La tierra resguardada en las alturas, se bifurca, de brinco en brinco, en valles y planicies, para remontarse otra vez en las filas cerradas del follaje y árboles milenarios, como faros para la alta distancia.

Esta es la línea del cielo y la tierra blanda y viva, el horizonte jaspeado de un paisaje de cumbres sin barreras, de leguas y leguas de idénticas higueras solemnes y encrestadas, de rocas macizas y abedules, y la ingravidez del día en las laderas donde el vértigo desconcierta en este derrame enorme del silencio.

EL RESPLANDOR

Como un sola pieza de cristal tallado, mensajero del llamado de los astros, está empotrado el resplandor en las grutas a las que se llega después de subir hasta una zona cubierta de zarzales, a cien años de distancia a pie de la ciudad.

En las vísperas del dominio de los artificios, cuando escrutaban el firmamento y concluían que el mundo era sólo un diminuto rincón en las constelaciones, aquellos seres imaginaron que poseer una estrella era una manera de conocer lo abierto y la inmensidad que les producía tanta consternación y misterio.

En las inmemoriales honduras de la noche, cuando estaban encendidas las hogueras del campamento y hablaban en voz baja a la hora del descanso, un meteoro de luz incandescente entró a la tierra y chocó en las mesetas, cumpliéndose un vaticinio anunciado por astrónomos que no sabían aún escribir ni pintar el mapa sideral, temerosos ante los azares astrales, presas de las figuras cósmicas, y sin conocer las medidas de las distancias ni las conjunciones de los planetas.

La piedra del cielo había llegado y allá fueron, con el aliento entrecortado, exaltados por la curiosidad, agarrados unos a otros, y observaron, sin acercarse demasiado durante toda esa noche caliente, el cráter redondo que produjo el impacto.

Al amanecer, en el silencio más absoluto, aquella roca como de sílice yacía en el suelo; palpitante, como de hielo o mármol, irradiando una luz fría y total, más que cautivante, hipnótica, sin duda, de otro mundo. Nada se le parecía, nada tenía tanta refulgencia,

tanta claridad; no era como el sol, su esplendor era blanquecino y millones de agujas irradiaban de su superficie pulida y apacible.

No había que turbarse, no había peligro, era el regalo esperado, el pedernal que lentamente cayó del cielo como una dádiva y no como una maldición.

Era el tiempo en que faltaba poco para arribar a las cimas jubilosas y ésta era la señal que indicaba que la ruta y las estirpes avanzaban en el camino correcto.

Como nunca antes, aquel enjambre de seres realizó la titánica tarea de trasladar la masa de mineral celestial; había que resguardar la fuente del fulgor y eligieron las húmedas cavernas que estaban justo en la altiplanicie.

El gran esfuerzo los dejó exhaustos y, al mismo tiempo, poseídos de una felicidad vibrante.

Allí colocaron la gema como una deidad y disimularon la entrada con arbustos y malezas. Por más de un año se detuvieron, cantaron, y limpiaron la gruta, dulcificados en el contagio de la luz y su diáfana ilusión.

Entonces prosiguieron el viaje en un alegre alborozo porque el encuentro con el resplandor hizo anidar, en esa especie de nómadas, una fraternidad insospechada y la nítida convicción de que nada detendría aquella caravana bendita hasta llegar a su destino y habitar en el lugar más fantástico, del planeta, allá, en la altura del círculo terrestre.

LEONCAR, HIJO DEL TIEMPO

El que todo lo sabe, el que todo lo vio y verá, el hijo del tiempo que al nacer no fue tocado por la muerte y que habita en la ciudad perpetua para guardar la immaculada memoria de los días y los años, desde antes del agua hasta la extrema plenitud del espacio abierto; el custodio de los dulces misterios de todo cuanto existe en el país iluminado.

Leoncar, de ojos negros y manos alargadas como mazorcas de maíz, tan alto como dos hombres y de piel cobriza, vive en la casa más alejada de las puertas del sol y cada tarde se sienta a mirar la caída vetusta del astro.

En ese momento las visiones acuden a él, las voces le cuentan una y otra vez cómo se tejió el cordón de plata y cuándo fue el milagro del alba en que todos supieron que podían ser, simultáneamente, fuego, ala, pies y enramadas.

Este ser singular que nunca duerme y que no conoció el reposo, comprende mejor que nadie los laberintos del sueño, sus secretos más ocultos y el libre movimiento de las mentes cuando arman el rompecabezas de la ilusión o son invadidos por los residuos filamentosos del miedo o las oquedades del pasado. La querida sabiduría más allá de la barrera humana, en las placentas de otra realidad más sutil, intangible y poderosa, propia de los dioses. Sin embargo, pareciera ser el más humilde de todos los ciudadanos, con su túnica antigua, alpargatas y un pañuelo amarillo y verde atado a su frente.

Cuando la ciudad se sumerge en el ensueño de la medianoche, en el centro de su hogar, ve las imágenes que flotan en el aceite que

hierve en las cazuelas de los presagios, envuelto en la luz mortecina de los leños mientras danzan las sombras por las paredes y el techo; el prodigio del porvenir le visita, le muestra sus hazañas y sus asechanzas, sus venturas y desastres y la implacable certeza de lo que acontecerá.

Su esmerilado corazón sufre o se alegra, y en el más absoluto silencio se desvanecen las volutas de humo de la estancia. El umbral del tiempo ha sido surcado por este hombre que imita al viento y silba las canciones que aprendió al nacer.

Solo, en el privilegio de lo interminable, comprendió que todo su ser sería bálsamo para las inquietudes, que a él acudirían para develar las intrincadas respuestas de lo ignoto, lo casual, lo doloroso y lo inesperado; su puerta estaría siempre abierta, a nadie rechazaría y no tomaría ventaja del don que poseía, y de la capacidad de escudriñar en los recovecos de las edades sin ser herido en el ir y venir entre los años, como quien cruza de un océano a otro, siendo una barca cargada de noticias inverosímiles.

Todos los habitantes del país saben que Leoncar está entre ellos, como un oráculo, como el libro escrito y por escribir y que él es el hijo del celaje para que no hubiese olvido ni temor al futuro.

LAS ABEJAS
DEL SOLSTICIO DE VERANO

El panal de abejas es un hermoso caserío de color caramelo adherido al borde de la cúspide, esculpido en terracota, desafiando la gravedad y el abismo. Orientado en línea recta hacia el ángulo que forman las dos montañas donde el sol matutino se levanta imponente, sus ventanas pequeñas y rectangulares permiten que la luz circule por los aposentos, rocíe su tibieza en el néctar de las celdillas e ilumine las bóvedas intrincadas donde laboran, día y noche, las miles de abejas que, en realidad, son diminutas mujeres aladas y no insectos.

Este es su hogar, el de las mieles exquisitas y la dulce fabricación del líquido dorado que tanto aprecian los habitantes del país iluminado.

Los laberintos de cartón vidrioso y formas ocurrentes, paredes azucaradas y claraboyas desde donde se ven las nubes pasar, llevan al recinto central donde una reina, más grande que las otras, más corpórea y deslumbrante, pareciese dirigir el febril trabajo de miles de obreras incansables. Majestuosa y fecunda, dedica parte del día a sellar con cera los depósitos de jalea real; cofres diminutos de esencias, placentas líquidas que se guardan para ser bebidas en el solsticio del verano.

En las fiestas del fuego, todas ellas vuelan, desde este barrio de zumbido parejo que se entremezcla con el viento, hasta el encandilado centro de la ciudad donde el sol se detiene al mediodía e inicia su regreso hasta desfallecer en el mismo sitio de sus nacimientos sucesivos.

El rito agradecido de abejas, zánganos y reinas dura toda la tarde, regalan pomos de miel de sus quinientos panales a los habitantes, quienes a su vez, han prendido cirios que durarán encendidos toda la noche; y el elixir que se liba una vez al año a pequeños sorbos preserva de la enfermedad al punto de que este día es como un conjuro, para que ninguna afección les diezme ni derrumbe, como aconteció en los otros tiempos de lutos, enterramientos y ciudades vencidas por la desgracia.

AVE DEL PARAÍSO

En la milagrosa aurora de la vida, cuando la flora y la fauna se hermanaron en la ruta definitiva, el vuelo y la savia también se unieron en un mismo ser immaculado. La magnífica flor de la montaña, acrisolada en su plenitud, en su perfecta armonía y belleza, admirada y querida por árboles y plantas silvestres, por frutos y semillas, despega de la fronda y se eleva, febril, única y reina por los cielos.

En su trayectoria pasa fugaz por el jardín de pinos centenarios, y en el verdor su cola naranja y violácea deja grabado un abrazo, una ternura en espiral y un aura de libertad ilimitada.

En la posesión del aire, ave y flor, a la vez, se desliza en la cresta del viento, avanza sobre el cañón y gira hacia las mesetas donde se prolonga el país, con el frenesí veloz de una lanza en dirección al sol.

Esta conmovedora ave inaugura otro estadio de crecimiento, las venas de las hojas conquistan la naturaleza animal, el movimiento a voluntad, las inclinaciones entre las nubes y el descenso suave hasta la llanura.

Vuela sobre la ciudad y el latir de su corazón se acelera, tanto como el del colibrí; divisa el campanario, la plaza, la llama en el agua y la casa distante y cercana de Leoncar.

Las alas que crecieron con lentitud entre las fibras de bambú, la rigidez del tallo cada vez más flexible y ondulante, la envoltura sanguínea como un capullo rojo, son ahora el fino bordado blanco

de un velamen, la ágil armonía de la suspensión aérea, el espacio surcado por el sueño vegetal de la antigua tierra en su aspiración de atmósfera.

Un ave del paraíso, emisaria de las buenas nuevas, retorna a su hogar, ocupa su trono, se acopla a la raíz y exuberante cierra sus ojos, pliega sus alas y desde este día se reproducirá como un vástago estelar: la flor que puede volar y el ave deslumbrante, fundidas en un mismo cuerpo y un solo corazón.

ACHU, LA ANTELACIÓN

El can, con su rostro negro, narices puntiagudas y ojos de niño vivaz. Achu, el perro de Oreth, su escolta, su agraciada compañía, el que siempre le aguarda y se desborda de hilaridad cuando le ve llegar, remolinando su cola, brincando sobre sus pies gatunos, desplazándose a su alrededor en círculos y agachando la cabeza como una reverencia.

El sabueso, hijo de hijos perfectos, lanudo y blanco, con una mancha de ámbar negro en su lomo, puede estirar sus patas delanteras como un hombre, girar sobre sus caderas como un contorsionista y ladrar como un dragón en la espesa noche.

Sin embargo, dentro de él pareciera que viviesen otras afables criaturas, que juegan con su peso, le hacen cosquillas que le erizan o, también, como si en él existiese un frágil pájaro de alas abrazadas o un lejano oso de nevadas montañas y quizás un conejo risueño y vaporoso.

En el invierno es feliz porque le gusta el frío y se amodorra en las tardes yertas, atontado, disfrutando cada segundo de la mortandad enorme del ensueño y el recogimiento de la calma.

Estirpe de lobo, licuado de mastines, en su sangre pastosa fue aplacándose la ferocidad, y se agudizaron los mejores sentidos del olfato y los oídos; se volvieron crisálidas sus pupilas y el poderoso don de la antelación fue un atributo de su casta. Por ello, pudo advertir del peligro a los habitantes del país iluminado, presentir las malignas avalanchas, los derrumbes y el sacudimiento de la tierra.

El huracán moja su vellosa cuerpo antes de desatar su furia y el perro poseído de los previos avisos aúlla a los cielos endemoniados que de pronto se presentarán maltratando la vida, tumbando los frutos, quebrando los árboles más recios y ensuciando la pureza del aire.

Achu, el que corría por toda la ciudad, veleta y gacela, anunciación de la fatalidad y elocuente, preciso, exacto, indicaba que tipo de imprevisto iba a ocurrir. Llegaba hasta la casa de Leoncar y juntos parecían trazar en el suelo señales, conjuros y murallas; tanto o más humano que los hombres, se transformaba en un ágil guerrero con una espada cortando el aire, venciendo los males venideros, defendiendo la ciudad fecunda, el territorio querido, la patria entrañable.

El can custodio, el que estando en la puerta de su hogar parecía inofensivo e invisible, al que los niños le tiraban piedras desde lejos y él les miraba de reojo, indiferente y cortés, tenía el corazón hecho de diamantes, la inteligencia de una sabia ballena y la hermosa imponencia de una enramada de hojas doradas.

EL ÁRBOL DE FRUTOS DE ORO

Para dicha y asombro de todos los seres del país iluminado, en la colina del sur, en la despejada meseta, el árbol de todos los caminos, el arcano verde, ha estado allí desde el inicio de los tiempos.

El árbol de hojas elípticas, de tronco grueso y vertical que se amplía en cien ramas intrincadas, florece en primavera y sus frutos son de oro, como si en sus plantas una veta áurea se licuara y ascendiera para que las naranjas, duraznos, manzanas y mangos fuesen de pulpa sólida, del metal noble que se convierte en un regalo de la tierra, en una alborada amarilla y en un encuentro sin igual entre lo que vive y lo mineral.

A su copa acuden los pájaros, revolotean, juegan con los duendes que aparecen montados en cada fruto y que corren entre el ramaje, brincan, caen al suelo, vuelven y trepan, jinetes de las aves y de los ruiseñores; la algarabía alrededor de los llamativos frutos, como joyas hechas a mano, radiantes y perfectas. Una sinfonía primaveral que se propaga en todo el territorio como si una cornucopia amplificara la melodía y el viento la llevase tan lejos como una noticia de la persistencia, y de la tenacidad.

El árbol, hermano de los árboles, no es sólo parte del paisaje abrazador sino la madera viva que reproduce el anhelo de cada alma del país: florecer en las estirpes, brillar, germinar, alegrar el mundo, inventar una fantasía jubilosa, creer en que una deidad fue desposada con el árbol para tener hijos frondosos y que aún vive en el planeta y duerme en una casa distinta cada noche. El privilegio de hospedarla es un honor que las familias esperan como una visita que alumbrará sus vidas.

El árbol donde el musgo cuelga como una red marina, como un encaje o una manta, y los habitantes la abrazan y besan sin tocar sus frutos, entre las maravillas diminutas de los duendes y sus pompas, sus gracias y brincos.

Un rito que cada generación enseñó a la siguiente, como una encarnación de la ilusión y, sobre todo, de la creencia de que llegará una primavera que no terminará jamás y que a partir de entonces no habrá estíos ni tiempos de podredumbres.

LA LLAMA EN EL AGUA

La llama flota en el agua del estanque, como un hechizo.

Danza y se contornea y su luz es blanca y celeste, hermosa y cautivante, vivaz en el centro de la noria nívica que fue construida alrededor del manantial que emerge de la tierra.

Desde allí parten los canales en las direcciones de los puntos cardinales. No es un pozo ni un abrevadero, es un diminuto lago contenido por un redondel de piedras opalinas y cuatro bocas abiertas, donde fluye el agua como una cruz líquida.

La llama fue encontrada en una fría madrugada de tormentas; una llama niña que jamás habían visto, en un bosque de robles. Surgió en el estrépito del relámpago, que provino de un cielo alumbrado y que fue motivo de temor y asombro.

La delicada flama que recogieron del suelo y colocaron en un disco de barro, sin tocarla directamente, con devoción y delicadeza extrema.

Y fue así que la trajeron consigo, persuadidos de que su luz no se extinguiría y les acompañaría siempre. La llama no se apagaba bajo la lluvia e imperceptiblemente fue creciendo en intensidad y brillantez. Venerada, parecía que su misión era producir la placidez y el alivio a quien la contemplase.

Ya fundada la ciudad y levantada su plaza, una vez que la alberca fue terminada, la llevaron hasta el borde del agua y allí, al soltarla, la vieron caminar hasta el centro, en un instante donde el cielo

mismo se iluminó como el pretérito día del hallazgo. La llama que no quema y no daña, el fuego y el agua en el público recinto, como un milagro en la maravilla de una ciudad soñada y ufana. La mágica llama que al tomar posesión del sitio resplandeció hasta el azul, como una bandera y todos los seres fueron bañados por el fulgor.

Con su cabellera platinada suele mover su cabeza y conversa con todos los que acuden a verla. Les habla en el idioma de la luz, en ese suave y cristalino murmurar del cenit que va entrando sin prisa en el recinto interior de la mitad de sus almas.

La llama mujer que abrazada con el céfiro es la fiesta del deslumbramiento, allí, vertical y empinada en la combustión, como un tesoro inextinguible.

LOS GRANEROS DE LA TIERRA

Se reúnen cuando llega el tiempo de la cosecha; vienen de todos los poblados, en hileras, como hormigas convocadas por el sonido de un cuerno celestial, por caminos y laderas, con sus instrumentos de labranza, sus mochilas, sus sombreros de piel y sus bolsas de agua en las espaldas.

Es la hora del buey, de la carreta, y de las largas jornadas que se inician con el cielo de color malva y terminan sólo cuando el sol ha declinado más allá de las montañas.

La tierra ha sido generosa y puntual; en las planicies, un mar de plantas verdes y firmes se esparce en las terrazas, y ellos recogen los granos con sus miles de manos ágiles entre las hojas.

No hay descanso, es la unidad de un solo país y un solo pueblo, en la tarea de asegurar el alimento anual, llenar los graneros equidistantes unos de otros, el trabajo común y la fatiga compartida que es menos pesada en lo fraterno.

En treinta lunas los campos sagrados serán cosechados, y la última noche en todos los campamentos temporales darán gracias a la tierra por sus dádivas, por la fecundidad que es la plasmación del amor, de épocas, edades y ciclos de misterios, hallazgos, y la consagración de las simientes en el engranaje luminoso de la naturaleza.

Partirán a sus hogares así como acudieron a la cita: en filas enaltecidas serpenteando por la piel del mundo y labrando el destino en cada grano almacenado como una posibilidad certera de la vida.

NAHE, HIJA DEL SOL

En la inmensa copa del mundo, en esta redonda vida de agua y tierra, vive la hija del sol, la gacela leoparda, la paloma águila, la prodigiosa criatura de delgada silueta y sonrisa de terciopelo.

La cascada de luz, de cabellos de oro y aurora, la mujer que cada abril muda de piel como si renaciese y vuela en el cielo carmesí, aleteando sus brazos de plumas blancas entre los cristales del aire y dibujando un arco amarillo a su paso, como una corona para los habitantes de la bella ciudad del tiempo. La mujer crisol de la tierra abonada, con su corazón de llama y madreperlas posee el latir versátil de una capital inexpugnable.

Sus predios alcanzan la distancia de un navío impulsado por los vientos boreales en la loca aventura de un horizonte que al pretender alcanzarlo se aleja. Una gota que brincó del astro solar, una hoguera en cuerpo de mujer, un templo viviente, la claridad, la maga tierna que los niños buscan para inventar historias, para verla en sus transformaciones: ardilla, tigre, mariposa, guacamaya, y, también, garza y tucán.

Nahe, que acude a los partos y toca las sienes sudorosas de las madres, que estalla de felicidad al escuchar el sonido de los hijos al nacer; la compañía sutil, el cálido abrazo en el mediodía como un manto sobre la esfera terrestre.

Le gusta ser el péndulo de las campanas de la ciudad y se deleita imprimiéndole melodías a las cóncavas anunciadoras hechas de metal fundido, se balancea y juega en la resonancia como una niña

con un columpio y sus pies de infante son el impulso mientras su corazón se acelera en las palpitaciones.

La delicada mujer de mirada recta que al atardecer desaparece, como las volutas de aroma de la hoja de té en el sortilegio del brebaje que purifica la sangre, e inicia la travesía por la otra mitad del mundo, en la luminosidad que emana del padre.

ORETH, HIJO DE LA LUNA

Oreth nació del vientre de Diamir, que a su vez tuvo cinco hijos, pero sólo fue su madre para encarnarle en el mundo.

Ella que ordeñaba las vacas y conocía el fluir de la leche tibia de las ubres se quedó dormida en el establo antes de que amaneciese, y en su sueño fue una luna blanca que atraída por Mercurio fue a buscarle en su traslación más cercana al sol y se embarazó de él.

Al despertar, sintió en su interior que gestaba un niño, hijo de un planeta hirviente y del quásar hembra que gira alrededor de la tierra.

Oreth fue sietemesino y mucho amó a su madre terrena. Ella también le quiso como el vástago mercurial que alimentó en sus entrañas y amamantó con la misma entrega que a sus hijas. Era un astro con forma humana, atraía a las jóvenes de los poblados y su timidez lejos de ser un defecto le dotó de un aura que producía mayor fascinación. Grupos de ellas acudían al mercado y aguardaban para verle en la lechería, donde trabajaba sin descanso y hablaba sin cesar, empapado de sudor, fuerte y capaz de levantar un barril de mantequilla como si fuese una pluma de ave.

Siempre tuvo la delicadeza de atender con especial esmero a las ancianas, ser paciente y afectuoso con ellas, despedirlas en la puerta de la tienda y observar su lento caminar hasta perderlas de vista entre la multitud. Sentía que las longevas mujeres eran la misma luna madre y que así como él vino a vivir en el país iluminado, ella podría también haber descendido y estar oculta en un cuerpo femenino.

Pero fue la misma luna, una noche en que paseaba a solas entre el campo de rosas púrpuras, quien le dijo que no le buscara en los ojos ancianos de las mujeres, ni mucho menos en sus corazones. Ella siempre estaría en su órbita visible, a veces un arco, a veces un medallón de luz, otras veces como un tornasol envidiado por el mismo sol; y que él, en su presencia mundana, debía continuar siendo como era: la humilde bondad.

Estaba predestinado que los días ineludibles llegarían y que entonces, sería necesaria su condición astral.

Oreth vivía en las afueras de la ciudad eterna entre vacas, leches, cocinas y quesos, como un pastor venido del cielo y los augurios vaticinaron para él una singular tarea en la delicada curvatura del tiempo y el destino.

FRAGMENTOS DEL DOLOR

La noche del eclipse, la lenta sombra oscureció la luna llena; la redonda negritud, como sobrepuesta sobre ella, se mantuvo así por unos minutos y después, también despacio, fue desplazándose hasta que volvió a aparecer la luz cilíndrica y los cráteres y cicatrices parecían más marcados en la piel del satélite inerte.

El fenómeno no era desconocido y, de tiempo en tiempo, la luna opaca causaba sensaciones misteriosas entre los seres que esperaban con curiosidad para observar el guiño de la luna, el abrir y cerrar del inmenso ojo celestial y se retiraban a sus casas en silencio, sin hablar, sin comentar lo sucedido, como si el evento, aunque inofensivo, fuese un críptico mensaje, algo que se ve pero no se sabe por qué ocurre, ni de dónde vienen las sombras y hacia dónde van después.

Tanto movimiento en el firmamento, destellos, cometas, astros, y planetas, como Venus en la mañana, la Osa Mayor, las figuras táuricas, incluso lunas diurnas y, a veces, un sol burlón, eran espectáculos normales entre tantas fascinaciones; pero el eclipse total de luna era una forma huraña de comportamiento del cielo que no producía alegría.

En esa ocasión, Oreth le habló al pueblo en la penumbra y les dijo:

“Las sombras sobre la luna son reales, pero sobre todo, son hijas de nuestra imaginación, de nuestros pesares, residuos y fragmentos del dolor.”

La luz no desaparece, está detrás de lo oscuro que viene de nosotros, de aquí de la tierra, es un reflejo y la lección de que aún lo brillante puede ceder ante lo opaco, y volver a brillar.

Mucho hemos cuidado a la hermosa vida, no hay en nosotros la mascarada ni armas fratricidas, ni emboscamos con impunidad ninguna aldea; hemos abonado la bondad, sentido la satisfacción del desprendimiento, pero no siempre fuimos así.

Aunque se ha ido limpiando nuestro ser, costras secas quedan aún en nosotros, como en la luna, grabadas por el impacto de lluvias de meteoros; el eclipse es una forma de espejo y por eso no nos agrada y callamos.

El cielo es la escritura del bien y el mal, como lo que fuimos y decidimos no seguir siendo; ese péndulo oscila sobre nuestro planeta, porque estamos vinculados a los engranajes del reloj del universo, que también ha sido aluvión de desastres y crujido estelar de explosiones en las que han perecido civilizaciones enteras muy superiores a nosotros.

El mal se vestía de azar y engañaba, por eso el amor prefirió empozarse en el corazón y recorrernos por dentro, como una nave que nos fue purificando y pudo ser labios, abrazos y gestación deseada.

La luna es la gran piedra cercana, una hermana orbital, no tiene enigmas, no hay entristecerse en noches así, más bien habría que celebrar la victorias que otros, antes de nosotros, lograron sobre la bestialidad, esa indeseable práctica del daño irreparable. El cielo será una vez un hogar como éste y más placentero aún."

Ellos le escucharon y comprendieron.

Oreth habló a propósito porque ya había llegado el tiempo de saber lo que esconden las sombras, y al hacerlo depositó en ellos una especie de atracción imparable por el espacio sideral que los iría envolviendo con la rapidez vertiginosa de un halcón en la amplitud del cielo.

CARAVANA A LOS ORÍGENES

Demasiado tiempo, un tiempo tan largo y desmesurado, vidas tras vidas, madres y padres, hijos e hijas, en la sucesión, en la danza de los siglos, en las longevas vueltas del mundo; demasiado tiempo en las llanuras y demasiadas noches en el silencio espectral, tantas horas acumuladas en la serranía, tantas lluvias, tanto saber y escrutar, que aquella nación feliz quiso volver al otro sitio de sus orígenes.

Ese sagrado lugar que parecía dejado atrás y que sólo era un relato en las palabras de Leoncar, en su devota memoria cuando contaba sobre los océanos, sobre los mares y sus aguas profundas, sobre aquellos seres que no conocieron el aire ni las alas, los seres escamados y de ojos ovalados, sin manos y sin pies que ocuparon los espacios marinos del planeta.

Así fueron donde el anciano y le preguntaron dónde estaba el camino, la ruta de la casa primera.

Leoncar les dijo: *“Es la nostalgia que ha crecido en sus corazones, es la forma perpetua de amar en la distancia y el tiempo.”*

Y ellos le dijeron: *“Llévanos a ver el mar, nunca vimos el mar, ni la ola, ni las mareas que se retiran de una playa; no vimos el jardín de corales, no conocemos las madreperlas.”*

Él contestó: *“El mar es tan vasto como un cielo, es la madre de todo cuanto existe. Volveremos al océano, a sus orillas y sus arenas, pero no como un retorno sino porque en ustedes es ahora un anhelo.”*

Y así se formó otra vez una caravana para el descenso. Partieron al alba, cuesta abajo, por las mismas pisadas, por el mismo camino, viendo sus vidas y sus pesares, el crujido de crecer y evolucionar, los miles de años de lenta construcción, en un viaje conmovedor y asombroso, en la repetición de sus vidas que estaban allí, en todos los parajes, intactas, incluso las pérdidas amargas, las lágrimas y las osamentas cuando aún la muerte afligía y devoraba; los campos baldíos, las sequías, las pestes sucesivas que parecían perseguir cada generación.

Leoncar, a la cabeza de la marcha, les hizo cruzar la última cordillera y fue desde allí, en la altitud, que vieron paralizados el amplio, inigualable y plomizo océano. Era la tarde de un domingo de mayo. Absortos, estremecidos, miraron el plato de agua más grande que pudiese nadie imaginar. Esa noche no durmieron ni descansaron, el mar era un frenesí, una presencia vívida, no un relato.

El último día de la caminata les pareció corto en extremo, bajaron juntos, y juntos escucharon el sonido de las olas al romper en la arena, y, por fin, alcanzaron la orilla.

Leoncar les dijo: *“Esta es la antigua casa, este es el origen y la nutrición sal que nos hizo. Este es el mar querido, el agua de los comienzos.”*

Y fue, justo en ese instante, en que emergió a la superficie la ballena esplendorosa que miró a la multitud erguida, sus múltiples formas, tamaños y miembros, sus alas y sus picos, sus pieles y sus vestidos, sus manos y sus dedos, y conmovida preguntó en voz alta: *“¿Lograron llegar a las cimas del mundo?”*

Y un coro unísono le contestó: *“¡Sí!”*

Ella volvió a interrogar: *“¿Y el aire, el cielo, la tierra, los montes?”*

Y fue Leoncar quien contestó: *“Sí, todo ha ocurrido ya, caminar, volar, hacer... Vivimos en el país iluminado, y el aire es mucho más delgado que el agua. Somos especies más capaces y nos hemos mezclado, tenemos sorprendentes dones que te asombrarían.”*

Entonces, el ave del paraíso levantó vuelo sobre el mar, dio un giro lento encima de la ballena que la miró surcar el aire con dos lágrimas perladas en los ojos y los habitantes del país iluminado fueron desbordados por la alegría del encuentro y la completa dicha.

Leoncar, dijo, entonces: *“Es hora de regresar, vamos a volver como quien despierta porque no hay tiempo que perder y viajaremos en los corceles de luz por los túneles del tiempo.”*

Nahe recogió un caracol del borde del mar que desde entonces lucía como un tesoro en el que estaba atrapado el rugir del mar, y las olas rompiendo en los arrecifes y en las orillas de las playas espumosas.

EL POLEN FASCINANTE

Todos los seres del país iluminado parecen estar suspendidos entre dos dimensiones del tiempo desde que la travesía hasta el océano redondeara sus vivencias pretéritas y las palabras de Oreth sobre los eclipses lunares les hechizaran, como si el cielo fuese lo más importante de sus vidas.

La punta del pasado se toca con el futuro en el espacio como un cordel en el orificio de una aguja; las rotaciones ininterrumpidas del mundo, la atmósfera y la gravedad, la conjunción de agua, gases y temperaturas, el inicio, el origen, las larvas, la historia cuesta arriba, el primer pez, la langosta, los años natatorios, el impulso, la elevación y la sobrevivencia, son piernas, brazadas, del esfuerzo colosal.

Cien mil años de andar erectos, prendiendo fuegos, viendo los volcanes convertirse en lagos y dispersándose las huellas de la salamandra; artífices de jabalíes rojos heridos por la lanza, manadas de venados en estampidas, filamentos humanos de cabezas chatas, un solo jinete, tres caballos y una mujer dormida, rupestres pinturas en las noches pacientes y las tinieblas; un artista enajenado con pinceles toscos y pigmentos de tierra, saliva y sangre.

Y ahora, después de las matanzas, las hordas y los calvarios, después del fuego domado, de las oraciones y la quietud invernal, de la cima conquistada, los mágicos acontecimientos y la plenitud, el silencio total se apodera del país, como si supieran que acontecerá un suceso, otra maravilla, una visitación.

En los acantilados el aire no se mueve y como en las antiguas leyendas, la quietud que precede a lo ignoto es una tortuga mitológica que lleva en su caparazón al globo terráqueo, cargándolo entre los astros hasta que entra en los mundos desconocidos de otras galaxias.

Mientras, el polen fascinante aguarda dentro de una canica de azufre de aguas termales, con el corazón encendido en el transcurrir de la purísima expansión de la primavera.

EL ECO DE OTRAS VIDAS

En este rincón del mundo encumbrado y lavado por las edades, que ha sido una totalidad de la tierra, el límite del cielo y la añoranza del mar; en esta pequeña gota azul flotando en el espacio, donde se resume el esfuerzo de preservar la vida, en medio de sus azares y combinaciones, de fuegos y glaciales, de energías moleculares que crearon los sentidos, la alquimia para dominar lo mordaz, lo dañino y las contrarias fuerzas de la destrucción; en este recinto donde la luz fue lumbre de la memoria, y en donde la víspera del animal vertebrado se enlazó en la purificación gradual de sus descendientes que pudieron surcar el aire, recorrer confines y sobrevivir en las heladas épocas; aquí, donde la silente e inmóvil esterilidad de los desiertos muertos, fue derrotada por la espiga, el cactus, el oasis y la fiebre del renacer incesante, por la persistencia de florecer, de echar raíces y penetrar hasta el ojo de agua más hondo; aquí, donde se adelgazó como un hilo la tenue línea de las especies y germinaron seres tributarios del león y las águilas, donde el día se trasmutaba en sus odiseas y ensueños, y el árbol trazó en sus anillos cilíndricos el paso de la historia, y se resistió ante la adversidad en la defensa absoluta del amor, ese desprendimiento infinito que pudo unir a esta estremecedora nación, aquí estaba escrito en los pergaminos, en las paredes, desde las cavernas y los balbucesos hasta cuando fue posible mirar más adelante que los años, que llegaría a ocurrir el privilegio de no estar solos, de que no estábamos vagando en la inmensidad, disolviendo y armando un egoísta sueño, una trashumante ilusión perdida y sin sentido.

En el vaivén de los tiempos estaba anunciado que habría un sonar débil que comenzaría a latir y aumentaría en brillantez, reconocible

en el mismo idioma de este mundo y que aumentaría su volumen hasta escucharse con la claridad y la presencia de lo que estando lejos, al fin, está cerca.

El eco de otras vidas proveniente de la bóveda celeste, de las espléndidas estrellas, de los astros con luz propia, de los túneles de la noche, de las constelaciones ocurrentes, del cangrejo o la medusa, desde la vía láctea y el océano efluvio e invertido que no se derrama sobre el globo terráqueo, se hizo perceptible, como las brisas, los vientos alisios, el silbido nítido entre las hojas o el pertinaz tambor seco del granizo sobre los suelos preparados para la siembra.

Eran voces, ecos de voces, que primero hablaron al oído, como susurros, como quien conquista una torre, conjura el miedo, imanta el alma.

Los habitantes del país iluminado fueron cautivados por esas voces, pausadas, familiares, inusitadas, que con palabras breves transmitían millones de imágenes de sus mundos.

Bienvenidas, seguras de no causar temor, fueron más y más frecuentes los ecos, hasta que todos los días se escuchaban en el territorio, rebotando entre las montañas, inundando la ciudad y entrando a las casas, pero siempre desde el cielo, desde arriba, desde las lejanías del cosmos.

Voces amigables que decían saber que en esta pequeña burbuja del sistema solar, había seres hijos de la vitalidad, navegantes en las venas de la existencia, con memoria y recuerdos, con fantasías e imaginaciones, y, sobre todo, con inteligencia.

Era, pues, un tiempo nuevo dentro del tiempo; una hora original donde los habitantes del país iluminado albergaron en su más

íntimo ser el propósito, ya no solo de escuchar y entender las voces, sino el inmenso sueño de las estrellas, la posibilidad de recorrer y reconocer el otro espacio, el contemplado, el hermoso e incommensurable espacio que fue tantas veces una pregunta sin respuesta.

Ahora sabían que no era sólo el vacío, que había allá, entre tantas y tantas luces, parajes y ciudades, países y patrias, cimas y mares, seres que se habían, también, multiplicado y que quizás fuesen naciones con mayor sabiduría.

Así, mirar hacia el cielo abierto fue la más envolvente obsesión y una renovada circulación de la sangre para el otro salto: la conquista de lo que no tiene límites.

EL INMENSO
SUEÑO DE LAS ESTRELLAS

Y fue así como llegó el tiempo para irrumpir más allá de este mundo redondo, de esta estancia de agua y tierra, de ensueños flotantes y milagros sin par, de esta lágrima diamantina en el cosmos y que en sus cumbres preservó lo mejor de su existencia, que ha sido morada húmeda, trashumancia, delta de río, archipiélago, bosques inexpugnables, cordilleras, cumbres y hogar en las alturas.

El país iluminado por su fuerza interior y por su integridad colosal, había acumulado la necesidad y la urgencia vital de extenderse, de ampliarse en el confín de las galaxias.

En el vértice de su brillante dominio, y alcanzadas las quimeras, se inicia un ciclo en otro espacio de la luz y del aire. Una imparable fascinación cósmica les impulsaba al viaje, peregrinos otra vez en la concavidad azul, dispuestos a armar el puente sideral y cruzar a lo abierto, estacionar nuevos sueños y crecimientos en los astros, nuevas rutas de la felicidad terráquea y quizás, el encuentro con otras vidas astrales, otras circunstancias para contrastar lo que hemos sido y hasta dónde hemos llegado en la sucesión de la especie y en nuestras capacidades humanas y naturales, en nuestro empujar supremo sobre la tierra.

Navegar el espacio y los jardines de las constelaciones que esperan en derroteros más antiguos que nuestro polen solar, se impuso como una nueva imagen del destino, y los habitantes del país iluminado vieron como las líneas del cielo no eran dibujos casuales en la noche sino caminos, mapas y senderos, como las montañas

y las cascadas, los aluviones y el bosque, el silencio amable, la cueva del resplandor o el mar mismo.

La avanzada debía partir hacia lo abierto. Entonces, Oreth dirigió la construcción de siete barcas gemelas en la cúspide de la montaña, donde abordarían setecientos seres portadores de la misión de conquistar las estrellas.

Las siete barcas laminadas con corteza de árbol y velámenes de hojas de plata, remos de cuarzo fundido en oro y la proa hecha de cristal, fueron armadas en siete meses por mil hombres y mil mujeres. Cruzarían el umbral y podrían surcar los espacios interestelares como pájaros sagrados impulsados por un sueño.

Cuando todo estuvo dispuesto para iniciar el viaje, fue el día más luminoso que jamás se había visto en el planeta, casi una suplantación del sol, la enervante luz, la potencia radiante de los siglos, la cita prometida.

Nahe dirigiría la primera barca, Leoncar la última. Una abeja reina y cinco mujeres aladas, la llama que flotaba en el agua, doce duendes, el can Achu y una tripulación formada por habitantes elegidos de cada poblado, abordaron las imponentes naves. Los vientos salobres y templados, los invernales y del trópico, se unieron en un soplo que impulsó las barcas hacia el cielo. Todos los seres del país iluminado, reunidos en este espectáculo de luz y despedida e inmersos en la extrema claridad, las vieron elevarse del suelo al aire, sin prisa, como en el agua original de los puertos flotantes de sus corazones.

Siete cofres alados de un tesoro terrenal; siete centellas, que al alejarse formaron una sola estela de cristal que avanzó y avanzó en la transparencia de la luz hacia el espacio inmensurable de las estrellas y su misterio.

ESTE LUGAR OSCURO
DEL PLANETA

▼
(1998)

Alta Mención Honorífica
Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán"
1998-1999

I.
COMO UNA GOTTA DE SANGRE EXTRAVIADA

1.

Yo, la mujer. La frágil. La débil.
La que nunca debía llorar su dolor.
Yo, la codiciada.
La oscura sangre de la pequeña celda del caracol.

Yo, delgada y tendida.
Desnuda.
La de caderas abiertas
para que el mar me quemara con su sal
y me ahogara con su espuma.

¿Me reconoces? Mírame bien.
¿Sabes cómo me llamo?

No, no lo sabes. Nadie lo sabe.

Nadie ha conocido en verdad mi corazón.
Es más, nadie preguntó si tenía un corazón,
si sufrí, si amé, si padecí.

Mis ultrajes sí, mis noches sudadas sí,
pero no mi corazón.

Hubiera sido tan fácil, tan sólo con preguntar,
pero nadie preguntó.

Yo, a orillas del camino.
Siempre al lado, en el borde,
siempre en la prisa,
siempre o casi siempre en lo fugaz,
en lo volátil.

Nunca un destino final, sólo un paso,
sólo de paso.

¿Cómo puede amarse lo que no se ve?
¿Cómo amarme?

El amor es también un tiempo y nunca había tiempo.
Siempre faltaba tiempo.

En las caravanas siempre se huye de algo,
del miedo,
de la noche,
del asalto.

Siempre un sobresalto.

No hay tiempo para amar, ni para echar raíces.
Quedarse en este lugar era una especie de locura,
de pesadilla.

Los caminos se andan,
uno no funda en ellos su vida.
En los caminos hay polvo, huellas en el polvo,
no hay casa,
no hay familia,
no te propagas.

En las estaciones uno aborda los trenes y parte,
no levanta una ciudad.

Este lugar parece que sólo existe para ir o venir,
no para permanecer aquí.

Nadie, pues, se quedaba o casi nadie.

Sólo los que morían.
Los muertos de fiebre caliente
o los emboscados.
Los muertos que después se quedaban solos.

En los puertos, los barcos zarpan
y la estela desaparece.

Los pasajeros son eso: los que están de paso.

Imáginese: morir sin llegar a ninguna parte
en esta tierra despiadada.
En esta tierra ajena y peligrosa.

Y usted, señora, ¿me ha visto?
No, seguro que no.
Pasó usted demasiado aprisa para darse cuenta
de que aquella mujer era yo.

O mejor, aquella mujer que la vio pasar a usted,
usted no la vio.
Usted iba, se dirigía, la esperaban.

Yo, simplemente estaba allí sin ser vista.

Algo menos que una sombra,
una tulivieja,
una cilampa,
una aparición fantasmal.

O una ola solitaria reventando en la arena.
Una ola que se deshace
y se vuelve nada.

2.

Por aquí, agua.

Por aquí, agua, agua con sangre.
Agua estancada.
Agua por arriba,
por abajo,
por el centro.

Agua de mar,
agua de río,
agua de lluvia.
Lengua de agua.
Agua de charca, de lago.
Agua empozada.
Agua, siempre agua,
de mar,
de los cielos;
en las ciénagas,
en los pantanos,
en el fango.

Yo, el mar.
El mar, mi destino.
El inmenso mar pretendido por todos.
La ruta de los vientos.
El velamen,
la quilla,
la proa.
El buque insignia,
la flota.
Allende de los mares,
la pradera de sal,
el horizonte ignoto,
los naufragios.

Una pompa acuática.
Un camino húmedo y mordaz.
Lodo,
aire empapado,
evaporación del mediodía.

Respiración líquida.

Mis médulas blandas,
mis córneas mojadas,
mis pulmones de esponjas.
Yo, inundada en mis entrañas.

Medusa.
Una medusa cóncava y sola.
Pez.
Coral antiguo,
algas,
profunda y azul.
Inmensamente azul.

El azul intenso de este silencio
de musgos salobres.

Mi grato, mi dulce, silencio.

Mi vida inmersa,
sin huellas
en la turbiedad de este océano.

Mis ballenas,
mis delfines,
mis madreperlas.

Yo, la temida de todas las enfermedades.
La inhóspita.
La enloquecida mujer sin nombre.

Mis tifones, mis tormentas.
En el puesto vigía,
en la hora nona
donde la luna ocupa el trono del sol
caído en el horizonte.

El viaje incierto
y el sueño supremo de las riquezas enterradas
del otro lado del mundo.

La historia sumergida
y escrita con la linfa fría
de una tortuga hembra.

Me odiarías porque soy el mar
que no perdona las ofensas.

El mar que mata sin morder,
el mar que no aúlla,
que no avisa.
El mar que no se puede matar cuando ataca.

O sea... una ninfa que existe y no existe.

Yo, la mujer, para saciar el amor, no del amor.

Taberna,
tren,
barcazas,
muchas barcazas.

Quinientos años de bruma, de estar y no ser.
El parto incompleto.
Con miembros y sin pies. La deforme.
Perdida en mis torrentes,
destrozada y maltrecha.

La de ojos tristes,
la espera inútil en los atracaderos,
la pordiosera del afecto,
la ilusa,
la dueña de nadie.

Entre el cielo y la tierra,
a duras penas una estela,
una fantasía.

Sí, una fantasía.
Me gustaba ser una ilusión,
un cuento de hadas.

Una tierra imaginada,
de inverosímiles aventuras,
de grandes hazañas.
Ser al menos algo que recordar,
pero no, no había recuerdos de mí.

No pasaba nada cuando pasaban.

En realidad fui un murmullo,
una voz que nadie oía,
una brizna muy pequeña,
un suspiro;
no, menos que eso,
digamos, una exhalación.

Yo, la venida a menos.

El mástil roto,
la angosta cintura
y el fondeadero de las naves de la codicia,
de los buques de la ambición
y de los barcos piratas.

La presa del corsario,
la obsesión del filibustero.
La emboscada nocturna,
el acecho,
el rapto.

Pero por sobre todas las cosas,
yo, sin ti.

Tú que al decirme adiós
no supiste que en mí
se partía la dicha en dos.

Tú que al irte
me desterrabas para siempre
y se hacía más grande mi oquedad,
mi vacío abdomen,
mi pena.

Yo, dividida,
con el abrazo a medias,
con el alma bifurcada.

Aquí, como me ves,
de un lado y del otro, sin poder ser entera,
casi ciega, fundé un reino,
tuve súbditos, esclavos, mercaderes y ejércitos.

Fui una reina,
tuve un palacio y trajes de oro.
Muchos conventos, muchos altares.

Y demasiados secretos.

Secretos míos que nadie sabe,
secretos ajenos que yo pude saber
sin que ellos lo supieran.

Los secretos que había que callar.
Los secretos mejor guardados del mundo.

Los enterré aquí, justo aquí debajo.

Nadie lo sabe, sólo yo,
la despreciable mujer que hicieron de mí,
la que me dejé vencer
porque la furia era demasiada,
porque me rebasó el tropel
y caí entre las pezuñas de las recuas
y me volví yo misma una mula
cargando y descargando
entre el mar y el mar.

Demasiados secretos que robé
a aquella multitud que no podía amar
y que pasaba y pasaba,
año tras año,
lluvia tras lluvia.

II.
EL CASTIGO DE VER EL AGUA

1.

¿Que otra cosa soy
que la hija
de aquel día sin confines?

Yo, regalada por mi padre a un hombre blanco.

Delatora al fin.
La primera hembra tomada de mi tribu
y que aprendió a hablar
en la lengua de las preguntas.

Yo, hija de Careta.
La mujer de Vasco Núñez de Balboa.

Una colaboradora
que le hice saber quién era quién,
dónde estaban
y cuántos eran.

Yo le conté todo lo que había que saber
sobre Ponca, Panquiaco y Chiapas.
y le vi en los ojos que buscaba algo más
que hacer una aldea o someternos.

Desde el inicio fue el oro,
la pregunta por el oro,
la ruta para llegar al oro,
la fuente de hacer oro.

Por eso cruzó al otro mar.
No por llegar al otro lado del mar,
sino por el oro.

Porque se lo dijimos,
porque sólo le importaba saber del oro.

Yo, Anayansi, princesa y presa,
caminé con él, le serví a él
y fui su mujer.

La mujer del hombre más poderoso
que nadie había conocido nunca.

El hombre que temió mi padre.
El que sabíamos desde siempre que iba a llegar.

2.

¡Mi cabeza!
¿Dónde está mi cabeza?
Maldito ambicioso.

Yo, el Adelantado del Mar del Sur,
el primero de los primeros en beberme la mar pacífica
después que mis ojos la vieron desde la cordillera.

La cordillera mía,
la que escalé con estos pies.

Los ojos míos
que en nombre de los reyes de España
miraron el vasto océano,
realicé la hazaña del descubrimiento de un mar
que cambió el tamaño del mundo.

Y fui yo,
fueron mis ojos
y mis manos
y mis pies.

Mi oído atento,
mi olfato,
mi capacidad de entender más allá
de lo que decían esos indios pícaros.

Desnudos por fuera y blindados por dentro.
Diciendo ciertas cosas y ocultando otras.

Su manera de mentir
era no decirlo todo.

Siempre una parte oculta
en la mirada esquiva o la risita nerviosa.
Los conocí tanto.

¡Mi cabeza!
¿Dónde está?
¿Dónde la escondiste?
Me pagaste quitándome la vida.

El decapitado de Acla,
morí bajo mi estandarte cuando llovía.

Desdichada tierra
que tomé para mi rey y mi reina.

Desde tan lejos vine y heme aquí:
sin cabeza para pensar,
sin labios,
sin orejas,
sin ojos.

Mi cabeza.
Yo sé que la enterraron.
Está por aquí cerca.
Cien años me tomó averiguar que no la tiraron al mar.
Está enterrada.
¿Pero dónde?

Pedrarias Dávila la mandó a sepultar sin mí.
Mi cabeza por un lado,
mi cuerpo por el otro.
Una monstruosidad, pues.

Tú, Anayansi, no puedes entenderlo:
tan mortal era que la muerte me entró al cuerpo
y todavía está aquí comiéndome desde entonces
y no termina su gula.
Como gusanos en un festín.

En este calor la muerte se siente más,
es más ardiente,
más salada.

La cabeza que tú tocabas como quien toca a un dios.

¿Quién iba a decirlo?

Algo venenoso hay en esta tierra
en la que se secó mi sangre bajo el sol.

Éramos una formidable escuadra que surcó el mar.

Cruzamos al otro océano
y saltamos una era de la historia del hombre.

Y ya ven:

en esta aldea perdida del nuevo mundo,
en este minúsculo y espantoso lugar,
perdí la cabeza
y mi cabeza.

Él: ¿Dónde está?

Ella: Aquí, señor...

Él: ¿Dónde?

Ella: Aquí, donde están enterrados los que aquí mueren.

Él: ¿Seguro? ¿La viste? ¿Cómo sabes que es la mía?

Ella: Como no voy a saberlo, señor...

Él: Búscala, pónmela, me falta el aire.

Ella: Sí, mi señor...

Él: Estás loca... debo mirar hacia adelante, está al revés.

Ella: No, mi señor, el vencido mira hacia atrás,
siempre para atrás.

Él: Tú me amabas, no debes hacerme esto.

Ella: ¿Amarle?

Le serví porque mi padre me regaló a usted.

Tuve que ser sierva. La sierva no ama, acata.

Él: Entonces, da vuelta a mi cabeza. Te lo ordeno.

Ella: El vencido no ordena, ruega.

Él: Te lo ruego...
Ella: Nadie ruega a una sierva...
Él: ¡Por Dios! ¡Mi cabeza!

¡Pedrarias, antes del día que muera te voy a matar!
Te voy a encontrar y a decapitar.
¡Tu cabeza en salmuera la verá toda España!
Tu cabeza por la mía,
exhibida en una urna, a lo largo de toda España...

3.

¿Traidora, yo?
Al traidor lo mató otro traidor.
Nada tuve que ver.
Se mataban entre ellos y nos mataban.

Fue el oro.
Siempre fue el oro.

Perdiste literalmente la cabeza,
capitán, virrey, emperador.
Yo no fui capitana, virreina ni emperatriz.

Yo, hija del cacique Careta,
te veo rogar y morir por fin.

Tú no lo sabes: el mar premia y castiga.

Esta tierra entre los mares no es mucha,
los mares son mucho más grandes.
Pero esta poca tierra no era para ti.

Dicen los dioses míos que esta tierra
casi no se ve desde el cielo,
que todo parece agua.

Para ti fue una hazaña.
No sé cuál, siempre supe que el mar estaba allí.
Yo te dije que allí estaba y que más allá,
te dije, que estaba el oro:
esa obsesión fue la que te decapitó.

La obsesión tuya y la del que te mató.

Te vi morir y no sentí nada.

O mejor, sentí que podía con tu muerte
volver con los míos y eso me alegró.

Pero total,
¿para qué sirve?
¿De qué te sirvió?

La obsesión tuya y la del que te mató.

Te vi morir y no sentí nada.
O mejor, sentí que podía con tu muerte
volver con los míos y eso me alegró.

Pero total, ¿para qué sirve?
¿De qué te sirvió?

III.
ORA POR MÍ, SEÑORA

Señora de las noches y los días,
te imploro otra vez por mis hijos,
por mis torres
y por mi hoguera.

Que no mueran sobre mí otra vez
los árboles y los peces.

Que no se sequen mis ríos
y que pueda renacer con las lluvias de mayo.

Te pido perdón por mis desvaríos,
por el maltrato,
por los años huecos
y por el olvido.

El olvido de mí,
que es una forma de morir en vida.

El olvido de los demás hacia mí,
que es también una forma de ir muriendo.

Estoy cansada de estar perdida.
Demasiado cansada de no encontrarme,
de no ser encontrada.
Ya no puedo huir más.
No quiero seguir siendo una avergonzada.

¿Sería mucho pedirte
que me dijeras dónde está mi lugar?
¿Dónde está mi reposo?
¿Mi cielo?

¿Me dirás, por fin, en qué pequé?
¿Por qué tanta ferocidad sobre mi vientre?
¿Por qué solo mi vientre?
¿Por qué no mis ojos, mis manos, mi cabello?
¿Por qué no una caricia,
un poco nada más de ternura,
una palabra de amor?

¿Por qué siempre el aluvión,
la avalancha,
el tropel,
sobre mi vientre?

¿Por qué esta maldición?

Yo no pedí,
no quise,
no deseé para mí este cuerpo entumecido
ni las noches asquerosas
cuando abusaban de mí diez, veinte,
cien hombres,
como si fuese la única hembra
de esta ciudad bastarda.

Ni hembra ni la única,
pero saltaban de los barcos
como una jauría
y allí estaba yo, en el puerto,
prostituta,
estéril,
insensible.

Para servirle, señor,
comprendo perfectamente, señor.
La lejanía, claro,
no es necesario explicarme, señor.

¿Un poco de afecto, nada más?
Venga conmigo,
descanse,
repose,
sí, sé lo que quiere,
tendrá lo que quiere.

Siempre lo supe todo,
lo comprendí todo,
lo padecí todo.

El amanecer baldío, la saliva agria,
la cadera desencajada, mi asco,
mi burla, mi desgaste.

Perdóname una y otra vez, señora.
Es que aquello no parecía tener fin.

En este confín del mundo
acaricié el sueño de otra vida limpia
que nunca llegó.

Pero de aquí no se sale, como en el infierno.

A veces sentí mi corazón podrido,
como una leprosa.

Aborrecí mis máscaras,
mis mentiras sensuales,
mi triste sobrevivir entre el humo,
las moscas
y el sudor repulsivo.

A veces, era la muerta en vida,
riendo y haciéndome la importante,
la esquiva,
la inagotable
y la traslúcida.

Fue como andar a cuatro pies,
media gente entre demasiada gente,
media bruta entre demasiada brutalidad.

Cuando alguien
—porque siempre hay un alguien—
hizo un gesto,
un diminuto gesto,
que quizás ni él supo que lo hacía,
un gesto tierno,
un gesto humano,
me estremecía de tal forma que prefería huir.

No había que huir y huía.
Tú no lo supiste nunca.
Aquel instante me invadía y me copaba,
pero yo desaparecía.

Tú fuiste distinto.
Estaba tan lacerada que cerraba mis puertas
y mis ventanas.
Y el aire no entraba.

Todavía me pregunto cómo
y para qué llegaste a este lugar.

Lo que me dijiste no era cierto,
pero tenía que creer en algo,
en alguien.

Me escondía y recuerdo que fui al puerto
y, oculta, le vi partir.

Él siguió su camino como tantos.

Aquí estoy todavía,
oculta en el mismo puerto,
recordando a alguien que no se quedó,
que no se fue conmigo,
que no me llevo consigo,
maniatada a esta nada que es mi todo,
mi todo de nada.

Perdóname, virgen y madre,
tú que estás los cielos,
perdona, pues, a esta mujer atrapada
en esta noche sin fin,
aquí en este lugar oscuro del planeta,
donde la babosidad ha sido demasiada.

Demasiada.

Yo no inventé este paraje,
he sido su honda entraña,
pero no forjé la ondulación de esta tierra.

Fui su calenturienta delgadez,
no el cráneo abierto de semejante destino;
en lo fugitivo,
en la mano vacía, el alma en pena,
el desprecio, los derrumbes
y los días de óxido.

Si vivieras aquí abajo uno sólo de estos días,
me comprenderías.

Hasta tú que me acompañarías
para ir hasta donde estés,
y juntas ser perdonadas.

IV.
FUSILARÁS LA PATRIA

1.

Por órdenes del Consejo de Guerra, reunido ayer,
14 de mayo de 1903,
se cumplirá en esta plaza pública
la sentencia a muerte por fusilamiento
del ciudadano Victoriano Lorenzo.

Los cargos criminales que pesan en su contra
han sido demostrados
y hay plena prueba de los delitos que ha cometido.

Lorenzo, aquí terminan todas tus fechorías.
No eres digno del rango de general
con el que se te distinguiera.
Manchaste el pundonor de nuestro ejército
y, al fin y al cabo, no fuiste más que un bandido.
Un aventurero. Un asesino.

*“Yo los perdono... Victoriano Lorenzo, muere como murió Jesucristo...”
¡Apunten... fuego!*

¿Cómo es posible, Lorenzo, que te dejes matar así?

No es posible que seas tan iluso.
Jesucristo se dejó matar por otras razones
y, además, resucitó al tercer día.

¿Crees que vas a sacarte la muerte del cuerpo?
¿Por qué diablos les creíste?

En aquella loca guerra no te mataron
y a última hora te convertiste
en el fusilado después de la paz.

La paz, no de los sepulcros,
la paz de unos y otros,
pero sin ti.

Tú y tus tropas de harapientos
formando una división de segunda
en un ejército de primera.

Y tú, creyendo en palabras y promesas.

Qué desvarío, Victoriano.
A la hora de la política,
no eras más que el mismo cholo
analfabeto de siempre.

¡Pelotón... vuelta!

2.

Este señor, en efecto, pudo ser un iluso.
En efecto, depuso las armas,
se acogió al Tratado de Paz
y creyó que aquella guerra,
empatada,
sin vencedores ni vencidos,
terminaba allí.

Bueno, sí hubo un vencedor.
No precisamente los bandos en pugna,
sino otro triunfador.

El mismo que ese año de 1903, en noviembre,
abrió su boca y mordió, por fin,
la cintura que tanto apetecía.

El mismo que se jactara diciendo:
¡I took Panama!

En efecto,
este señor no vio que estaba negociado
de pies a cabeza
y que ya estaba muerto antes de que lo mataran.

¿El fusilamiento?
Bueno, fue un trámite.
Y una lección, además.
Para sus seguidores, obviamente.

3.

Ya ves, mira que eres tonto.
¿Ves lo que ella dice?
Te tramitaron definitivamente.
Andaban en lo que andaban
y tú, tan vivo para nada,
te agarraron y *¡took!*... se acabó...

Durante años, muchísimos años,
este señor fue lo que fue:
el bandido errante,
la cosa sin nombre,

el rufián
y la rata de los mil días de guerra.

Una guerra chiquita,
comparada con las otras guerras.
Casi sin cañones, hombre a hombre.
Ciudades sitiadas y capitulaciones.

Una guerra a balazos entre partidos políticos.
La versión ístmica
de la guerra esparcida por toda Colombia
y, por lo tanto, con sus particularidades.

Es decir, con sus hombrecillos
que en un dos por tres
se convertían en jefes militares y caudillos;
sus notarios-sargentos,
sus comerciantes-coroneles,
sus generales-sin generales conocidas.

Una guerra que se volvió un negocio,
digo, una negociación,
para hacer un país independiente,
por abrir el foso de agua,
de mar a mar.

Demasiados logaritmos para este señor
que a duras penas sabía contar;
demasiados arreglos
y demasiados barcos esperando
para hacer la travesía entre las montañas.

4.

Después de los disparos,
los que vieron morir a Lorenzo
se retiraron del lugar aquel 15 de mayo
inmersos en un aire envenenado.

Una carreta arrastrada por bueyes se lo llevó.
No era un cortejo,
era la basura de la guerra.

Y ya nadie sabe qué pasó con él.

No hay una tumba de este señor,
para vergüenza de todos.
Desaparecieron el cadáver.
Nadie sabe dónde está.
Lo lanzaron al agua, lo enterraron en una isla,
lo regresaron a tierra,
no se sabe.

Hay que reconocer que es un secreto sellado,
nadie dijo nada.

Hasta hoy nadie sabe nada.

Tenían que matarlo.
Era capaz de seguir la guerra,
su guerra, y eso no podía ser.

Era una matriz que había que extirpar
antes que se reprodujera.

Lo mataron tanto que ya ven ustedes:
no hay cráneo,
no hay osamenta,
no hay cuerpo.

5.

Eso dice, usted, señora... pero no estaba allí.
Eso es lo que le han contado y usted lo repite
y le agrega cosas que no son.

Yo, Victoriano Lorenzo,
al que le disparaban mala mascada
como al demonio, no fui muerto ese día.

Me mataron el cuerpo nada más.

¿No me ve?
Si yo me acuerdo es porque tengo la memoria viva,
¿no cree?

¿Sabe qué?
Los que me mataron ya no están
y nadie se acuerda mucho de quiénes fueron.

Al ocultarme se ocultaron.
Si yo aparezco, ellos no.

Así son las cosas,
se quedaron matándome
y están como agarrados a un muerto desaparecido.
¿Qué le parece?

Persiguiendo a quien no van a encontrar jamás.

En la serranía yo podía ser tres a la vez,
incluso una lechuza que no duerme,
un perro invisible entrando a las ciudades
para abrirlas desde dentro,
un ánima atravesando los muros.

Podía estar en varios lugares
a la misma hora, haciendo la pelea.

¿Cómo es que se llamaban ellos?
Deberían saberlo, pero nadie recuerda,
ha pasado tanto tiempo.

Yo, Victoriano Lorenzo,
les aseguro que habito en un lugar del mar
y vengo por aquí,
voy por los lados del Canal,
miro los barcos que cruzan,
las islas de la bahía,
entro a la iglesia de San José,
regreso al cuartel donde ellos creen que me mataron,
paseo.

Era la paz prometida, ¿no es así?

Mi guerra fue otra, no se confunda usted.
Cuando gane el mar su batalla,
ganaré todas mis guerras.

Yo, que nací en la cordillera,
ahora vivo en el océano
y allí, las cosas son más transparentes.

¿No me cree? Se lo aseguro.

Por más que quieran,
a mí había que matarme con una bala mascada.
Se les olvidó.

Ahora tienen que pasarse el resto de la vida
masticando ese leve,
pequeño,
insignificante error.

Se los dije.

V.
COMO UNA BALA DISPARADA A LOS OJOS

1.

Yo acudí al mitin
y aquella noche
se convirtió en un pandemonio.

Desde hacía días
ya uno podía oler en el aire
que algo iba a suceder.

La ciudad de entonces era muy pequeña.
Todos nos conocíamos.
Todos sabíamos de todos.
Desde el presidente para abajo.

Por eso, el problema que se creó
con los alquileres irritó demasiado a la gente.

Por varios días nos reuníamos
y marchábamos alrededor del parque.

Nos iban a desalojar,
a destruir nuestras casas,
a hacer añicos en nuestra pobreza.

Por eso yo también iba,
porque tenía que defender mi techo.

No eran nuestras casas,
casi todos vivíamos alquilados.

Todos lo conocíamos también a usted.
A usted, toda una autoridad respetada
y vea, pues, no sé cómo pudo volverse
en un instante en lo que se volvió.

Desde aquí usted me vio.
Me vio porque yo vi que me miraba.
Me clavó los ojos a mí,
no a una turba.

Y entonces vi la bala venir.
La bala de su revólver.
Vi su mano,
cuando su dedo apretó el gatillo,
el fogonazo
y la bala.

Por muy rápido que pueda ser ese instante,
se vuelve lento, muy lento.

La bala llegó y me mató en el acto.

Fue aquí, en esta diagonal,
entre el parque y la cantina "*Metropole*".

Su vida y mi vida se desgraciaron en esta esquina.

Usted no pagó nada,
pero ahora que lo cuento,
a usted le toca ser el asesino
y a mí, el ejecutado a sangre fría.

Un fotograma que quedó para siempre,
¿no cree?

Por años y años, quien me ha matado es usted.

25 de octubre de 1925.

El expediente se cerró y a usted no le pasó nada.

Un crimen público
que después terminó en una madeja de papeles
como si hubiese sido una maraña tumultuaria.

2.

¿Sabían que cuando una bala viene hacia uno
lo que se oye es un zumbido
y se ve como de un color azul?

No se puede reaccionar.
Sientes sólo un golpecito,
como un empujón, indoloro.

Y por ese agujero
es que entra como una sabandija la muerte
y se expande en el cuerpo.
La bala se empoza en la sangre
y ese pedazo de metal caliente
es como un tizón que va languideciendo allí incrustado.

La bala me derribó
y debo admitir que casi no tuve conciencia,
entre el griterío,
de que se trataba de mí.

Pensé correr pero me vine abajo,
caí en el pavimento
y entonces supe que ya no me iba a levantar.

Hace ya tanto tiempo que dejé de odiar.
He podido envejecer mi muerte
porque me despoje del resentimiento.

La historia se encarga de todo lo demás.
Uno como que se lava y la vida sigue.

Allí en Santa Ana
no debí morir en manos de usted
y, mire qué paradoja,
unidos en esta tragedia para siempre.

Un mitin que provocó la intervención norteamericana.

Una sola chispa hizo reventar un fuego
que a todos nos abochornó.

Quizás usted engañó a su conciencia.
Mintió, siguió vivo,
pero cuando andaba por allí,
siempre alguien le recordaba:
"Él fue el que mató a Mirones".

Y yo veía el balazo
entrándole por el cerebro
y alojándose en usted.

En verdad,
no sé a quién mató usted aquel día.
Si a usted mismo o a mí.
O si al dispararme, disparó una muerte para los dos.

Desde aquí puedo ver el mar.
Me gustaba tanto ver anochecer desde aquí.

Que cosa más triste para usted:
el resto de su vida inundado por el mar púrpura
de mi sangre coagulada.

Esa costra de sangre que no dejó de volver
en forma de pesadilla,
como una bala disparada hacia los ojos.

Como la bala asesina matando al asesino.

VI.
EL MAR DUELE COMO UN SEPULCRO

1.

Yo, uno de muchos. Muchos en uno.
Todos estamos perdidos en esta historia cruel.

En la noche de diciembre que nos cayó encima.

La noche que nadie deseó.
La noche salvaje y desbordada.
La embestida bárbara
de la muerte inútil y gratuita.

El vuelo oscuro que nos maltrató.

El mar duele cuando se vuelve un sepulcro.
Cuando es una tumba forzada.
Cuando se corroe el cuerpo
como si el ácido del olvido lo deshilara.

Pero duele más la insensible desmemoria.

El fingimiento de no recordar
qué ocurrió aquí,
cómo ocurrió
y de qué manera fuimos derrumbados.

Entre algas y silencio
todavía espero que alguien me rescate.

Cada día veo la luz solar desde abajo
y confío en que llegará
quien me saque a la superficie.

En los amaneceres,
temo y trato de dormir.

Es tan difícil reposar en las sombras marinas.

Me fatigo. Se me hielan los huesos.
La piel tiembla.
Todo es agua y, sin embargo,
se siente mucha sed.

Pero no es la sed de los náufragos
que mueren extenuados.

No era un marinero,
ni un viajero en alta mar.
Fui lanzado desde el aire al agua.
O creo que fue lanzado mi cuerpo
cuando ya estaba muerto.
Un deshecho.

El círculo se cerró y quedé dentro.

Yo, ciudadano,
inicié la marcha en la caravana inexplicable
que no llega jamás.

Subí a ella y entre las esporas
se me fue perdiendo el destino.

2.

No es posible que esto haya sucedido.
O es posible que esto no haya sucedido.
Si sucedió se sabrá.
O no se sabrá nunca cómo sucedió.

En todo caso,
aquí vivo desde entonces.
Y no me puedo acostumbrar.

Me falta lo que perdí, y a los que perdí.

El espacio vacío que dejé me tortura.
¿Cómo estarán sin mí?

Trato de pensar sin corazón.
Pero el corazón me traiciona.
Errabundo, soy esta sucia paradoja.

Si matar era demasiado.
Matar y desaparecer los cadáveres
es algo sin nombre.

Mírenme bien.
¿Puede alguien explicarme
qué hago aquí hundido en el fango?
¿Y si yo hubiese sido usted?
¿Si fuese usted quien viviese
en el fondo del mar, qué haría?

Recuerdo claramente todo:
¡No me tires! ¡Me voy a ahogar!
¡Al mar no! ¡Ya me mataste!
¿Que más quieres?

Ahora sí lo sé: La idea era desaparecernos.
¿Y la familia?
Eso no tenía importancia.
Nunca la tuvo.

Al principio creí que organizarían una búsqueda.
Al principio uno cree tantas cosas.
El principio fue un ruido infernal.
En principio se destrozaron todos los principios.

Llegó esa guerra,
corta,
segura,
eficaz,
limpia,
con muertos, pero casi sin cadáveres.

Después uno dejar de creer;
se acomoda a esta incómoda suspensión,
aprende a respirar como una ballena,
a defecar como un tiburón,
a comer como una langosta.

¿Ve mis ojos?
Son ojos de pez ahora.
¿Ve mis manos?
Son aletas.

Mire mis escamas.
Rémoras, agujas, madreperlas,
corales, musgos,
aquí vivo
y de eso vivo.

Desde que vi el aire incendiado esa noche
supe que era el fin.

Como no los vi, digamos, por ahora,
que me mató la noche
porque jamás vi quien me mataba.

¿Será mejor borrarlo todo?

Dejarme así, como en un sueño.
Dejarlo todo así,
cortar los días terribles
y empatar la historia, sin ellos.

A lo mejor así cerraremos la herida.

En este lugar de corta memoria,
en este resquicio de la tierra, nací.
Eso no lo puedo borrar.

Pero cuando alguien pregunte qué pasó,
habrá que decir que
—entre otras cosas—
las huellas del crimen están aquí,
en el fondo del mar,
donde siempre han estado.

MANUEL ORESTES NIETO

Yo, la huella que no se puede lavar.
Grabada en la acuosa página
de la deshonra.

VII.
MUJER CON ALAS DE MARIPOSA

1.

Voy a morir otra vez todas mis muertes.
Las muertes que morí
para que tú no murieras.

Yo, tu patria.

Yo, tu madre y tu vergüenza.
Yo, que te parí y no pedí permiso.
Yo, el viento del mar,
te pido que me recuerdes sin dolor.

Vejada y aborrecible,
renaceré una y otra vez
hasta aniquilar la noche.

La noche que maltrató tu sonrisa
y devoró mi sueño.

La noche que te negó la luz.
La pesada noche que cayó sobre tantos años
de no saber
y de no querer saber.

Tantos años dormidos,
tantos años
como agua perdida entre los dedos.

Me duele la piel,
los huesos.

Estoy cansada de esconder mis lágrimas,
de no saber dónde perdí la alegría.
La alegría que no tuve.

Demasiado cansada, sí,
demasiado oculta en el absurdo recoveco,
entre las ramas torcidas,
en el manglar sin rosas.

Sin poder irme porque soy este sitio.

2.

Pero no llegué hasta aquí
para ser hija de la derrota,
la piel del escarnio,
la espuria de mi propia vida.

Yo soy la que no has querido que fuera.

La sobreviviente de cien afrentas,
de mil violaciones,
de diez mil azotes.

Yo soy la que aprisionaste
en la inmunda celda de tus desvaríos,
de tus locas ambiciones.

Pero seguí viva.

Exhausta, pero viva.
Rota, pero viva.
Mutilada, pero viva.

Huí,
me sumergí en los pantanos,
corrí para evitar que me desmembraras,
para evitarte la dicha de ahogarme
con tus sucias manos.

Pudiste subirme al cadalso y ahorcarme,
pero no morí.
Me fusilaste pero sobreviví.
Me asesinaste y aquí estoy.
No pudiste hacerme desaparecer bajo el mar,
porque entre otras cosas, yo soy el mar.

La medusa que aún con la cabeza cortada
sigue viva en el océano azul.

Me escabullí,
viví entre pájaros y serpientes,
comí raíces,
construí una gruta,
pero no lograste aniquilarme.

3.

¿Ves allí?
Desde allí comenzó todo,
desde esa mujer menuda,
desde esa mujer con alas de mariposa,
desde esa mujer con escamas de pez,
desde esa mujer frondosa como un árbol.

¿Me vio usted cuando nací?
¿O usted? ¿O usted?
No importa.
O sí, si importa que no lo haya sabido.

¿Y a ellos?
¿Nacieron para qué?
¿Murieron por qué?
¿Se perdieron en el tiempo y qué?
¿A quién le importa este lugar?

El mundo pasó y no sabe qué paso,
ni por dónde pasó.

Es como haber estado aquí y no haber estado.

Es por eso,
por no haberlo sabido, que usted
no me llama por mi nombre.

Aunque me codician no me nombran.
La codicia tiene nombre,
los que codician tienen nombre.

Yo voy a tener un nombre
para usted y usted y usted.

El más bello y hermoso de todos los nombres.
Un nombre sonoro
para mirar hacia donde me llamen,
para contestar cuando pregunten por mí,
para escribir cartas
y recibir noticias.

Desde aquí —como les decía—
voy a renacer,
como los renacuajos,
como los filamentos marinos,
como la lluvia.

En tu sangre voy a navegar
tantas veces como los barcos
que han cruzado por mi vientre.

En tu sangre marinera
voy a nadar a mis anchas.

Por entre tus venas
voy a ir hasta tu corazón
y allí voy a hacerme otro corazón,
un vientre mío sin heridas
y unos pies limpios
para andar por el borde del mar.

Un día dejaré de ser la fantasía
que nadie creyó
y me voy a encarnar
en la mujer que has de amar
más allá del amor.

Aquí lo que faltó fue exactamente eso:
El amor.

Pero renaceré.

Renaceré desde el agua otra vez,
desde el fondo del agua adolorida
y empozada.

Desde el detritus y la lama.
Desde mi vientre inundado
y desde el mar que ruge cuando se retira
y regresa a sus orillas.

Desde los mares de leva
y desde aquel caracol pequeño y frágil
que guardó mis canciones
y mis ternuras.

Las ninfas no existen, mi amor.
Las ninfas sólo están en la imaginación,
en nuestros deseos inconclusos.

Yo, que fundé un reino perdido,
voy a fundar una estirpe,
una dulce estirpe multiplicada y un lugar.

Un lugar amado.
Un lugar para cuando vuelvas.
Un lugar para aguardarte
y para verte llegar
cuando la luz rebote sobre el cristal de agua
y también tú me mires
desde tus ojos,
desde ti y desde mí,
hacia ti y hacia mí.

Yo, la mujer que se atrevió a vivir
para que tu vivieras.

Voy a ir y venir,
a estar,
a quedarme y ver que me nombras,
que me llamas y que yo acudo a tu llamado,
como debe ser,
como debió ser
y como será.

Como un mar sin dolor.
Un mar espumoso que siempre estará allí.

*“Otra vez naceré,
nacerán conmigo los que siempre amé.*

*Mis muertos renacerán,
mis olas,
mis campanas,
mis estrellas.*

*Mi puerta se abrirá,
mi casa
y mi hoguera.*

*Sobre el mar viviré,
y ante el mar moriré
para verte vivir.”*

EL MAR DE LOS SARGAZOS

(1997)

Premio Literario "Ricardo Miró" 1996
(Sección Poesía)

*"Sargonia es todo lo que fuimos,
todo lo que somos y todo lo que seremos."*

I.
UN MAR DENTRO DEL MAR

Créeme: hay un mar dentro del mar.

Una planicie del pastor y la hierba,
del ave y la semilla.

Un horizonte vegetal de esmeraldas y cristales,
flotando en un plato de porcelana y sol.

Una ilusión de magnolias y lirios
en aromas de albahaca y canela.

Un centelleo de robles y pinos,
como cuando el viento vuelve de sus auroras boreales.

Una copa de agua sin fondo,
donde los árboles están enraizados en la transparencia
y sus frutos son de una luz azul.

Una gaviota insumergible caminando a su nido,
eternamente esculpido en hielo verde.

Una cumbre cortada como un embalse
en un volcán.

Créeme: el Mar de los Sargazos existe.

Donde el pez y la rosa
nacen de la misma explosión de la vida;
donde el ala de la mariposa y el girasol,
al surcar el aire,
fundan el rito del silencio de la esponja;
donde la rosa de los vientos
tiene su epicentro de espuma y nube.

Un mediodía de humo y savia
en el corazón de un caracol milenario.
Un esplendor en la proa de un buque insignia.
Un lunar de especies inigualables
esparcidas en las sienes de los hombres,
de sus pirámides y sus geometrías,
de sus números arábigos y sus secretos cuneiformes,
de su miedo a morir a solas
y su certidumbre de poder navegar los años
cada vez que una estrella se alinea al milenio de sus destellos.

Créeme: el Mar de los Sargazos fue el inicio del mar.

No lo olvides.
Recuérdalo para siempre.
Un estanque de lirios y tortugas.
Una fortificación de perlas trituradas.
Un mar sin violencia dentro de los mares.
Un sonido a mar en un mar de sonidos.
Una ola dentro de un bosque.
Un pez de alas blancas.
Un caballo de escamas plateadas.
Un monumento, un frenesí, un sueño, un adiós,
una bienvenida, unos ojos, un tiempo,
como el mar mismo y su vocación de permanecer allí,
en su propio fondo y sin orillas.

II.
EL CONSEJO DE LOS ESPEJOS

El Mar de los Sargazos
no es exactamente como los países de los hombres.

Tampoco es un reino,
ni una sumergida dinastía.
No se registra, en su tiempo, un gobierno de tiranos.
Sus habitantes no han oído jamás el tambor
que precede las marchas forzadas de los invasores.
Es, en todo caso, una convivencia de múltiples seres.
Un mundo general
que no conoce el contrasentido de destruir y destruirse.
Una llamarada intacta,
un flamear desde sus orígenes.

¿Quién dirige esta armonía?
¿Qué rige lo versátil de su transcurrir?
¿Fueron los líquenes,
el ala,
la flor de aire
o los mamíferos marinos
quienes dibujaron sus límites?
¿Cómo se construyeron los canales acuosos y sus cascadas,
los oblicuos graneros y los reservorios de musgos?
¿Qué imprimió la velocidad del pez
y los imperceptibles movimientos del caracol?
¿Cómo puede volar aquí una lechuza,
como si el agua se transformara,
a su paso,
en una luz surcada en la ilusión de lo alcanzable?

En un instante de su historia,
como si el planeta se hubiese reacomodado,
un hundimiento devastó
lo que hasta entonces se había construido
y todo sufrió la sacudida.

En el Libro de los Ingratos Días
está escrito este cataclismo de miedo y desconcierto.

Es a partir de aquella desolación
que todos los habitantes del Mar
acordaron fundar el Consejo de los Espejos:
una delegación de autoridad a cien ciudadanos
para reordenar el caos y armonizar las turbulencias.

De los cien,
se elegía a uno por año para presidirlo.
Pero no era un poder en la cúspide,
sino un desprendimiento,
una noble tarea,
un recorrer, un servir a las demás vidas.

El Consejo de los Espejos
dirigió la construcción de Sargonia:
su destellante capital.

III.
LA MÁS BELLA CIUDAD DE LAS AGUAS

La construcción de Sargonia duró mil años.

Los planos que sirvieron para edificarla
fueron modificados ocho veces
y, según las Actas de su Fundación,
debía medir por cada uno de sus lados
la misma distancia que recorre un sueño en una noche.

Cuatro son sus puertas de entrada,
una su salida
y treinta y dos sus torres.

Un millón de ciudadanos la levantaron
desde el fondo de las arenas
y, cuando estuvo terminada,
se grabó
en la más alta de sus paredes la siguiente inscripción:

*“Sargonia es todo lo que fuimos,
todo lo que somos
y todo lo que seremos.”*

El Río de las Aguas Eternas la cruza
y no existe un solo lugar desde donde no se mire su cauce;
por ello, pueden contarse quinientos puentes colgantes,
con sus arcos de vidrio blanco,
como rastros de estrellas fugaces.

Todas las casas
se hicieron de acuerdo al tamaño de las especies
y fueron dispuestas de tal manera
que sus entradas miran siempre hacia el crepúsculo.

En la cima del Monte de las Campanas, hacia el sudoeste,
se erigió la Casa de los Libros de la Memoria,
recinto celeste que guarda para siempre
los textos que cuentan la historia
del Mar de los Sargazos.

Cada año,
el escribiente lee en alta voz las páginas caligrafiadas
y es el consenso de los habitantes
quienes oficializan lo narrado
y autorizan la apertura del libro siguiente.

Sargonia no tiene, pues, olvido.
Y es, sin duda,
la más bella ciudad de las aguas.

IV.
LA CATEDRAL SUMERGIDA

El Mar de los Sargazos
limita al norte con el Mar de los Deshielos;
al sur con las Antípodas;
al este con las Aguas de las Especies;
y al oeste con los Mares del Calor.

Una campana de helechos flotantes,
donde el tiempo burbujea en espiral
y las noches fosforecen como un cielo acostado.

En el centro de esta vasta humedad
—como una Diosa—
madre de todas las distancias, está su Catedral:
una sola pieza de cristal de roca
y, exactamente, mil ventanales.
Traslúcida e incomparable,
bordada como en aire líquido
o lavada por la llovizna glacial.

La custodia un guerrero dulce:
el Hipocampo Antiguo
—caballo y jinete insomne—,
diseño para la llave que abre y cierra
su puerta de concha nácar.

Dentro de su única nave
pervive la ondulación de la Música Azul:
lengua de filamentos sonoros
que surge de algún lugar de su altar.

Dos veces por año,
ya sea en el punto más frío o más cálido de las aguas,
su transparencia se vuelve resplandor y ocurre,
en este Mar de Vaivenes Suaves, la noche blanca:
una fiesta de luz,
un espejo de plata,
un milagro marino alejado del odio de los hombres.

En la superficie nada parece haber ocurrido.

El Mar de los Sargazos
es el mar interior de los mares.
Un santuario,
una quimera atada al fondo de las arenas
por un ancla de yerbas milenarias.

V.
EL OFICIO DE LA TORTUGA

Sólo a ella
le fue dado ir más allá de las Murallas del Agua.

Es el único habitante de este mar
autorizado para recorrer
los océanos de las turbulencias
y los abismos de peces ciegos y esponjas como trompetas.

Su salvoconducto
—impreso en su caparazón multicolor—
le permite desplazarse en las corrientes tibias
que parecen ríos violáceos de vidrios sucesivos.

En virtud de su longevidad,
el Consejo de los Espejos le instruyó viajar
en todas direcciones
para reconocer cada suceso o noticia,
cada entorno de ciudad descubierta,
cada nuevo bosque marino,
cada posible peligro, cada conmoción.

Diez años
pasarán desde que las puertas flotantes se abren
hasta que el pesado animal regresa.
Entonces,
toda la ciudad se enciende
y se reúne —en el Anfiteatro— para escucharle.

VI.
LOS LAGOS SIN LUZ

En el Mar de los Sargazos
todo ocupó su lugar desde el principio.

En la zona de los Lagos sin Luz
no es permitida la entrada,
salvo a los custodios de sus orillas abismales.

Allí el agua perdió su color y hay que nadar a tientas.
El fondo no parece existir y tampoco el horizonte.
Es una oquedad,
como una noche que nunca acaba.

Nadie sabe con certeza
cómo surgió este silencio oscuro
que a veces cruje y se retuerce,
pero no hay explicación para su dolor.
Es como un monumento inútil,
sin sentido.
Una bóveda de vértigo y desmesura.

En esta mancha espesa nada crece,
nada se multiplica.
Como piedra líquida y helada.
Una desolación parecida a una advertencia,
contraria a la alegría.
Una sima que se abre sin cesar
en un tiempo achatado por el olvido.

En sus profundidades están los restos
de una ciudad castigada;
por ello, los habitantes de Sargonia
evitan pasar por esos lugares
y casi nunca hablan de su existencia.

VII.
VIAJEROS CON RUMBO OESTE

Una voz
se esparció como una ola de asombro
por las aguas
hasta sus confines:
arriba, en dirección oeste,
tres puntos blancos se aproximaron
a las puertas del Mar
y avanzaron.

A la mejor escuadra de delfines jóvenes
le fue encomendada la tarea
de otear a los viajeros.

Los techos altos de la superficie se alinearon
en compactas bandas de musgos
y la orden de apagar las luces
de los caminos y poblados fue cumplida.

Sólo a las burbujas
les fue permitido desplazarse
por los distintos niveles de las aguas;
ante todo,
por su capacidad de reproducir el tiempo del aire
y sus sonidos.

En el reloj
de los años acuáticos
era el milenio veintidós
en su séptima centuria.

¿Hacia dónde se dirigen?
¿Quiénes son?
¿Cómo avanzan sus naves?
¿Qué significan
los símbolos que llevan en sus velámenes?

Pasaron con lentitud
por encima del Monte de las Algas
y se detuvieron.
Hicieron descender un hilo
con punta de plomo que no tocó fondo.
Luego, prosiguieron hacia el Risco de las Langostas
y, de allí, siempre hacia el oeste,
se alejaron.

Los delfines
informaron que en lo más alto de cada nave
iba un vigía escudriñando el borde del mar.
Cada dos horas eran relevados invariablemente.

Los hombres hablaban poco,
pero en más de tres ocasiones
se les escuchó cantar en grupos.

Las naves
eran de distintos tamaños
y en la mayor parecía ir su autoridad.

Cerca de seis días transcurrieron
desde su ingreso
hasta que abandonaron los límites del Mar.

Entonces,
todo volvió a su calma
y cesó el estado de cautela.

En la reunión del Consejo, la ballena sabia vaticinó:

*“Los tiempos de la tranquilidad han terminado.
Tendremos que aceptar
que otro mundo irrumpa en nuestro Mar.
Debemos reforzar nuestras murallas
y ordenar a todos los ciudadanos su defensa.
Bien lo sabíamos:
un día vendría
en que a la hermosa vida le sería opuesta
la triste canción de los depredadores.”*

VIII.
LOS JUEGOS DEL MAR

Cada cinco años,
el Mar de los Sargazos es una pompa
de agitación y entusiasmo.

Poco a poco,
de todos los territorios próximos y lejanos,
llegan cientos de participantes
a las celebraciones de los Juegos del Mar:
una armónica combinación de ferias,
competencias
y movimientos colectivos e individuales.

La ciudad es decorada en su totalidad
con banderines multicolores,
serpentinatas flotantes
y surtidores que reproducen el arco iris.

En los techos de las casas
se izan grandes muñecos
que cada familia construye y pinta,
de modo tal que pareciera un lienzo a baja altura.

Los peces negros
se agrupan en una danza simétrica y sin error;
pueden ser quinientos en un solo cardumen,
capaces de trazar un hilo
de luz centelleante en círculos perfectos
o reproducir la ondulación serpenteada
en lo alto de las torres
como anillos de humo en perfecta formación.

Un ritmo de agua
en la imperceptible vibración
de este océano sin daño.
Una exaltación de las almejas viejísimas
en su aplaudir brillante.
Una risa que se alarga
en el revolotear de las langostas
sobre sus balcones de piedra.
El tiempo de las arenas
como metido en una lluvia de cristales.

Los Juegos duran
—en concordancia con los años de su celebración—
cinco días,
entre dos horas quintas de resplandor
que terminan con el sonar
de un tambor de algas rojizas
que hace llegar su resonancia hasta la superficie.

Los hijos del Mar de los Sargazos
vuelven a sus poblados,
con sus premios grandes y pequeños,
sus algarabías y sus hechizos,
como caravanas que han vivido lo fraterno.

IX.
COSTURERAS DE LA ESPUMA

En Sargonia,
todos los ciudadanos sienten admiración
por un pequeño grupo de rabirrubias
que dedican sus energías y sueños
a una importante tarea de preservación del Mar:
son las costureras de la espuma.

Delicada labor de reparación del cielo náutico,
cuando las tormentas y sus desmesurados movimientos
hieren la piel del agua
y se alteran las temperaturas,
los colores
y la misma densidad.

Herederas de esta tradición,
desde los tiempos en que las madreperlas
dormitaban el invierno entero,
perciben que hay una desgarradura en el delicado velo
y allí corren con sus canastas,
agujas, hilos, sedales,
y, con extraordinaria destreza,
cortan, bordan y curan
lo que un rayo del otro cielo ha desatado.

Cirujanas de su mundo,
se apresuran a zurcir las banderas que ondean
en las entradas de la ciudad
cuando el vaivén las ha lastimado mínimamente.

Ayudantes alegres
se trepan a los techos de las casas
y con gran finura
tapizan las pequeñas grietas que abre el tiempo
y tensan los cordeles de las amarraduras,
sobre todo de las casas de los habitantes grandes,
donde ocurren muchos tropiezos involuntarios
al entrar y salir.

Custodias envidiables
contra lo que el azar en su devenir puede rasgar.

En Sargonia
se las estima por esta devoción singular,
y se las ve siempre
por el lado norte de las Murallas del Agua,
a donde van a cantar
mientras acumulan y ordenan sus utensilios de trabajo
y las esponjas les hacen coro
y los gusanos pepinos forman parejas
danzando a su alrededor.

X.

LA VIDA ES UNA PERFECTA PERLA

A pesar de las incontables especies,
ya sean de su flora o su fauna,
en el Mar de los Sargazos es sólo uno el idioma,
una sola la sabiduría,
un aprendizaje común de generación en generación.

La vida es, al mismo tiempo,
una perfecta perla que escucha,
ríe, se desplaza y ama,
que la larga raíz de doscientos metros
donde queda coronada
la más grande de las flores conocidas.

Igual ciudadanía
tiene el filamento transparente y burbujeante
con su cola de nieve,
que la más hermosa y dulce de las rayas.

Los caracoles asientan sus casas en los abanicos
que al moverlos el agua
parecen manos infinitas que dicen adiós.

En Sargonia
todos los seres se miran a los ojos.
Y hay algo que este mundo atesora
y que en los mundos vecinos no ha sido alcanzado:
no existen las lágrimas.

MANUEL ORESTES NIETO

Y aunque sí el dolor,
cuando ocurre,
una fantástica capacidad colectiva
lo muele en las cumbres de sus corazones
y desaparece
sin dejar cicatrices.

XI.
AROMA DE EUCALIPTOS

En el Mar de los Sargazos no existen las estatuas.

Nunca fue necesario para su historia
recurrir a las imágenes de mármol en las plazas,
los parques
o las avenidas de la ciudad o los poblados.

Sus heroicidades
no necesitaron de los monumentos,
las estirpes,
el odio de los vencidos
o los estandartes de los triunfadores.

No es la memoria de las guerras,
el fratricidio,
los despojos.
La amarga destrucción
o el inexplicable derrumbe de lo acumulado.
Jamás el enconamiento de lo gratuito.

En una forma aún no conocida, todos los seres
que conviven en esta inmersión cilíndrica
tienen en sus mentes
el conjunto del paso de los tiempos.

Sólo les basta pensar en una época,
un hecho,
un instante,
para que lo acontecido se haga presente
en su más clara certidumbre.

Sin haber conocido a sus ancestros
son capaces
de saber de cada uno de sus días vividos,
como si el presente se conjugara con el pasado en un todo.

Tienen la capacidad de saberse incubados
y cómo fue su primer aliento al nacer.

Ciertamente no pueden conocer el porvenir;
pero también es verdad que no le temen.
El acto de morir no produce angustia.

En el Mar de los Sargazos no hay entierros:
cuando la vida cesa,
se diluye,
se mezcla en la salinidad
y se esparce en todas direcciones
con un inconfundible aroma de eucaliptos.

XII.
EL OTOÑO ES UNA LEYENDA

Si este Mar
no es seco como la tierra,
si no se agrieta y está hecho de helechos flotantes,
sargazos,
musgos,
raíces sumergidas,
si este mundo es una húmeda placenta
y el grito no existe, entonces,
¿cómo es el otoño aquí?

Si no caen las hojas
y no hay viento, entonces,
¿cómo es?

¿Cómo se siente la estación de la desnudez?

Sí hay estaciones, sí hay otoños.
Pero también hay una leyenda
que cuenta que en el Mar de los Sargazos
sólo había primaveras
hasta que ocurrió el cataclismo
y aparecieron las demás estaciones.

Pero, ¿cómo es?

El otoño
llega por el lado del Mar de los Deshielos.
Viene moviendo el agua
y en la superficie son olas consecutivas que no cesan.

Todo se hace más turbio
y la luz que se desplaza
está como quebrada esa época del año.
Digamos que es un tiempo gris
y los habitantes del Mar están menos alegres,
como en la red de una tristeza.

Las langostas
se introducen en los riscos de las piedras
y salen poco a pasear.
Las ballenas y los delfines
más bien van arriba para divertirse
y no dejarse atrapar por la falta de ánimo.
El Consejo de los Espejos
usa gran parte del otoño para reunirse
y acordar los trabajos del año que vendrá.

En Sargonia
se prenden fogatas de amatistas
y es, precisamente, en la vida otoñal,
que surge con más energía la capacidad fosforescente
de la piel
de los innumerables ciudadanos
en sus nataciones nocturnas,
sus suaves deslizamientos
y sus conversaciones íntimas.

Al partir,
el otoño se dirige siempre hacia el este,
y todo el Mar de los Sargazos
le aplaude a su paso.

XIII.
LOS SOLES ACUÁTICOS

Una vez cada cien años,
en el Mar de los Sargazos hay un día privilegiado
donde lo único importante
es un baño de luz que todo lo ocupa.

El agua
alcanza una sorprendente cristalinidad
y hasta en las profundidades más desconocidas
el resplandor
se cuela por entre todo lo que existe.

Al pasar un siglo exacto,
desde cada uno de los puntos cardinales
se introducen en el Mar cuatro Soles Acuáticos,
girando sobre sí mismos
como platos fantásticos,
desplazándose en un paseo de múltiples direcciones
y a distintos niveles de las aguas.

Algunas veces se detienen en un solo lugar,
con sus rayos luminosos,
su corpórea redondez,
su mágico centro.

Otras veces se encuentran dos soles
y pareciera que se convocaran en una danza,
saludándose en sus gravitaciones,
juntándose
y distanciándose en una perfecta armonía.

Entonces su luz se duplica
y los habitantes del Mar sienten
que toda esa insuperable luminosidad los invade,
como un éxtasis,
como un frenesí.

Durante las veinticuatro horas
que dura este fenómeno,
los sargazos que cubren el techo del Mar
sueltan por sus raíces flotantes
una inconmensurable cantidad de oxígeno;
burbujas
que en cascadas se diseminan de arriba a abajo.

Una suerte de lluvia interior,
transparente y total,
como si el Mar se reanimara
y fuera inyectado
con un alimento para todo el siglo venidero.

Los Soles Acuáticos
se van al aire.
No separados como siempre llegan,
sino juntos,
y al salir estallan millones de flores
en la superficie.

XIV.
UN PEZ COLOR VIOLETA

Mucho tiempo atrás,
cuando en los caminos que conducen a Sargonia
ya estaban formados los jardines
como terrazas y balcones escalonados,
nació en el Mar de los Sargazos
un pez color violeta.

Un ser único,
poseído de un don especial:
le resultaba fácil en extremo plasmar por escrito
sus pensamientos y fantasías.
Le agradaba leer sus textos
y los regalaba a los habitantes
como lo más preciado que sabía hacer.
Su vida fue muy larga y mucho se le amó.

En el sendero del lado norte
de la ciudad
hay en roca tallada uno de sus textos,
como una especie de homenaje
o de recuerdo:

*“Aquí estamos
incrustados en el asombro
y el vértigo.
Nacimos sin crujir
y nuestro horizonte
ha sido siempre la inmensidad.”*

XV.
AGUAS DEL PORVENIR

Cuando pasaron los milenios
por el Mar de los Sargazos,
todas las páginas de los Libros de la Memoria
estaban escritas,
todos los telescopios
habían repasado el fulgor de las estrellas
y su rebotar en la cima del océano,
todas las fronteras eran conocidas,
las lejanías habían perdido su novedad
y el temor
fue un sentimiento que desapareció con los siglos.

Todos los habitantes de este singular mundo
habían llegado a la adultez de sus especies,
al brillo de sus capacidades,
al lucimiento de sus cualidades
en un esplendor sin igual.

Por primera vez
una circunstancia desconcertante,
y no vivida se presentaba:
el Mar de los Sargazos
no cabía dentro de sus propios límites.

El impulso de su realidad
era un ensueño plasmado en cada cosa,
en cada habitante,
que aspiraba a transmitirse,
como si la necesidad de desbordarse
fuera una forma de un imparable destino.

Una belleza tal
que al lograr su máxima expansión de nobleza
debía rebasar, necesariamente,
la grande
y casi imperceptible campana de agua
que la contuvo
por el paso de las edades.

Este mundo preservado
no podía ser una pompa acuática solamente.

Su propia inmensidad era, sin duda,
un espectáculo de música,
color
y conquistas inverosímiles.

Y, entonces,
la fuerza de esta energía tan total
hizo que ocurrieran las Aguas del Porvenir:
El Mar de los Sargazos
rompió sus diques
y se vació el mar sobre los otros mares,
sobre todas las costas y confines.
Los sargazos
se desplazaron hacia playas intocadas.
Las olas,
con su vaporosidad y espuma,
se hicieron también habitantes,

y todos los ciudadanos del Mar
se concertaron
para alcanzar el aire,
comenzando
la más lúcida caminata
hacia los espacios
de la tierra.

SANGRE VIDRIADA

(1991)

*“Mi sangre vidriada ve pasar, una y otra vez,
los carruajes del dolor.”*

1.
CARRUAJES DEL DOLOR

*Para José de Jesús Martínez,
a cuatro manos.*

I.

Este cielo incendiado
en medio de la noche y tomado por asalto.

Esta envilecida lengua de fuego presidiendo la desgracia.

El estrepitoso crujido de las invencibles naves,
de los invisibles asesinos y el terror —abrupto y pétreo—
cayendo desde arriba
sobre este pedazo de ciudad despedazada.

Esta amarga posesión del viento por este imperio alado.

La oscura matanza entre las sombras.
La dañina y perversa tropelía sin luz.
Los adormilados estallando en una urdida pesadilla.
El sueño extraviado para siempre en las sienas dispersas.
La tormenta púrpura adueñada del aire de la patria.
El hongo de la muerte con su raíz envenenada.

Y este calcinado amanecer,
esta nube de polvo de huesos flotando en el humo
y en los ovillos informes de la sangre perpleja.

II.

Era un barrio pobre, de gente más pobre aún.
Los ricos sólo pasaban por su costado, sin entrar a él,
rumbo a sus casas de playa.

Evitaban mirar hacia donde está enclavada esa miseria,
en las entradas de la ciudad
y, prácticamente, en la boca abierta del fabuloso canal.
A veces les picaba la curiosidad
y con el rabillo del ojo hacían una rápida panorámica.
Les daba urticaria tanta suciedad,
esta gente mal hablada y peligrosa,
cueva de maleantes y traficantes de todo.

Estaban persuadidos de que eso no era un barrio
sino un reducto de antisociales.
Allí, según su absoluto convencimiento,
no había más que pandillas y un lugar seguro
sólo para conseguir marihuana para las fiestas.

El Chorrillo, sin embargo, hacía su vida
como la hacen todos los pobres de un país pobre;
y, en este caso, pobre y ocupado desde hace más de un siglo
y, sobre todo, desde que nació el barrio,
como calenturientas barracas para albergar trabajadores
que titánicamente unieron los océanos.

Cuando la garganta del coloso
comenzó a escupir fuego desde el aire,
lo que tenía debajo era el barrio de madera y zinc,
patios húmedos y zaguanes,
y no rascacielos
ni mansiones con jardines y perros.

Fue una curiosa invasión con discriminación.

Flameado hasta sus cimientos,
el barrio no resistió la embestida y se derrumbó.
Simplemente quedó borrado del mapa urbano y del planeta.
Salvo que hay que recordar que se convirtió
en un polígono de tiro con la gente dentro.

Eso se dice fácil; después, eficaces *bulldozers* hicieron lo demás.

Con asombrosa rapidez
no quedaron huellas superficiales del genocidio.

Las profundas siguen allí, en el subsuelo,
intactas,
y entre los acostumbrados a sobrevivir
que sobrevivieron pese a todo.

El barrio pasó, sin transición, de pobre a martirizado.

Y los que miraban desde sus automóviles decían:
"Total, ya era hora que desapareciera."

Pero siguen sin detenerse al pasar.

2.
ORDEN EJECUTIVA

Entonces, el presidente,
después de oír todos los pormenores
de boca de sus máximos comandantes,
tomó mentalmente la trascendental decisión
de autorizar el día exacto
para el inicio de las operaciones militares,
y dijo en alta voz: *“OK, háganlo”*.

Y ni cortos ni perezosos,
salieron con premura
a empaquetar los regalos de navidad
y los fuegos artificiales
que debían llegar justo a tiempo
para ser repartidos antes de la nochebuena
al pueblo de Panamá.

3.
SOBERANÍA TUTELAR

Los hombres juraron lealtad y fidelidad a su patria
ante los mismos comandantes
que justo después dirigirían el genocidio.

No habituados aún a tan alta investidura
y sin saber exactamente qué hacer
en tan singular circunstancia,
preguntaron si cabría, al menos, un pequeño brindis.

Como por arte de magia, se brindó por la ansiada *liberación*
del pueblo de Panamá.

Y, luego, a lo largo de esa larga noche sin nombre,
estuvieron sin hablar
escuchando de lejos el ruido ensordecedor
de las operaciones militares
sobre la capital de su propio país.

Cuando por fin amaneció,
se dijeron unos a otros
que no había sido un sueño y que, en efecto,
la *invasión libertadora* estaba en marcha
y con fulminante éxitos.

Ejecutivos,
confiados,
más informados de sus nuevos cargos,
brindaron otra vez,
pero no con champaña,
sino con sangre;

y ya no con pulcros comandantes,
sino con los asesinos de primera línea
que, de allí en adelante,
fueron sus dueños.

4.
DISPAROS DE ALTA PRECISIÓN

Un automóvil porta una bandera blanca
y se desplaza por una avenida ancha;
arriba, dentro del avión,
en la pantalla se le observa,
se amplifica su desplazamiento,
lo cuadriculan,
se ajusta el disparo
y el cohete hace estallar, sin error,
al automóvil, la bandera y sus ocupantes,
como efectos especiales de la televisión.

Ante semejante puntería se felicitan a gritos y groserías.

Es imposible desperdiciar la oportunidad
de tener la capital completa de un país
a la disposición,
como polígono de tiro,
en vivo,
a todo color,
de verdad de verdad.

5.
MISA CAMPAL

Perdónalos, señor, porque no saben lo que hacen.
Pero eran los que mejor que nadie
sabían lo que habían hecho.

Exactamente, el día nueve de enero de mil novecientos noventa,
a veinte días de los bombardeos
y el estreno de algunas armas contemporáneas,
resultó ser un problema de semántica clerical y no de vidas.

"Invasión no, queridos hermanos: liberación",
sentenció el arzobispo de la acribillada ciudad;
y a la misa campal no faltó nadie de los oficialmente invitados,
excepto los liberados de carne y espíritu
por la benigna matanza.

Por si acaso, durante el ritual al aire libre,
espléndidos e inmejorables helicópteros artillados
dieron sus paseos por el cielo
saludando a los feligreses.

El más complacido fue el embajador norteamericano
que, ya traducido al español, comentó para sí:

"La verdad es que somos increíbles".

Y aunque se contradiga a la historia,
éste quedará inscrito
como el único Imperio de Libertadores
que nadie jamás imaginó conocer.

6.

BARRICADAS CONTRA LOS INVASORES

El hombre, con una escopeta recortada,
bramando de un lado para el otro del retén,
organizando los vecinos,
vestido de blue jeans y calzando ágiles tenis,
parecía en verdad un defensor de una ciudad sitiada.

Sin embargo, todo quedó aclarado en el acto
cuando sudando frío por las sienes
alcanzó a decir:

*“No se confunda usted, señor periodista,
no son barricadas para enfrentar la invasión,
son retenes para defendernos de las turbas
y de unos asesinos a sueldo que las dirigen.*

*Ya nos anunciaron por la radio y la televisión
que vienen para acá,
y el que trate de meterse en mi casa lo mato.*

*¿Sabe usted?, esto no es cosa de política,
pero la verdad es que los gringos
nos están haciendo el favor de la vida”.*

7.
CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

El primer hombre insiste en preguntarle al segundo:
“¿Pero tú sabes qué clase de arma era esa?”

Y le cuenta sin parar,
como si más bien lo hubiese soñado,
que era una luz que se ponía de todos los colores
y no hacía ruido,
más bien era un zumbido luminoso,
que no tenía principio ni fin;
cruzaba para aquí, para allá y se desaparecía,
y luego volvía y aparecía;
no quemaba, derretía, lo que fuera,
gentes, cosas, hierro, puertas, todo,
rarísima, un rayo pero parejito,
que se ladeaba o se ponía recto, depende,
anaranjado se veía completo,
verde más o menos,
negro no sé, pero podía ser porque estaba oscuro
y se puede uno confundir;
parecía como de la película esa,
La Guerra de las Galaxias, ¿me entiendes?

Y el segundo hombre, incrédulo:
*“No me vengas a decir que también viste el avión
ese que es dizque invisible”.*
“Cómo voy a verlo si no se puede ver” —contesta el primero—.

Y siguen conversando, una y otra vez de lo mismo,
como si la fantasía
se hubiese apoderado para siempre de sus palabras.

8.
NECROFILIA

El negocio del siglo:
seis dólares por cada cadáver
recogido como retribución por ayudar a limpiar
la basura de la guerra.

El recoge cadáveres declara
haber llegado a la cifra de doscientos cuerpos
que trasladó con gran esfuerzo y entregó en regla.

Esta guerra le cayó al pelo,
como ganarse mil doscientos en la lotería
o ir al hipódromo y reventar la improbable quiniela.

9.

LA PATRIA AGRADECIDA

Por si acaso la historia nos juega una mala pasada,
quede dicho, en el campo del honor,
que los generales Maxwell Thurman,
Marc Cisneros y el teniente general Carl Stiner,
fueron los artífices y los arquitectos magistrales
de la operación militar de invasión y ocupación
a Panamá de diciembre de 1989,
bautizada como *Causa Justa*.

Están investidos de méritos precedentes,
con igual reconocimiento:
el general Andrew O'Meara, por sus hazañas de 1964;
el general C.H. Martin y el mayor general Williams Lassister,
por la fulminante intervención de octubre de 1925;
el coronel Albert Lam
que, en virtud de su ciudadanía norteamericana,
fue Jefe de la Policía Nacional panameña por 1924;
el Mayor Frank Pace, por sus atrocidades en Chiriquí,
durante los años 1918 a 1920;
el Comandante Silas Cassey,
por su singular eficacia y pundonor en el buque *Wisconsin*,
en noviembre de 1902;
el almirante James E. Jouett
y los capitanes Charles Norton y B.H. McCalla,
por la operación múltiple de abril de 1885;
el Comodoro William Merwine que desembarcó eficazmente
con el *Independence* y el *St. Mary's*, en 1856;
y el limpiador de ciudades,
sin rango expreso e ilimitados poderes,

Ran Runnels, por sus tropelías de 1855;
y así por el estilo.

A toda aquella galería de estrellas del *Hall de la Fama*
que intervinieron esta tierra,
la patria les está inmensa y eternamente agradecida.

10.
MIEDO

Esta mujer de ojos sin vida,
como si le hubiesen arrancado la vida misma,
simplemente dijo:
*“En el patio de la casa tengo a mi marido enterrado.
Es que tenía miedo
de que me pasara algo malo a mí también
y por eso lo escondí.”*

11.
ESTAMPA DE GUERRA

Los rematadores
buscaban heridos entre los escombros.

Luego, un foganazo seco y todo terminaba.

El disparo fue justo en la nuca
y el cuerpo pareció soltar
el resto de sus fuerzas por última vez.

Ya inerte, pero con la sangre aún caliente,
este hombre hace un esfuerzo colosal
y se da vueltas
para mirar el rostro de su asesino.

El soldado no puede creer lo que ocurre.

Insiste con otro disparo,
ahora en la frente,
y otra vez el cuerpo se sacude.

Pero el hombre le sigue mirando
con sus ojos blindados y sagrados.

Cosas de una guerra que, según dicen,
nunca tuvo lugar.

12.
TRES INSTANTES

1.

El nuevo presidente democrático de ocupación,
sentado en el césped y rodeado de soldados pintarrajeados,
con cascos, rifles y ametralladoras,
posa sonriente para la historia.

2.

Cuesta un poco decirlo, pero la hija del presidente,
para no quedarse atrás,
buscó la mismísima silla presidencial de su papá,
en el Palacio de las Garzas,
y con los mismísimos soldados pintarrajeados
y armados hasta los dientes,
se hizo también su foto del recuerdo
de aquellos felices y libertarios días.

3.

En el suelo de la morgue:
en fila, tres hombres, una mujer,
dos hombres, una mujer, más hombres y mujeres
en la profundidad de campo.

Un segmento de la hazaña,
una cuantificación,
un dato frío.

En el claroscuro,
agazapada y altanera,
la muerte,
con tres días de no dormir
y aún insatisfecha en su gula,
posa sentada en un trono de soberbia.

13.
HIMNO NACIONAL

Según fuentes del Pentágono,
en doce horas
y con cinco kilómetros lineales de alambre ciclón,
se hizo un confortable redil
para hombres solos,
capaz de albergar a cinco mil prisioneros
que, efectivamente, estuvieron allí hospedados,
entre árboles y pájaros,
perros y tanques,
y que con frecuencia
cantaban el himno nacional a sus custodios.

14.
CAMBIO DE LOS TIEMPOS

Cuando aquel enjambre de paracaidistas
comenzó a caer en grandes cantidades
en los alrededores de la vieja ciudad de Panamá,
achicharrada en 1671
por órdenes del propio gobernador Pérez de Guzmán,
después de una infructuosa defensa
con toros en soltura,
el pirata Henry Morgan, quien la tomó por tierra,
y estaba observándolo todo
desde las ruinas de la torre de la Catedral,
única sobreviviente de sus hazañas depredadoras,
sintió la envidia inmensa
de no haber tenido la suerte de contar
con esos extraños aparatos de aerotransportación
y esas raras sábanas
capaces de hacer flotar a los hombres en el aire.

15.
ORILLA DE MAR

Sólo días después,
como si hubiesen pasado años,
este hombre y esta mujer iban a la orilla del mar,
callados los dos,
miraban hacia el horizonte
hasta que la noche les caía encima.

Una tarde la mujer rompió ese sobrellevado silencio
y le dijo: *Ya no volverá.*
Y el hombre, resistiéndose aún,
preguntó: *¿Tú crees que ya no?*
Y ella: *Fue esa maldita invasión, te digo que ya no volverá.*
Y él: *Pero él no andaba metido en esas cosas.*
Ella: *Por lo mismo.*
El: *¿Tú crees?*

Y nunca más regresaron a mirar el mar.

16.

CIUDAD DE CABELLOS QUEMADOS

Este dolor cuarteado y de lágrimas secas
no termina de deshilvanarse y caer.

Ha sido un tiempo metálico y afilado
como cuchillo sin empuñadura.

La taimada muerte se escabulle sobre las cenizas,
coletea y vuelve a escaparse
por los cráteres de un bombardeado
y prohibido jardín.

Estos hombres con el vientre hinchado
y las uñas enterradas en las palmas de las manos
han sido estandartes
derribados por un infierno sin frutos.

Tuvimos que oler hasta los últimos fondos
nuestra propia mortandad.

El ciego reflejo de venas hervidas y aceite
pervive en las aceras lavadas
como esquirlas de su impecable hazaña.

Y esta ciudad,
con los cabellos quemados y los oídos sangrantes,
tan amada y odiada,
con las caderas rotas,
extenuada y de bruces
ante un mar manchado de graznidos,
pareció extraviarse en esta innombrable locura.

17.

ESTOS MUERTOS INSEPULTOS QUE AÚN NOS RONDAN

Y esta marcha de insepultos que ronda la ciudad,
¿qué persigue?

¿Qué escarban aún en las calles y en nosotros?

Cuanta algarabía de huesos y escombros
martillándonos la conciencia.

¿Por qué agitan en alto sus miembros desprendidos
y nos miran así?

¿Que nos increpan desde sus cráneos aplastados?

¿Qué será lo que nos reprochan desde sus vísceras abiertas
y sus esternones rotos?

¿Aborrecerán nuestra desmemoria

y, por ello, nos enrostran su vergüenza?

¿Intuirán que hemos querido creer que este horror no existió?

Cuánto amasijo de carne quemada
merodeando en el mismo lugar del crimen.

Cuánto corazón coagulado y deshecho entre la madera.

Cuántas embestidas certeras a nuestro alrededor.

Cuánta impunidad entre tanta muerte maltratada.

18.

ARGONAUTAS DEL FONDO DEL OCEÁNO

¿En qué lugar del océano
burbujea este griterío mezclado de lodo y algas?
¿En qué tumbas sumergidas?
¿En qué lechos del mar?

¿Cuántos fueron tirados a las olas encrespadas?
¿Cuáles eran sus nombres, sus oficios,
los afanes de su más antiguo sueño?
¿Qué país llevaban dentro en la hora carnicera?
¿Por qué estas acuáticas soledades sin ataúd?

¿Podremos alguna vez llegar al fondo
de este cementerio húmedo y turbio
y desamarrarlos del frío y la sal?

¿No es parte de nuestra muerte la que allí yace anclada?

¿Y nuestro, también, ese forzoso silencio de musgos
en sus labios violetas?

¿Será posible devolverlos un día a la tierra?

¿O habremos de esperar que una marea
—abochornada por nuestro olvido—
los lance de nuevo, blanquecinos y desmenuzados,
a las arenas de una remota playa?

¿Seremos, acaso, aquella ingrata nación
de espalda a sus héroes y de cara a sus verdugos,
perdida en la historia?

19.
LAS HUELLAS

¿Y ese convoy de muertos refrigerados hacia dónde se dirige?
¿Por qué esta desaparición subrepticia de cadáveres?
¿Qué ocultan con esta felonía?
¿De verdad creerán que han borrado las huellas del crimen?

20.
GLORIA INMERICIDA

¡Alcanzamos por fin la victoria!, ¡Alcanzamos por fin la victoria!,
se gritaban unos a otros,
desbordados de felicidad,
histéricos de alegría, jubilosos,
mientras el más poderoso ejército de la tierra
hacía su entrada triunfal a la ciudad,
con la soberanía nacional degollada
y exhibida su cabeza
en la pica mayor que abría el desfile.

¿Cómo vamos a explicarle
a esta patria de nuestros ancestros
que hubo aplausos y besos para quienes la invadieron?

¿Cómo fue posible que con estas lágrimas de felicidad viva
—jubilosas y fílmicas—
celebraran este mar de sangre?

¿Qué tan inconfesable fue el desprecio del soldado
por esta gloria inmerecida?

¿Por qué esta feroz indolencia
cuando aún los estragos de la muerte no habían concluido?

¿Qué les echarán en cara los acabados de morir?
¿Cómo digerir esta iniquidad?
¿Dónde queda la patria de los apátridas?

21.
ANTOLOGÍA POÉTICA

1.
AL CERRO ANCÓN

Para Amelia Denis.

En tu *idolatrado Ancón*, por supuesto, va ser muy difícil encontrar las huellas de tus pasos entre tantas pisadas de botas militares, marcas de jeeps y tanques. No sólo el destino desató los lazos que formó tu corazón; más exactamente, desde su cima y sus faldas, la artillería cumplió a cabalidad su misión, con eficacia ejemplar, como si una lengua de dragón hubiese paseado su fuego por la ciudad.

Y si bien *El Chorrillo* fue alguna vez un hilo de río con su cristalina y bienhechora fuente, no se hundió en el abismo del no ser por su propia voluntad; en realidad, lo hundieron y no fue sólo una corriente que al pisarla un extraño se secó; no dejaron piedra sobre piedra, ni madera sobre madera, sin suspirar, a corrientazos láser, a bombazos limpios, a tiros, a cohetazos, con aviones que ni puedes soñar y un ruido que bien podría ser como cuando sopla el viento del infierno. Ni el ángel custodio pudo remontarse al cielo, lo acribillaron a balazos.

Y el árbol, Amelia, que no encontraste en 1906, con tu nombre grabado, era a duras penas una lejana señal, la tala solitaria y triste de lo que sería después la depredación, el incendio, la leña carbonizada y la sangre entre la noche de esta masacre.

Si hubieras visto todo esto —sin duda— te habrías quedado atónita y perpleja, y de nuevo invadida por el duelo que lleva en tu lira un lazo de crespón.

2.
CUARTOS

Para Demetrio Herrera Sevillano.

Como bien diría Demetrio Herrera Sevillano, el asunto fue, efectivamente, de *zonzos de calor y noche*. Salvo que la temperatura se elevó a tal punto que reventaron todos los termómetros a la vez, se derritieron todas las hojas de los techos de zinc, los postes, los semáforos, el tendido eléctrico, los hidrantes, las bisagras y prendieron la noche con un arco de fuego imperial que envidiaría cualquier sol aristocrático.

Y tal como pudo otear con sus ojos de ultraísta y su olfato de sabio conocedor de los vericuetos de esta ciudad, no podía ser de otra manera: volatilizando cuartos, cuartos, cuartos, gente pobre y chiquillos descalzos.

3.
PATRIA

Para Ricardo Miró.

Esa irrenunciable dignidad ante la vejación que siempre rompe el cerco tendido de todas las invasiones que ha conocido la historia, y que en Panamá buscaron afanosamente los ocupantes por todo el territorio nacional para destruirle la matriz conque sigue pariendo hijos.

22.
RECOMPENSA

Todo aquel que tenga una lista de muertos y heridos
distinta o superior en número
a la oficialmente publicada
por las autoridades norteamericanas,
puede presentarse al oficial Matthews,
en la sede del Comando Sur
para su debida verificación.

No se admiten contactos por correo,
teléfono, fax u otros medios electrónicos.

Por cada nombre adicional
no confirmado en nuestros registros
se dará veinte dólares.
Posteriormente, nuestra oficina especial
informará los resultados de sus investigaciones,
si hubiere lugar.

Se asegura la más estricta confidencialidad y anonimato
para el denunciante
y, sobre todo, garantías
de que no será incluido en la lista.

23.

TIERRA AJENA

Un vocablo antiguo
nos asocia a una abundancia de mariposas.

A un tiempo multicolor donde el naranja de las alas
se grababa en el tornasol hegemónico
que flotaba en el aire del verano.

La irrupción de la lanza y el caballo
dispersó las mariposas
como si se desgarrara una primigenia bandera.

Y, desde entonces, el paso de los pasos
se abrió a los mares hacia fuera
y hacia dentro fundó el cautiverio y la cacería del vuelo.
La libertad fue una quimera
y la caída de las centurias
el eslabón de nuestra atadura de hierro.

La oleada sucesiva
y el oscuro anuncio de los tambores de los ocupantes
se enmarañó con pezuñas de mulas,
barcazas fluviales,
ferias reales,
hechizos marinos,
flotas acorazadas,
durmientes de trenes,
mástiles imperiales
y, sobre todo, con el tajo que abrió la tierra por su centro.

Siempre una espúrea pisada,
un ojo de vigía,
una foránea ronda de soldado,
una tolda extendida de un cuartel general.
Y aunque nos guste o no,
el yelmo ha sido rostro y máscara de la codicia lanzada
sobre la angostura de esta tierra.

El territorio que los hombres llamaron Panamá,
con propiedad y maravilla,
ha sido también lugar de su desgracia,
con sus mariposas asesinadas,
sus árboles esterilizados y sus peces desaparecidos.

El ciclo se ha cerrado en el mismo punto del dolor:
una perversa invasión,
con sus hordas y sus centellas mortuorias,
irrumpe otra vez,
daña la frágil esperanza
e impone la posesión del sitio.

24.

DÍAS DE HIRVIENTE HERIDA

La patria se fue esa noche con su blusa azul
empapada en sangre.

Madre y padre, a la vez,
se fue entremezclada de dolor y orgullo.
Como hijos de especies distintas,
la defendieron unos y la negaron otros.

La patria se fue a resguardar de la adversidad,
flameada y sin dormir, con la ciudad sitiada,
en el aliento tibio de los derrumbados,
en el polvo carmesí de la muerte artera,
en la volátil podredumbre,
entre el escombros y la inquina,
en las pupilas sin luz de la trunca inocencia.

Se fue despacio por el mar,
como una sombra multiplicándose entre las olas,
intangible y diluida,
impenetrable y fugaz,
transmutada e inatrapable.

Sabia milenaria
ha sabido como nadie comprender
que esta lluvia de fuego y odio también cesará.

La patria no murió,
sólo se fue para regresar
después de curar su hirviente herida.

EL CRISTAL ENTRE LA LUZ

▼

(1988)

I.

En ti vivió siempre un caballo de madera. Los dioses
que inventamos tuvieron miedo a perder
el sentido, como faros que a nadie guían.
De piedra hicimos nuestra ciudad y también
de muertos callados.
De las esquiras del amor quedó su cicatriz.
Y no hubo vencedor para la hazaña.

En ti la abeja construyó su panal. No hubo siglo
en que no resucitaras de cuerpo en cuerpo de mujer.
De años de esperar los navíos del regreso
se pobló nuestro tiempo.
En las primeras hojas de café está escrito:
Volverá una legión a marcha forzada
a buscar a sus héroes y no habrá murallas
que se resistan.

Entre tanto, cabalgó el jinete y se multiplicó
la miel.

II.

Permíteme reconstruir el instante en que un sol anaranjado
se inclinó ante ti. La sandalia y la arena
en los trazos tenues de la evaporación del día.
La esquina de madera de tantos viajes
a tu centro. El hilo de plata sobre tu cuello
y el peso de tu presencia
como un perfecto vaso de ébano.

Permíteme rehacer el horizonte de tu mirada y la comisura
de tus labios. La mano alzada del afecto
y la vibración del mejor abrazo.
No ha de entristecernos que la vida
sea superior a nuestro sueño. Hagamos una fiesta
por los vivos. Prendamos las hogueras
y que se baile.

De carmelita se hizo tu corazón y de púrpura
su latir.

III.

Para ti, la llave y el fulgor; para mí, el borde
de la espuma. Llegarán a tus pies los días
infranqueables como guerreros vencidos.
Y llegaré, también, la llovizna como la espada
que cortaba en dos el arrecife. Una suerte
de luz derramada sobre tu frente.
Una algarabía de gaviotas revoloteando
en un recuerdo vivo.

Para ti, el cristal y la flor; para mí, la voz baja
de los templos. Las horas arenosas
y los retazos del amor como alas de corcel.
A contraviento el navío y la ola.
Si en la memoria es capaz de perdurar el ardor,
créeme que aún centellea la aurora entre la yema
de tus dedos.

IV.

Descansa también esta noche. El día vendrá de relevo
y apagarás la lámpara. Hay suficiente bálsamo
en las botellas y agua en las cantimploras.
De la piel y el hilo haremos tus zapatos
para el polvo. Será como partir.
Como recordarse con los años.
De tus diamantes los mejores se cortaron
de tus lágrimas. Y de tus adioses
perdurarán, sobre todo, las instrucciones
para el viaje.

Descansa también este día. La noche vendrá a cascadas
y las luciérnagas seguramente estarán allí.
De los millones de estrellas escogeremos
un astro guía y de la luna el entorno
de su espesura. Será como seguir.
Como proponerse lo cierto.
Cosimos a tiempo tu sonrisa en la transparencia
y las bienvenidas en el pecho
de quienes te aguardan.

V.

Tuve el honor de tus ojos.
Dos documentos impresos
donde pudo leerse por siempre
la coronación de lo vivo.
Un enjambre de estrellas, una bandada de gorriones
llenando el mar, una morada de palabras
y la espléndida explosión de la orquídea
en el filo de su violáceo amanecer.

Tuve el privilegio de ti.

De tu fluir y de tu talle

como un trazo de sándalo y arco.

Tu voluntad de metal y la imperceptible impresión
de bajorrelieve de tus manos en el aire.

Una certidumbre, un desplegar,

una aleación de lo tierno y el coraje,
como la cálida y honorable campana

de tu privilegiada resonancia.

NOTICIAS DE PÁJAROS

(1987)

1.

Los pájaros perdidos del mar han vuelto
con sus noticias después de tanto tiempo
que partieron; las traen en sus picos y cada uno
quiere llegar primero al corazón.

Hemos envejecido un poco esperando su retorno.

No encontraron tierra en la lejanía
y muchos murieron; nada más triste que un ave
flotando desfallecida en los océanos.

Sólo espero que sus mensajes puedan reconfortarte.
Que no sean malas nuevas.

2.

Dijimos: lo importante es que no caigan vencidas
nuestras torres por el miedo.

Que no sucumban
nuestras calles entre el fuego y la depredación.
Que no sean nuestros estandartes símbolos
de los amargos días.

Pero —a pesar de todo— subrepticamente entraron
a nosotros las pequeñas derrotas y los odios diminutos
como sonidos rebotando en catedrales vacías.

Los rencores y las venganzas tenues como la fatiga
de los centinelas y su desgano.

Allí fuimos menos nobles. Hasta en los predios del amor.

No vimos caer nuestras ciudades, ciertamente.
Pero es seguro que no fuimos sus mejores defensores.

3.

También el desconcierto es una dureza
entre los ojos.

Una mano de mujer caída en su vacío, ingrávida,
como lo que una vez quisimos ser y no pudimos.

Una especie de imaginación sin vuelo,
sofocada entre nosotros mismos.

Uno puede coser los días, uno tras otro,
en sus grises; repasarlos de principio a fin.
Recomponer sus mundos y cargarlos de gratitudes.
Pero algo se nos nota: ese sonido interior indócil
que a menudo se nos escapa por entre los poros.

4.

Por el surtidor del día se ha vaciado en el mar
lo que de nosotros derivó en pena.

Son los naufragios inmerecidos del vaivén,
los escarlatas del borde, los travesaños sustituidos
en las antiguas edificaciones.

Es un aire rasgado en nuestro aliento. Una hora sagrada
que la noche irrespeta. Un sobresalto,
como si aconteciera un misterio en la luz.

Como si de los fondos últimos, escucháramos nítidamente
el ruido del desplome de un animal de linaje
que por fin descansa.

5.

Sobre todas las cosas no permitas
que esa ventana se cierre al cielo.

Es que por ella puede salir lo que en el tiempo
se intoxica. Es que por ella puede entrar
lo que en la vida se renueva.
No seas tú el cerrojo.

6.

Dentro era una flama inextinguible.
Perpetuada en el aceite que los hombres cuidaron.
Pero bastó el salitre de una lágrima
para evaporar su eternidad.

7.

¿Nunca supiste que el anochecer
es un intruso invadiendo la claridad?

Es un delito que se repite todos los días.
Tan sencillo como una impunidad irremediable.

Pero en la nocturnidad, ¿no has visto el firmamento
agujereado de estrellas y de astros?

Son los múltiples ojos
de los múltiples testigos.

8.

A veces es un puñado de tierra
sobre el corazón.
Una contracorriente. Un malestar enquistado
en las cosas.
Una alejamiento que nos acontece.
El peso de la indiferencia que cae oblicuo
sobre nuestro afecto.

El sesgo de lo que tuerce todo amor.

9.

Hay que admitir que lo abierto
también se cierre de golpe, que lo bienvenido
nos abandone, que deje de perdurar
lo que tanto supo alegrarnos.

Lo que siempre será inadmisible
es que muera lo que nos alentó a vivir.

10.

Aunque parezca que todos los relojes estallan,
enloquecidos por la sedición del tiempo,
déjate guiar por el latir,
ese acompasado ritmo que te bulle,
ese engranaje fino de la vida capaz
de mover el mundo,
ese inacabable transcurrir de los hombres
haciendo y deshaciendo sus soles más preciados.

ALA GRABADA EN BLANCO

▼

(1987)

1.

Hoy hubo un ruido intenso entre los framboyanes.
No eran los pájaros que para esta época del año
se reúnen en bandadas. Tampoco era el viento.
Ni el calor.

Creo que algo se rompió en la luz del día.
Algo irreparable, como si la calma hubiese sido perforada.
Es todo muy extraño.

La vida es capaz de crujir hasta el último minuto
para defenderse. Pero es como si algo se hubiera
muerto a voluntad.
Como si se hubiera rendido sin resistir.

No es una quietud, sino una atmósfera apagada,
como el miedo. Un sopor que al no disiparse, disloca.

Sin embargo —entre las hojas— vi una mariposa
con el ala grabada en blanco y no parecía sufrir.

2.

Hay recuerdos que quedan sumergidos en el aire,
como desdibujados. No queman —ciertamente—
pero reniegan a reproducirse en la memoria como fueron
alguna vez.

Por eso, no puedo precisar con claridad cuando fue
que mudaste para siempre de piel.

Sí tengo la certeza de que fue delante de mis ojos,
como si un cuerpo cediera a otro cuanto ocupaba.

Pero por más que escudriño y rebusco en los laberintos no encuentro el instante preciso. A veces, un poco de polvo o un grupo de palabras sueltas, pero no más que eso.

También es como si hubiese sido una suma de quejidos sin parto.

Creo —eso sí— que el mar estaba muy cerca. Y que tu vieja piel, al desprenderse finalmente de ti, rodó por la arena hasta que las olas la arrastraron confundándose con la espuma.

3.

Ahora estarás vientre abajo en los desfiladeros del día. En el vilo y en el borde del aire fatuo y el agua púrpura. En el redondel, con tu perfil de diosa que repudió la noche y el odio de los hombres.

En la escaramuza para no dejarte atrapar por una lágrima impropia. Con la imaginación del ámbar de atardecer sobre el mañana y vencerlo. Capaz de encender el fragor para cambiar el curso de la rosa de los vientos.

Pero has de cuidarte de la penumbra, que es el riesgo de los viajeros.

4.

Henos aquí: levantando un monumento al sonido de tu sangre.

Una estatua a lo que no construimos de nuestra pirámide.
Un memorial a lo que queda de la espesura de los mutuos días.

Has de comprender que lo equívoco devasta, pero lo incompleto desola.

Puede creerse en una estrella de otro color, pero sin un pedazo de astro el cielo no es creíble.

Así mismo, en el bosque, en la lechuza o entre dos senos de una hermosa mujer, no pueden cohabitar la pena y el cazador.

Qué difícil es reconocer que entre amar y el amor haya un espacio para la sombra.

5.

De la lumbre a la medianía sólo hay un paso.

Es que podemos ser estelares o convivir con la alegría inacabada. Puede reverberar otro ser a nuestro lado, sin advertirlo.

Los días pueden caérsenos por entre los dedos y rodar entre lo plano y lo desigual.

¿Cuánto vale, entonces, un acto de fe?
¿Cómo llenar los depósitos del corazón, allí donde se fermenta la esperanza y uno puede mirar sin rencor?
¿Sin ocultar su piedad?

Tengo la sensación de las señales equívocas.
La certidumbre que borramos a voluntad nuestra huellas.

El desarraigo de una altura que no alcanzamos y nos superó en vastedad.

6.

Uno puede mal evocar o mal evocarse.

Fingir sus historias, distorsionar sus razones
para huir en la herida. Hacer las máscaras de sus sueños
y blasfemar ante sus altares caídos.

Uno puede vestir sus cielos de otros colores
y ablandar su dolor como quien rocía humo
a su desmemoria.

Hay un momento imperceptible, donde cada sístole
y cada diástole bombean, no sangre, sino nuestras
propias vergüenzas.

Uno puede llorarse por lo que han hecho de nosotros.

¿Pero cómo puede uno llorar por lo que no hicimos
por el otro?

Hay que admitir que nunca será fácil tirar contra
los agujones. Mucho menos en los días equivocados
del desaliento.

7.

Me asombró vivirte. Emergida de la tierra,
me bastó crecerte. Y también sufrirte.

De aquella niña de mirada recta, como la ruta
de un navío, me asombro todavía.

El amanecer no es eterno, pero lo que no cabe
es vulnerarlo ni hipotecar su resplandor.

De alguna manera dimitimos voluntariamente
a su claridad. A sus noticias, que estallaban allí donde
suele nacer el alba y su albor.

No pudimos —por tanto— ser el intento de lo perdurable.
Ni tampoco escapar de la defeción.

8.

Guerrera fuiste queriendo ser.
Que se apiade el gladiador de tu batalla.
Que te apiades de tu victoria
y su derrota.

9.

El espejo de tu imagen ha sido atravesado.
¿Cruzaste o nos cortó?

10.

Ahora sé que no era un ruido de la nube
contra el sol, sino un rayo que perforó la calma
en el centro del mediodía y alertó a los framboyanes.

Hemos, pues, de guardarnos del milagro que intentaste.

Y también guardarnos de nosotros y nuestros corales
de impunidad. De la simulación, la burbuja y lo constreñido.

Reconocer que ya no nos es dado reparar
lo que en la luz queda y lo que en la sombra sobra.

Pero la mariposa seguirá siempre allí —créeme—
con su ala grabada en blanco y sin parecer sufrir.

PIEDRA DE CIELO

▼

(1987)

1.

Astillada la flor
en el centro de su fuego
cuídate de los soles erráticos
y no permitas que un puñado de ceniza
ocupe el sitio de tu alma.

2.

Entre lo más querido
de las cosas más queridas
hay una piedra en el cielo
hecha de sí misma
que nos aconteció envuelta en su estela
irradiando polvo de luz
sobre los trazos de las vidas que tocó.

3.

Y también hay un hombre
que en el sitio de su corazón
creció un árbol
del que germinaron amapolas
que estaban hechas
de la savia de su sangre.

4.

Viví convencido
de que siempre ibas a estar allí
para poder amar los ojos de tu vejez.

5.

¿Cómo habrá sido el vientre
que te dio la vida?
¿Dónde ocurrió ese espléndido
acto de amor?
Lo cierto es que todavía miro al cielo
buscando el agujero por donde entraste.

6.

Entonces
te llovió por dentro
y se fue lavando no sólo tu alma
como el borde de una ladera
sino también
como si el esfuerzo final del invierno
se llevara consigo
el barro de las antiguas sombras
empozadas en lo oscuro.

7.

Quizá como una leyenda fundada
en las brasas de la realidad
y esparcidas en todas las hogueras
que encendimos
como una infancia que encontramos de pronto
en un jardín recién construido
como el pez más viejo que por fin
encuentra su laberinto
como la mano que esculpimos en el aire
para vencer al miedo
como el rastro de sal

que un jinete de luz borró de tus párpados
te vi entrar al bosque congelado
de la fábula inmensa
donde la noche es castigada para siempre
a ser la noche.

POETA DE UTILIDAD PÚBLICA

▼

(1985)

1.

La poesía te escoge, no la escoges.

Te acoge, como un tibio vientre de mujer
en el centro del amor.
Todo lo da en el acto de saber
que todo le debe ser quitado.
No trama, teje para otros. A veces con dolor.
Su principal virtud consiste
en maltratarte lo gratuito.

Acosar la turbiedad de tus días, es su oficio.

2.

Exorcizarte
para que puedan vivir contigo
las vidas que rondan en los diámetros
que es capaz de trazar tu corazón.

Te abandona cuando intentas sortear
sus consecuencias.
Huye de los lugares
donde la imaginación y el asombro han muerto
y evita pasar por donde cohabitan
los ruines de espíritu.
Está hecha de presencias
porque tiene el don de desdoblarse
sin dejar de ser entera.

3.

Hija de la palabra
la han vituperado sin poder tocarla.
Hermana de la historia
ha sido quemada y puesta bajo custodia
de los carceleros.

Con esa cualidad única de no necesitar
del reposo, no desfallece ni conoce la fatiga.

Falsificados sus textos,
deshonrados sus leales oficiantes,
distorsionada hasta el cansancio,
prefiere la ruta del viajero
antes que vivir en los templos que pudo edificar
por la magnitud de su luz.

4.

Humilde como ella sola,
entra sin ruido en la casa del hombre,
barre sus rincones,
limpia el polvo más apartado,
repara lo roído y se encarga de lo roto.

Vidente de los hechos con que se cuenta
el tiempo, la edad y lo pleno
de la conmoción de quienes se reúnen.

Andamio de lo venidero.
Fragua, constancia, fuelle, criadora.

5.

Ante ti
hay una vergüenza confesa que aspira
a su purificación.
Alguien que ha desenterrado su piedra angular
para rehacer su pirámide
antes de que la maleza la oculte.

Has clamado porque se detenga
el sacrificio irracional
y la rajadura de los bárbaros se cierre.
Te has interpuesto
entre la daga y lo indefenso.
Aprendiste que la conmiseración
tiene sus surtidores
en el ojo de agua
de lo injusto.

A pesar de tus razones,
te tocó errar como los despatriados forzosos,
cercados y reducidos a la prohibición.

Y te han llevado en andas
largas filas de hombres serios,
estremecidos hasta la perturbación
por lo que puede provocar
la ignominia.

6.

Han querido hacerte madre de la lamentación
y la desesperanza.

Velada de colorete, gracia de feria.

Te han prendido inciensos y construido
urnas de cristal.
Han difundido, sin cesar,
que naciste para el ensueño y que la vida
poco tiene que ver con tus costumbres.

Han tratado de adornarte
como joya de escaparate
y te han regalado todos los espejos
para no ver en ellos reflejadas sus conciencias.

Y tú has sabido decirles que no.

7.

Raíz de lo perdurable.

Sonido para la hora amarga
y entusiasmo del peldaño.
Irreductible, inquebrantable y fortaleza.

Tus vértices de agua
y tu anchura de tierra
son, al mismo tiempo, la alabanza y la rebelión.
Original misterio de la cima.
A tu cita con el hombre
llegas envuelta en lo extraordinario de lo imprevisto.
Sorpresa sin aviso ni calibre
en las hazañas de ordenar el mundo y recordarlo.

Milenaria voz de lo nuevo.
Connoción, viga y soporte de la sacudida.

Abrevadero que se esparce
por los territorios tumbados por aquellos
que enlutece y degradan la vida.

8.

A tu imaginación y su vuelo
le ha sido dado el temple de no doblarse
ante lo que has tenido que presenciar,
ante lo que ha sido necesario padecer.
Cauterizada
en el rigor de no quejarte
para no complacer a los verdugos.

Escondida por tus verdades
has sobrevivido a la destrucción
aún en los meandros y las máculas
de quienes te han perseguido a sangre y fuego.
Resguardada en los santuarios del secreto repetido
para resistir la embestida y el tropel.

Temida y odiada. Herida y heroica.
Alimento húmedo de la catástrofe.

9.

Sólo a tu corteza de árbol noble
le ha sido concedido crecer
sobre sus hombros cilíndricos,
teniendo todo el pasado como presente
y todo el presente como porvenir.

Perla que produjo
el aliento de la marejada.

Sabia y paciente. Aroma para lo duro.
Enemiga de lo descomunal.
Violeta de cielo. Hematoma de lo valiente.
Licuación interna de la matriz de lo posible.
Defensora tenaz y testigo de cargo.

10.

Señal del camino.

Desmesurado afán de conciliar
lo que late con su tiempo de latir.
Que no se escape
lo que hizo de nosotros una huella,
un gesto, una impenitencia.
Que quede dicho lo que fue nuestro intento
y nuestro empinar.
Y también nuestra caída.

Noticia imperecedera de la burla
y los burladores
para que no olviden jamás
que hubo quien mirara por encima del aire
y a través de la muralla,
cuánto pudo el sufrimiento ser revuelto
en manos de la arbitrariedad.
Que pueda leerse por siempre
cómo se atrevió el atropello
a romper los diques de lo tolerable
y dónde está amarrado su maleficio.
Devota y honda confesión,
multiplicándose de boca en boca.

11.

He aquí tu rastro y el arco de tu horizonte.

Vienes de todo lo que palpita
y te diriges hacia todo lo que se atreve a vivir.
Hemos amado tu territorio,
hurgado en tu destino, indagado en ti,
como una manía de saber de los hombres.

Antiguo don
de quienes al paso de la realidad
fundaron el rito de su crujir
y desenterraron la canción
para sobreponerse al olvido
y a la corrosión del tiempo
en los desaguaderos del recuerdo.

Incrustación
de lo que es capaz de estremecer para siempre.
Orfebrería de palabra y sueño.
Ardor en la memoria
de un mundo a tu nuestro lado.

12.

Nunca fue tu vocación el aislamiento.
Nunca el huir. Nunca el dar la espalda.

Pública y entera
a la hora donde lo humano ha tensado su cuerda.

En la orilla de lo que ha caído,
al pie de lo que hemos levantado,
justo en el momento de nuestro salto.

Tu voz está hecha de las veces
en que estalló la alegría, de lo que creció
a fuerza de paciencia
y de lo que hicimos con nuestras manos.
De los muros que contuvieron lo que arrasaba
y también de las veces
en que no pudimos llorar ni ser solemnes,
sino a duras penas habitantes inconsolables
de nuestra propia vergüenza.
De lo que ha muerto a solas
y de todo aquello que nos quitaron.

Peregrina de todos.
Dignidad de resistir.

Y hechura de lo que estamos hechos.

13.

Podrán cerrar las puertas para que no entres.

No querrán saber de tus presagios.
Renunciarán a ver tu rostro. Intentarán borrar
las pisadas y la memoria de quienes
te conocieron.
Colocarán bandos en las calles
anunciando que te buscan y se trasnocharán
para apresarte.

Se enajenarán y blasfemarán de ti,
te maldecirán en su impotencia.

Y siempre temerán que reaparezcas.

14.

Todo lo has podido
y lo podrás.

15.

Excepto acometer contra lo humano.

ENTRE PALABRA Y PALABRA

(1985)

1.

El dolor provoca
el asombro hiela
el amor sacude
el miedo sella.

Y estalla
dulce
completa
redonda
incomparable e inacabable
la palabra.

2.

Vasta
del tamaño de la realidad
generosa
como la mejor ternura.

Proporcionada
a lo que vi en tu gesto más imperceptible
a lo que hizo tu mano
al sueño de lo alcanzable.

Puntual
precisa
perdurable.

Y usada.

3.

¿Cómo te vistieron de rencor?
¿Dónde ocurrió la coerción?
¿Cómo fue que te encerraron?
¿Quién inventó tu telaraña?
¿Cómo se pudo abusar así de ti?

4.

Entre la palabra lágrima y la lágrima
media el dolor
entre decir crimen y el crimen
hay un asesino
entre pronunciar país y el país
está la multitud
entre escribir adiós y el adiós
está lo ausente.

Estás entre todo
hilo
puente
mediadora
corazón animado de lo que ocurre.

5.

Lo solo devasta
destruye la emoción
no permite la alegría.

Distancia
bloquea
marca.

Tú siempre recuerdas
anuncias
vaticinas.

6.

Acompañas a lo que ríe
y a lo que llora.

El instante de advertirte
lo que quiero
y lo que odio.

Lo que distingue a lo prisionero
de su cáscara
y la trepidación
de lo que se dice
cuando se tiene que decir.

Y el poder de no decirlo.

7.

Filo de navaja que corta lo vedado.

Madre de la canción
y sonido que produce el vivir.

8.

¿Cómo fue aquel instante de magia y dominio?
¿Su colosal genio?

¿A qué hora?
¿Sobre qué asombro?
¿Ante qué consternación?
¿Qué trazo sería el que allí se imprimió?

¿Dónde estará el primer papiro
del hombre?

9.

Tomados los ojos
el rostro
el cuerpo.

Apresado el temple
domada la rebeldía
quebrada la voluntad
inducida la confesión.

Se adentrarán en tu fondo.

Pero no podrán adueñarse
del sitio donde naces.

10.

Te ruego que respetes
la herencia que te distingue.

Te ruego que no la destruyas.

11.

Un golpe de realidad
puede pararnos en seco
derrumbarnos de pronto
hacernos tambalear.

Uno necesita que alguien escuche
un regazo
un asidero.

Cuando ello ocurre
breve
exacta
dices: duele.

Y también añades:
pasará.

12.

No trates de corromperla
porque es capaz
de poner a tu servicio
signos contrarios a lo que urdes
sólo para fastidiarte.

Y luego se reirá de ti.

13.

Ya que llegaste
y has tomado posesión del sitio.

Ya que vimos tu rostro
y sabemos de la magnitud
de lo que irradias.

No dejes de estar.

14.

¿Quién como tú?

Compañía
aliento
madera de los hombres.

Ventana contra lo desolado.

Territorio que une
albedrío
grito.

Y mordedura.

15.

La mayor certeza sobre ti
consiste
en que nunca te veremos morir.

NO ME PERMITO LLORAR

▼

(1984)

1.

Por favor: que mañana el mañana no haya pasado.

2.

¿Por qué eres lo que no fuiste?
¿Dónde y de qué manera se torció tu rumbo?

3.

El silencio corroe,
deteriora la luz y falsifica el sueño.

Pero una sola palabra es capaz de matar.

4.

Puedes limpiar las huellas y borrar el trazo,
disimular la cicatriz y baldear la memoria.

De nada sirve:
hay que aprender a ser irremediabilmente encontrado.

5.

En verdad
era levantar una pirámide con las manos.

Trepar a lo más alto de la cresta de la ola.

Fundar un conjuro
a sabiendas de que tramábamos una conjura.

6.

No es suficiente construir andamios
para cruzar el mañana.

Es necesario sobreponerse al vértigo,
pasar sobre el miedo,
sortear los desfiladeros.

Vivir —ciertamente— es un abismo.

7.

Conocí hasta la piel de tus pupilas,
el tragaluz de tu mirada,
esa manía de verme por dentro.

Pero tú conociste —además—
que los ojos se quedan vacíos
justo en el instante cuando un golpe de realidad
hace que revienten las lágrimas.

8.

Está dicho:
el amor derrite y el miedo une.

La alegría habita el corazón
de una cebolla de tristeza.

Pero también se dirá:
un sueño tardío es una pesadilla.

Y una esperanza a destiempo
acaba con todo el futuro.

9.

Nos asombrábamos de nuestro propio hallazgo.

De la infinitesimal coincidencia
de encontrarnos entre la multitud.

Nos sorprendió —sin embargo—
hundirnos en nuestro propio fondo,
los inverosímiles seres
que procreamos a voluntad
y la irremediable centrifugación
del descubrimiento de la extrañeza.

10.

Quien llora
mastica y humedece.

Respira el aguaje,
repara diques,
sobrevive.

Quien no se permite llorar
asfixia y ahoga.

Se agrieta por dentro,
acosa sueños
y estalla.

11.

Quise para ti el vuelo de tu vastedad,
lo innecesario de las severas contriciones
y la certeza que nos haría resistir
la navegación hacia nosotros.

Recurrí a no defraudarte
a riesgo de perecer
en el salto
hacia lo consistente.

Debe saberse que lo fácil
es señalar las claraboyas,
lo difícil es abrirlas a la claridad.

12.

Vamos a exorcizar ese pequeño animal
que acaba como un comején
con nuestro sueño.

Vamos a lavarlo
con la lava de su propia palabra
oculta bajo la luz.

Ese animal noble, a pesar de todo,
que decide morir quemado
antes que matar quemando.

Ese noble y contradictorio animal
que tanto ama
y en el intento se desangra.

11.

¿Qué mayor oráculo que un mar inmisericorde?

Aquel modo de pisar el amor
en el punto más bajo de la piedad,
no fue más que el oficio
de infames impacientes.

Aquel aire enrarecido
de los que mienten a mansalva
mientras asfixian la verdad,
no fue menos que el agrio deber
de acribillar la vida
por la espalda.

10.

Como ves:
toda tristeza es una demolición.

Pueden quebrarnos la sonrisa,
hacernos tambalear el coraje de soñar,
tirarnos arena sobre la mejor ternura.

La paradoja consiste en ser ecuánimes
aún cuando el corazón ande desacompañado
y revuelto en los escombros cuesta abajo.

Hay que arriar toda la piedad
antes de que un simulacro de nostalgia nos traicione.

9.

Herí la piedra angular,
la columna y la nave,
voluntariamente,
con el impacto de lo que demuele.

Sentí que al doblegarte me doblegaba.

La inercia siguió cargada de su silencio
y no supimos guiar el cauce
hacia el mar
de las combustiones y las certezas.

8.

Cometí vivir sin reparar,
avanzar sobre lo demás
sin voltear la cabeza,
equivocarme y maquillarlo de acierto.

Contradecir la espiral
que llevaba tu ruta,
repintar sobre la mancha
y no limpiarla.

7.

Hacia ti o hacia mí,
un pájaro doloroso y ciego
ha viajado a contraluz.

Nos ha deshilachado en su vuelo
y ahora sonreímos como si crujiéramos.

Los estragos del amor
nos han perforado con sus detonaciones.

6.

¿Quién resiste un océano manchado de sangre?
¿Un abrazo sin claridad?
¿Una aurora maniatada a su propia vergüenza?

No merodees por las orillas de la espuma
ni entierres semillas estériles de tiempo al amanecer.

Ya bastante nos hemos salpicado.

5.

Allí estás de pie mirando al sol
sin quemarte los ojos.

Sumergida en la luz del mediodía.
¿De qué vida estás hecha?
¿Cómo te las ingenias para no quedar ciega?

4.

La estupenda lumbre del amor
nos ha ido abandonando por pedazos.

Debemos prepararnos para la solitaria catástrofe
de enterrar la ceniza.

3.

Un día reventarás a gritos,
aplastarás con las manos la soledad,
te animarás a fugarte por entre los resquicios.

2.

En la explosión del sueño también se deshace
todo el rostro de la luz.

1.

Por favor: que mi mañana no haya pasado.

PANAMÁ EN LA MEMORIA
DE LOS MARES

▼

(1984)

Premio Literario "Ricardo Miró" 1983
(Sección Poesía)

1.

Bordada a los océanos
donde la espuma hace deslizar
los cristales de las arenas y los sueños
con su continuo gotear de preguntas
olorosa a las anchas tardes
de sus nubes robustas y grises
como oráculos de lluvias puntuales
la patria ha sido una mujer entera
sin necesidad de maquillaje
mirando la claridad
y resistiendo la embestida
que no pudo derrumbar su casa.

2.

Punto de llegada y partida
abrevadero y piedra
pena sumergida en la humedad
y el destrozo
campanario de frágiles ciudades
y siempre el mar
bajo los signos de tu frente.

3.

Para tu cintura
todos los mapas fueron pequeños.

Ni el trazo más firme
pudo dibujar los pliegues de tu angostura
ni la edad de tus árboles
ni las veces en que los caracoles
escondieron en el fondo de las mareas
tus primeros secretos
ni el instante amargo
de la primera bandera izada
por extraños habitantes.

4.

Tú les viste llegar y partir.

Tú mejor que nadie conoces la profundidad
de las huellas
su impresión de bajorrelieve incandescente.

Tú supiste de aquella inigualable multitud
atropellada y desigual
que circunvaló los caminos de tu piel
subió y bajó los velámenes
erosionó el amor con el óxido de los renegados
se emborrachó en los atracaderos
y traficó a su antojo
en los inamovibles días
en que vi en tus ojos la tristeza.

5.

Tirada de bruces
con tu blusa azul abierta.

Niña prematura de graves pasiones
sonrisa de yerba a mitad del atardecer
y monumental silencio del llanto a escondidas
en tus años de sirvienta dócil.

Empapada por la desesperación
tensa como cuerda atonal
charca revuelta por la premura
de las descomunales riquezas
que hirieron tu abdomen de mujer en flor
y perforaron la serena transparencia
de tus bahías
y rasgaron tu cielo abovedado
con las puntas de lanza
de los que contrabandearon tu inocencia.

6.

Esta sangre como la suma de muchas sangres.

Estos ojos tuyos
como el color de muchos ojos.

Estas manos nuestras
como las manos de los múltiples hombres
que acariciaron tu cintura
justo en el sitio donde nacen los vientos.

Esta piel
sobre tantas pieles.

Estas noches
donde la preñez se ató de pies y brazos
a seres anónimos y sin regreso.

Estos hijos de todos los puntos cardinales.

Y tú en la zurcida esperanza
de un pueblo con rostro de muchos pueblos
y tú en los mares abiertos
con tu perfil de ola cada vez más ancha
a pesar de las infamias.

7.

Antigua y yugular
como las veces en que no hubo más que el sopor
y una epidermis tostada y frágil
bajo una luz
enemiga de la propia luz.

Plural y candente
vasta y visceral
gelatinosa
como la babosidad de los días
que marcaron para siempre
tus absurdos años de requemazón
como el corazón sin diástole
de los alucinados
y el ombligo sin fondo
de los prematuros
que miraron en ti

sólo el vaivén y la tosquedad
mientras que tú
blanda como el pan
insistías en expandir tus pulmones libres
en el esfuerzo colosal
de desintoxicar el aire que te dolía.

8.

Desde que supieron que allí estabas
ha llovido sobre ti
durante casi quinientos inviernos.

Tú nos dirás un día
de qué modo te guareciste
de tu primera lluvia.

Cómo estabas vestida
en aquella redonda soledad
de qué forma nacieron tus canciones
y cómo te atreviste a mirar a los soles
que todavía caen en el océano
de la misma manera
anaranjados a veces
sanguinolentos de cuando en cuando
y amarillos cuando la turbiedad los moja.

Tú nos dirás un día
cómo custodiaste para tantos tanta vida
y entonces sabremos con exactitud
que todas las lluvias y los inviernos
han caído sobre ti
para lavar tus cabellos
en el paso de los ríos
y renovar tu rostro de tierra dulce
en el cambio de las edades.

9.

Silbato de locomotoras y humo
en esta aglomeración corpulenta
y esquizofrénica.

Clavos de acero taladrando la alegría.

Andamios inútiles en los puertos
noches desproporcionadas
y sin amaneceres.

Pasajeros sin nombres sudando aceite
y adioses truncos de seres casuales
viviendo la calentura de sueños efímeros.

Y tú al principio de los viajes
y tú viéndoles pasar
sin que ellos lo notaran.

10.

Durante mil días no pudiste dormir
y se te vio en todos los entierros
con la cara desencajada.

Flagelada mujer en la viudez de las inclemencias.

Campesina atolondrada de las serranías
joven deshilachada en el tropel y la turbamulta
hambrienta de los caseríos
con un delgado hilo
de incertidumbre en la mirada.

11.

¿Te acuerdas de aquél que fusilaron?

Aún no se sabe dónde está el cadáver
ni el cortejo de viejos bueyes
que rumiaron a disgusto
semejante crimen.

Aún está con los ojos clavados
en las pupilas nerviosas
de sus verdugos.

Aún le puedes ver
en la transparencia
evitando que tú murieras.

12.

Madre cuestionada impunemente.

Herida en el costado
agujereada en las caderas
detonaron tus piedras
irrupieron en la intimidad de tu pudor
inundaron tu alumbramiento.

Pero sobre todo irritaron los mares.

13.

Arrasada
inconmensurable
llevas dentro el sortilegio
de la pena
escrito con fuego.

Estoica y generosa
mirada de café
caparazón de langosta
horno de mediodía
madera milenaria
que todo lo resistes.

14.

Comprimidos
rotos por las narices
inmundos
triturados en sus barracas
inquilinos
exhaustos
acudieron a la plaza
se atropellaron en las aceras
y aún huele a plasma desde aquel día
y un cascarón de sangre indeleble
avergüenza las paredes con el bochorno
de los que te invadieron
con ritmos marciales.

15.

En Europa se moría
y en tus costas los portaviones
hicieron descender a las calles
otra guerra.

Abochornada e insomne
límitrofe y venérea
efervescente y sonora
aparente espejismo y artificio
enajenada en tus rincones
tierra de los demás
a la hora de las preguntas.

16.

Te odiaron tantas veces
como creciste.

Te profesaron todo el rencor
tantas veces como te multiplicaste.

Te quisieron doblar a su antojo
tantas veces como supiste perdonarles.

Sin embargo
el mar siguió a tu lado
curando las heridas de tus pies
acompañándote en los atardeceres
y contando los días de la espera.

17.

Enero
fue una lágrima
pero sobre todo fue una descomunal manía
de amarte.

Tú resultabas
la cresta de las olas
que no esperaron ver reventar
en los arenales.

Las piedras más pulidas de tus torrentes
la voz más firme de tus gargantas
y el reajuste de cuentas
después de tanta depredación.

18.

Allí donde el mundo
no deja de pasar
justo allí donde se cruzan
todos los pasos
exactamente allí donde el hombre
ha estado más cerca del hombre
hay un mar que se retira
y otro mar que se levanta
un olor a tierra húmeda
que no cesa
y una inigualable manera de llover con sol
que te estremece.

19.

Este hombre
idéntico a sí mismo
irrepetible
y caminante como tú.

Este hombre
atravesando tu cielo
con la prisa de verte sonreír.

Este hombre
centinela
esparcido como polen
en la urgencia de conjurar tu angustia.

20.

Ocurre

que estamos construyendo un monumento
a la desmantelación
y nada podrá impedir
que el ruido de los demolidos caserones
se escuche del otro lado del mundo
y que el trazo de la ruta de los barcos
y la estela marina de las motonaves
señalen el sitio exacto
donde no será posible olvidar.

Ocurre

que no podremos quemar los planos
con que edificaron nuestra tristeza
ni borrar de los calendarios
las fechas en que trituraron
tus mejores hombres
y postergaron parte del futuro
que te correspondía.

Ocurre

que nada será imposible en lo posible
y que tú —como siempre—
vendrás por nosotros a contarnos
la dura edad de tus caminos
y el trayecto de tu vuelo de pájaro libre
en la transparente claridad
del aire.

HE VUELTO A LA MADERA

(1980-1982)

BALDOMERA MURIÓ DE PIE

1.

Hay una anciana inconmensurable
más allá de las ruinas
de los demolidos caserones
que cuida sus flores
y a solas canta
no una canción
sino un himno a la era
 que cruelmente
la abandona.

2.

Baldomera murió de pie
como sólo saben morir los árboles
o esos seres imponentes
 que no caen
sino que hay que desplomarlos
porque están agarrados a la vida
no con las uñas
sino con los microscópicos ligamentos
de cada uno de sus órganos interiores.

Murió de pie
porque esa era la única manera
con que pudo evitar mirar el cielo
y asumir el aire
sin tristeza
sin conformidad
sino con la más patética
de las serenidades que haya podido
ver
en un ser humano jamás.

Baldomera murió de pie
entera
proporcionada dura incomparable
y llevando consigo la hechicería
el miedo el silencio la bondad
y la sabiduría
como duendes que danzaron
con ella por muchísimos años
y sólo sus inverosímiles ojos
pudieron ver.

Murió de pie
y hablando hasta la saciedad
de su siglo
locamente atormentada
por transmitir a sus nietos
todo cuanto ocurrió a su alrededor
juntando hechos
nombres anécdotas mentiras asesinatos
verdades presidentes héroes aguas
villanos canales franceses fusilamientos
inmigraciones
y hambres

en coherentes historias
desempolvadas por su lucidez
debajo de su blanquísima cabellera
—como otras tantas ancianas—
pero que chorreaba hasta el suelo
como el testimonio
más digno de una época sin precedentes
y arbitrariamente condenada
a la distorsión
y al tropel de millares de búfalos
destruyéndolo todo.

Baldomera resistió la embestida
y la destrucción
y toda ella se murió de pie
una tarde de sol
sin una brizna de viento en las calles
a medida que cientos de jóvenes
abandonaban el colegio
y justo cuando el techo de zinc
de nuestra casa
quedaba a merced de centenares
de pájaros
migratorios
que parecían convocarse
en sitio de reunión
para decidir su nuevo rumbo
hacia el este.

3.

Hay —ciertamente— una anciana inconmensurable
más allá de las ruinas
de los demolidos caserones
que cuida sus flores
como si en ello le fuera
 la vida
y como si supiera que el futuro
sólo puede ser ganado
destruyendo la canción de la angustia
y la derrota
para iniciar a tararear el himno
 a la era
que implacablemente la abandona
pero que ha de vivirse y morirse
de pie.

DUEÑA DE LA ESTRELLA

Todavía tu recuerdo huele a alcanfor. Aún tu piel se extiende entre los cuartos como un laberinto de ensueños y hechizos. Recién ahora preciso que tus ojos se llenaban de sangre cada vez que encendías una vela a los muertos que cuidaban de los tuyos. Vieja de viejos secretos. Nocturna y silente mirando contra la noche y esperando una señal.

Dueña de la estrella y, sin duda, soberana de la silueta y la sombra que nos asustó de pronto en el inicio de la madrugada.

Todavía te recuerdo envuelta en el aroma de los armarios, parecida a la madera de los santos y las cruces, con tus centavos de cobre y tus aceites, con tus barajas y tus hojas de tabaco.

Soñadora del futuro y, acaso, solitaria guerrera contra el mal que incubó tanta infamia y no pudiste vencer.

EL ROSTRO DE LAS CALLES

1.

Mi vida estuvo ligada tanto a tu vida
como ha podido estarlo a la de nuestro más grande
campeón mundial de boxeo

no porque pateáramos juntos las calles
no porque me diste tu corazón
entre muecas y silbidos
sino porque las calles tuyas fueron las calles mías.

Si recuerdas
lo que ahora me da por recordar
de Calle Estudiante y Avenida Ancón
pasando por la 17
donde la vida se miraba desde abajo
y era otro el color de los días
y otras las cosas fundamentales
de aquellos niños que fuimos
y otro el aire de nuestros pulmones
y tus aparentes alucinaciones
como mis más prematuras certidumbres.

2.

Hay pueblos y ciudades
en todas partes de este continente
donde unos cuantos
unos poquísimos seres
dejan de ser lo que son para convertirse
en residuales prototipos

que resumen todas las contradicciones
y toda la amargura posible.

Residuales
pero partes de la realidad
como oráculos sin vaticinio
como contemporáneos desajustados
que da fe de desajustes superiores
como eternos peregrinos
atrapados para siempre en las calles
como la piel de los caminos
y como trozos de conciencia
que reducimos a la burla y la locura.

3.

Si te llamara —Cándido Díaz— por tu nombre
no me contestarías
tú fuiste acusado y señalado de analfabeto
loco ladrón embustero proxeneta
vividor avivato
vagabundo inútil payaso y degenerado.

Yo que cientos de veces te miré a los ojos
diría que eras el más triste de los tristes
ciudadanos de mi país
el que vistió todos los uniformes
el que publicitó todos los almacenes
el que silbó todas las canciones
el qué durmió en todos los parques
y el que no durmió porque no tuvo dónde dormir.

Tu sonrisa
fue un poco la mueca única y original
de quien se esfuerza por encontrar una salida
y descubre que sólo le quedan las multitudes
los autobuses el calor los estacionómetros
y las plazas
y se decide a caminar y correr
y la salida no se encuentra por ninguna parte.

4.

Rebuscando en mi niñez
poco queda de ella ciertamente
pero de ese poco —Chaflán— es una lección
de calor humano
despojada de toda burla
y digna
para plantearse algunas cosas para el futuro.

Eras la esencia el pantallazo
la pincelada de pies y manos
de una incomparable ciudad tropical
que de no ser por ti
no sería lo que fue y lo que es.

Podrán terminar de fabricar todas las hipótesis
podrán ahora multiplicar todas las anécdotas
podrán hacer crecer todas las infamias
pero no podrán bajo ninguna circunstancia
dejar de reconocer
que les ha dolido como me duele
lo que te dolió morir.

5.

Cándido Díaz —alias Chaflán—
dijo la televisión
murió atropellado esta noche.

Sólo era posible que murieras
en el pavimento porque eras el pavimento.

Lo demás es cosa que debemos dejar
en el corazón de los pueblos
con sus grandes virtudes
con sus grandes inventivas
con sus grandes dolores parecidos a este dolor.

6.

Mi vida estuvo ligada tanto a tu vida
como ha podido estarlo a la de nuestro más grande
campeón mundial de boxeo.

Tu vida estuvo ligada
a la vida de esta ciudad
como sólo ha podido estarlo la de aquellos seres
que resumen todas las contradicciones
y se quedan mirando
en busca de una salida
y un automóvil los arrolla
en la mismísima piel de un camino.

Y se acaba la canción
se acaba la mueca
se acaba Cándido Díaz
quien no me contesta cuando le llamo por su nombre.

HE VUELTO A LA MADERA

Me otorgo el derecho de volver —o más bien de llegar— a la madera.

Me gustaría llorar, como las veces que lloré, arrinconado y perdido en la cresta baja de la ola de nuestra insuperable pobreza; sin embargo, el dolor ocupa las pupilas de nuestros ojos y no hay tiempo para agonizar sino sólo para morir o seguir viviendo.

Cargo los nombres y las señales de seres incontables y eternos. Recordarlos produce alegría, recuperación y una feroz esperanza. He aquí una ciudad que no podría nombrar sin contar cada uno de sus huesos y cada uno de sus muertos: sin dejar de reseñar —como un cronista o un cartógrafo— el vértigo y el desfiladero que nos ocupa y en donde todo creció costeano el mar, a lo largo de un pasadizo, con el ruido de dos mareas distintas martirizando los árboles y las piedras.

Declaro que es posible que nuestras naves se hayan construido con pedazos de un tronco que empezó a morir de afuera hacia dentro y su corazón estalló en silencio sin que nadie lo notara, hasta años después que el coloso se quedó sin hojas.

Pero también es posible que ahora, con la madera restante, se reconstruya el reducto inexpugnable de nuestra primera verdad y la catapulta que lanzará este tiempo crudo, vegetal, impredecible e infame a la transparencia y la claridad de una lluvia más vasta y fértil, y quizá hacia la palabra que bastará para reunirnos.

RAFAEL

¿Te acuerdas —Rafael— de la mancha de ceniza de los días de la tristeza?

¿Recuerdas —como yo— las brutales caídas del amor que se iban con aquellas niñas que nunca más volveríamos a ver? ¿Puedes acordarte del calor?

Entonces éramos una reunión de pájaros mirando hacia el mar y temiendo que una marejada en el invierno nos ahogara. Tú eras una especie de capitán mientras surcábamos el aire que aún no aprendíamos a respirar.

Sin embargo, nada nos impedía soñar. Y allí fuimos desesperadamente libres. Éramos el final de la llovizna, un verano total suspendido en los techos de zinc de una ciudad confundida, un poco de espuma entre la tarde y los callejones, un manojo de hojas recién nacidas.

¿Vuelven a tu memoria, como empiezan a borrarse de la mía, aquellos juegos de palabras como códigos secretos de nuestra complicidad? ¿Sientes que en algún lugar nuestra piel sigue siendo una pequeña bandera alocada por el viento? ¿Prefieres aún que nos riamos a solas de los renegados, volátiles e imprecisos que fuimos? O en todo caso, ¿prefieres volver a simular una guerra entre los arbustos y apretar el gatillo del ejecutor?

¿Te apena vivir —Rafael—?

MIRAR HACIA DENTRO

Como un caracol perfecto
en la arena
que a veces reproduce los dolores del mar
y a veces el silencio.

Como un caracol infinito
al borde del océano
que a veces lo habita un animal naranja
y a veces es una casa vacía.

Como un caracol eterno
llegaste a mi vida en espiral
y todo podrá ocurrir
menos que en ti deje de escucharse la canción
menos que en ti la palabra quede muda.

ESTA MULTITUD MUERTA Y ATOLONDRADA

Después de todo
nadie podrá reparar estos millares
de muertos.

Nadie podrá restituirles la sonrisa
no será posible devolverles su fuerza
no podrán ser lavados
ni reconstruidos.

Nadie podrá reconocer su sudor
ni la fiebre
ni el abandono de tantos huesos
en el lodazal.

No se podrá reponer la vértebra faltante
ni los pedazos de miembros
que volaron por los aires
ni siquiera podrá preguntarse por los nombres
las procedencias los orígenes
ni las matrices que los incubaron.

Nadie podrá saber cuántos fueron
cuántos quedaron después de la colosal empresa
cuántos partieron
cuántos enloquecieron bajo el sol
o cuántos se colgaron de los árboles
huyendo de la nostalgia.

A ninguno de ellos
podremos estrecharle las manos
nadie les dará agua que beber
nadie les curará las heridas
ninguno les verá parir hijos.

Ahora la tierra sigue siendo angosta
como una aguja
y sus descomunales corrosiones.

Y debajo de las toldas extendidas
las órdenes las señales
los inverosímiles atracaderos
y los barcos gigantes como fantasmas
una multitud muerta y atolondrada
se incomoda
y se retuerce de cuando en cuando.

LOS DERRUMBES Y LA TIERRA COMO FONDO

Tendrían que haber visto
—con sus propios ojos—
tanto derrumbe
para crear.

Tendrían que haber cantado la canción amarga
y la canción rota
que haber escuchado el poderoso ruido
del desmembramiento de la tierra
que haber visto levantarse las cercas
y el rostro de los cercadores
la tarde roja entre las grietas de los cerros
las piedras y el desespero.

Tendrían que haber sufrido lo que no sufrieron
que haber entendido lo que no entendieron
que amar lo que no amaron
para poder saber la dimensión de las huellas
la fisura a mitad del cielo y el dolor
el atropellamiento debajo del aire
las voces extrañas dentro del mar
y la coagulación de la sangre
en la plenitud de las epidemias.

Tendrían que haberse arrancado
con palas mecánicas el corazón
y haberse empantanado con los muertos
bajo una nube de insecticidas
para conocer esta historia
y estos hombres
que se quedan mirando a la distancia
con sus pupilas amarillas
y sus manos de albañil y de dureza.

Tendrían que recoger los restos de la alegría
manchados de tisis y de pena
que desenterrar las fosas comunes
que volver a desandar el camino
de las viudas que nadie supo a dónde fueron
que volver a llorar todo lo que se lloró
y que empezar de nuevo los derrumbes
con el quejido de la tierra como fondo.

LOS MUERTOS DOLERÁN
DE OTRA MANERA

▼

(1979)

ESTAMPA DE GUERRA 1: *mayo, 1979*

Esta noche el tirano
dormirá con los ojos abiertos.

Está dicho:
el precio del crimen
es el insomnio.

El hijo del tirano hará guardia
con sus jaurías hasta el amanecer.

Está dicho:
de tal palo tal astilla.

Sólo que derribaremos
de raíz
el árbol
la podredumbre
la inmundicia.

ESTAMPA DE GUERRA 2: *junio, 1979*

Un anciano de Managua
ha recogido cápsulas de todo calibre
balas de *rochets*
charneles de morteros
chatarra de fusilería
y declara que luego después de este horror
lo venderá todo como *souvenires*
de la guerra.

Ciertamente
hasta los *souvenires* servirán
para contar la historia.

ESTAMPA DE GUERRA 3: *junio, 1979*

El tristísimo comandante
de la Plaza
el excelso militar
el valiente defensor de los valores
de occidente
al verse derrotado
trató de escapar como gallina del gallinero
ocultándose detrás de una mujer.

En León han pasado las cosas más increíbles
de la guerra.

Pero ninguna como la de este comandante
de este pequeñito
microscópico
sutil
y efímero militar
que bajo las órdenes de su tirano particular
se fue al otro mundo
sin madre
sin valor
sin coraje
escudado bajo las faldas
de una mujer
que le ganaba en estatura.

ESTAMPA DE GUERRA 4: *julio, 1979*

En Rivas hay un niño
que mira al cielo
mientras vienen los aviones
y el niño no se mueve.

Los combatientes tienen casi toda la ciudad
y usan criptas
como trincheras antiaéreas
en el cementerio.

Hasta los muertos
se han pasado a la insurrección.

ESTAMPA DE GUERRA 5: *julio, 1979*

El Coronelísimo
tenía nueve casas de alquiler
y desgraciadamente para él
tuvo que dar la orden
de bombardear el barrio
donde vivían sus inquilinos.

El Coronelísimo
destruyó sus propiedades.

El Coronelísimo
se destruyó a sí mismo.

DIMINUTO PAÍS
DE GIGANTES CRÍMENES

▼

(1976)

1.

Llegaron en hordas, llegaron muchos,
llegaron para llegar,
para robárselo todo.

Llegaron para robarse el aire, el agua, los pájaros.

Llegaron para desalojar, para tirar de lado,
para quedarse con la tierra,
para abrir el foso,
la grieta,
la hendidura.

Llegaron de noche, como cuatrerros, encapuchados,
con sus guerreras, sus naves,
sus reactores, sus arcabuces.

Llegaron imperiales a partirlo todo:
los matorrales, el manglar,
el polvo,
el bambú, la ladera.

Borrachos, violadores, magnánimos, brutales.

Partieron la luz.
Partieron la vida.
Partieron la yerba.
Partieron el río, la piedra, la corteza.
Partieron el calor.

Llegaron para llegar, para no irse.

Llegaron llegando.
Se pusieron a cavar, a sangrar el camino,
el paso,
a dinamitar la entraña, a volar los peces,
a desmantelar el bosque,
a armar la empalizada,
a construir la cerca.

2.

La cerca:
como esos rediles donde los lobos
se enroscan para construir las mordidas
y el odio,
como cavernas donde ni la tristeza tiene cabida
y sólo hay un tramar de complicidades
y amargos sueños,
como esos pasillos de muerte,
como la muerte por los pasillos de edificios blancos.

La cerca:
de aquel lado no se permite, dicen:
de aquel lado, entre la alambrada y el miedo,
entre el alambre, las púas,
ingenieros de concreto
que trituraron la dicha bajo un juego de esclusas,
entre enormes letreros
donde la patria se detiene con la boca abierta
y el estómago cortado.

La cerca:
donde está climatizado hasta el aliento.

Donde las hordas salen a tomar el sol,
a jugar béisbol en el césped,
tomar cerveza en lata
y fumar marihuana bajo las alcantarillas.

La cerca:
para cercar el territorio, las millas,
el pedazo de asfalto,
la cerca firme de la invasión,
del dominio,
de las legiones de desembarco,
de la pequeña colonia,
del importante tránsito,
del maravilloso canal.

La cerca plateada mientras cae el sol
en occidente
y el mar se tiñe de rojo
como confirmación de la rapiña.

3.

Allí están a toda hora,
como en concilio permanente de ruinas
y desastres.

Allí están, planificadores del dolor,
embotelladoras de alucinaciones,
especialistas de la corrosión,
traficantes de espejismos.

Allí están sumergidos en botellas de whiskey,
mientras programan babeándose
un nuevo genocidio.

Allí están todas las legiones
saliendo de sus madrigueras, de sus escondites,
entrenándose en los matorrales,
corriendo por las playas,
arrastrándose por los cerros,
purificando la embestida,
el zarpazo,
la desgracia.

4.

Así nos tiraron, nos echaron fuera,
agrimensores de ignominias y pesadumbres,
peritos del desalojo,
desalojaron,
dieron empellones,
dieron codazos,
tomaron posesión del lugar, del sitio,
de la plaza exacta.

Así levantaron sus cuarteles,
izaron sus banderas,
colgaron sus estandartes,
sembraron sus cruces.

Así crearon la fortaleza,
la zona impenetrable,
la caballeriza digna.

Así rieron, se rascaron de júbilo,
entre música de jazz,
salvas de cañones
y salmos de guerra.

Así,
el angosto país,
el camino tomado,
la alegría tomada,
los hombres y la ternura tomada.

Así la patria bocarriba con el ombligo hueco.

Así el dolor,
así una lágrima maldita,
así los piratas, los carabineros, los generales,
el gran corsario entrando en la ciudad
y ordenando el exterminio.

Así, invadidos por la invasión.

Así los bárbaros montados en satélites,
las hordas camino de la luna,
así el odio,
la huella fresca,
la marea abochornada,
la historia de cuclillas.

5.

Para quererte no basta decirlo,
sino quererte.

País que te pisan,
país que te violan,
país que te matan,
país que te doblan por el vientre.

Diminuto país de gigantes crímenes.

Para quererte el único camino
es quererte;
país que resistes, que te desgañitas,
país para dolernos, para no esperar,
país para olfatear el presente,
para cerrar los puños,
país para crujir,
para decir basta,
para enfrentar la horda,
país para tirar la cerca,
para condenar a los asesinos,
para quemar al verdugo,
país para expulsar las legiones
y sepultar el imperio.

DAR LA CARA

(1975)

Premio “Casa de las Américas” 1975
(Poesía)

I.
ENEMIGO COMÚN

*En el X aniversario
de los sucesos y los héroes
de Enero de 1964.*

ESTAS CALLES QUE NADIE HABITA

Pareciera que estas calles no las habita nadie

esto es devastador y deprimente
como la copia cinematográfica de un pueblo fantasma

aquí no transita un ser humano

cada lata de cerveza es recogida a la hora programada
y en el lugar programado

cada bocado de comida
sale de las máquinas de servicio
con precisión
con el número exacto de onzas
para las calorías exactas

pareciera que estas calles
y sus semáforos
y sus letreros de señales
estuvieran controlados por computadoras
desde el mismo Washington

esto es tranquilo:
hay parques
monumentos
áreas para hacer el amor sin amor
y sin molestias

cuarteles cercados en un no trespassing interminable

en estas calles como la muerte
no sucede nada que no sea previsto

esto es la Zona del Canal por la epidermis

porque por dentro es la casa del lobo
las juventudes zonians con droga en manos
el bastión estratégico
los pasabarcos produce que produce
para las arcas imperiales
el bombardeo cultural
de una cultura arrogante y deforme
desde sus collares hasta sus cohetes espaciales
los jets en las pistas
los cargueros camuflados
la Armada armada en las bocas y los vientres de los cerros

la aparente paz de las aguas
en las esclusas
subiendo y bajando de nivel

los verdes paseos
los verdes comandantes
las verdes casas de soldados pegados a sus botas
los verdes odios verificados por radar

y esta atmósfera caliente
de absoluto sol
transparente
clara
como una bomba a punto de estallar.

ENEMIGO COMÚN

*Para Carlos Rivas
y su manía de masticar el mundo.*

Una noche olvidas toda la poesía
o al menos quieres olvidarla

abandonas a Paz en el suelo
porque sabes que hay que abandonarlo
cuando el poema
no es capaz de sellarte tus oquedades

y también olvidas lo que será mañana
o cualquier otro día
o lo que nos estuvo sucediendo ayer

y te dispones
casi como quien dispara a sangre fría
a bajar
a darte una vuelta en vacío por las calles

y sucede que bajas a la ciudad
y entras en uno de los bares limítrofes a solas
a bañarte de neón y de rameras
pero recuerdas que eres de los que escribe poemas
de los *privilegiados*
y *distinguidos*
un *escogido* a toda prueba
capaz de precisar el concepto divino de San Anselmo
y sus pruebas improbables

decides acercarte al tragamonedas
todavía a solas
a jugar el juego de que no te choquen los carritos
en la pista

pero te chocan
y la máquina patear tu error
y miras a ambos lados
y descubres que estás rodeado de gringos por todas partes
y te dices algo así como:

*«Estos gringos no hacen más que cruzar la acera
la cerca límite
a tomarse nuestras mujeres»*

y te parece del todo bien el insulto boca adentro.

Echas otra moneda hasta el estómago mismo de la máquina
y recién presentes
que Rosaura te observa
pegada al bar
junto a un pálido ciudadano
de los Estados Unidos de Norteamérica

ah la hermosamente caliente y enfermiza de Rosaura
antioqueña pura
de dos hijos lejanos
y mil y una noches de desamor

y de pronto te viene otra frase:

«Estos gringos cuando cruzan
ya no a nuestras mujeres se llevan
porque aquí o son colombianas o nicas
o ticas o salvadoreñas
o vienen importadas de otros mundos
al concreto y capital asunto de noche
y dólares»

Es triste
pero aquí también hay algo de mi país

«a cuatro cuabras del *Canal Zone* y de la muerte»

esto es aquello de *Panamá crossroads of the world*
y tú sigues en tu máquina de carreras
dándole vueltas izquierdas
a la manivela
y al poema que sabes que no escribirás
hasta el Año Nuevo
cuando los bazares judíos de la Avenida Central
se pueblen de postalitas
santacloses
trenes
y vuelva a hablarse en un descompuesto inglés
de *yes sir*
do you like it?
thanks
I'm glad to buy it

pero hay noches en que bajas olvidando la poesía
a tu país
y no hay un país ni una ciudad ni un bar
ni una mujer
ni un territorio
porque aquí se volvió todo tráfico hasta los sueños

y luego vuelves adolorido
regresas a leer a Paz ya sin paz

y piensas seriamente:

cómo sería el cielo
y sus ministros y sus ángeles y sus arcángeles
y *my God* en persona
discutiendo sobre un Canal dominado por satanás.

NILKA SMITH

"Si te casas con un gringo corazón."

Y al final de cuentas te quedó una tristeza
una pensión
dos hijos casi rubios que nada tienen que ver con esto
y un cansancio en la espalda
parecido a la machacona fraseología norteamericana
de tu lengua

pero además querida
(y eso a lo mejor no lo entenderás nunca)
ya te habrás acostumbrado
al confort de tu apartamento

a decir: *please John*

y a reírte con esa risita muy latina
que tanto le gustaba a tu marido

a tu marido acantonado
de Michigan o Dallas o Arkansas
gringo al fin
pero con dólares rectangulares

y además
blanco seguro buen tipo amable
alegre cuando se bebía su *Johnny Black*
y cuando bailaba un *tamborito* para alegrarte

ya te habrás acostumbrado
a que te mirara como siempre te miré
cuando abrías tu puerta
y entrabas aquí al lado a tu *sweet home*
cargada de paquetes
y abastecimientos alimenticios
comprados en un comisariato *zonian*
a más bajo precio que en este lado
(eso también era parte del matrimonio querida)

pero dicen que un día
John o Bill o Roger
de acantonado en su paraíso canalero
se fue al Vietnam
y le pegaron un tiro en su norteamericano corazón
y te hicieron viuda
veterana de guerra de una guerra ajena y perdida
portadora de tu medalla póstuma
tu pensión
tu tristeza

y tus dos hijos que ahora andan preguntando
por su *father* ausente
por el héroe que te tocó inventarles
por su forma de haber venido al mundo
entre dos mundos.

NOVIA POP

Ahora que uno se quita los ojos para verte
y te mira
desplomada sobre el sofá
con tus *hot-pants*
y tu camisita teñida al rojo vivo
esa camisita de picos al estilo *western*

uno se dice que sería fácil amarte
que tienes un corazón grande
que aún nos sobra aliento para enternecernos
para explicarnos todas estas cosas

ahora que estás en silencio de veras eres hermosa

pero te levantas al tocadiscos
a volver estridente este coloquio
con tu música pop
de colores
de guitarras eléctricas
o de esas melenas doradas
de tantos *boy's music* que desconozco
ahora que se nos ocurrió hablar de amor

y te andas con algo extraño en la boca
de *love*
de *darling*
de por qué no te compras un *Mustang*
(de sobra sabes que no puedo comprarlo)

y yo
te pienso verdaderamente *in*
verdaderamente tráfuga
y mucho más hermosa
si dieras la espalda al norte
y miraras un poco desmaquillada nuestro país.

TANQUES EN EL PUENTE

Un día cualquiera
esta ciudad te ahoga
y sales a las playas
y sabes que tu país es también puro mar

un día cualquiera
ya de tarde regresas a la ciudad

pero entrar a ella supone atravesar
las millas canaleras
desde el pueblo de Arraiján hasta el viejo Chorrillo

un día regresas de las playas

y la boca de tu ciudad es un puente
que intenta cerrar una herida demasiado grande

un día regresas
y debajo del puente está tu país dividido
y sobre él
cinco tanques imperiales
desfilan en fila india

cinco tanques zonians camino de sus fuertes
cinco tanques del imperio en la América Latina
cinco tanques todos verdes con sus estrellas blancas
cinco tanques USA

un día regresas a la ciudad
invadido de nostalgia
y te la encuentras invadida en sus puertas:

los tanques 44 45 46 47 48
a plena tarde
a cinco minutos de tu casa
a cinco minutos de tu pueblo
a cinco minutos de todas las esquinas
donde cayeron nuestros muertos.

PARA ÁNGELA

Tu color no podía ser otro
ni otra tu voz
ni otro tu dolor negro

aquí te he visto por televisión
y de veras
que tus ojos son enormes y hermosos

por eso déjame decirte algo de mi país:

aquí hay un pedazo de tierra
que en los mapas llaman *Zona del Canal*

hay generales blancos
gobernadores blancos
y casas increíblemente blancas

y ya no está el otro también blanco
que dio la orden de disparo contra mi pueblo
y te aseguro Ángela
que dispararon cuatro noches seguidas
con sus días
y así murieron uno a uno
con balas de verdad hermana
de verdad
y no con balas para patos
como argumentaron después en la OEA

déjame decirte algo de mi país:

aquí seguimos pensando que los Estados Unidos
es un macabro imperio

aquí ya nos acostumbramos al vocablo CIA
y a los espías que viven en nuestros barrios

aquí ya nos estamos cansando Ángela Negra

no es fácil vivir con una patria abierta
y el enemigo conspirando
a quinientos metros de donde duermes

si a nosotros nos toca defender lo que amamos
y te aseguro
que nadie ama esta parte angosta de América
como nosotros
yo entiendo que también tú amas
lo que hay de bueno en tu país

pero aquí nos estamos debatiendo
contra un pentágono de generales rancios
medio muertos en sus estrellas

contra civiles senadores
que quizá tengan un hijo que prende como costumbre
un cigarrillo de marihuana
camino de *Yale*

contra una actitud imperialmente devastadora
como los barcos los aviones los aeropuertos
los fuertes de entrenamiento militar
las garitas
los rostros firmemente legionarios de sus policías azules

si hubieras nacido aquí Ángela
si hubieras nacido en este edificio
desde donde puedo ver una larga cerca ciclón
en la otra acera de la Avenida de los Mártires
si hubieras visto a aquel soldado
de la Armada de los Estados Unidos disparando
si hubieras visto la sonrisa
de aquel gobernador en los diarios
después de los días de un Enero rojo para nuestras calles

si hubieras nacido aquí Ángela
si hubieras.

SAGRADA FAMILIA

Eras de una de esas familias
que en tu lenguaje suelen llamarse normales
sanas felices
sin grandes contratiempos —sólo los acostumbrados—
lo medianamente esperado en ocasiones también esperadas

allí el tiempo era algo anecdótico
como los abuelos que llegaban de visita los domingos
a eso de las cuatro de la tarde
y todos se reunían a sus pies
como si de veras se rindiera homenaje a las edades
a lo que batallaron duramente
por unos hijos de buenas costumbres trabajadores
con hogares sólidos bien formados
y unos nietos
que gracias a Dios resultaron inteligentes simpáticos
también prometedores
con un futuro estupendo de grandes perspectivas

eras de una de esas familias
en las que tu madre bendecía los panes abundantes
de la mesa
como un ritual mágico solemne
de muchos años de tradición
de gran alcurnia celestial de sobrecogedora paz
y se hablaba en voz baja mientras se comía
con tu padre al extremo —bastante bonachón y alegre—
conocedor de la calidad de los vinos
que se tomarían después de ese trozo de carne dorada
que la niña Aminta (así le llamabas a tu empleada negra)

traería desde la cocina con una tristeza pegajosa
y su dulce parsimonia

eras de una familia en particular
que en ocasiones me parecía sagrada
por todos sus anhelos
sus avalanchas de costumbres inverosímiles
y el gran cariño —casi carnívoro— que sentían
los unos por los otros

efectivamente allí todo andaba bien:
tus hermanas seguían creciendo con una hermosura natural
capaz de romper cualquier espejo
iban a aquel colegio de las obedientes siervas
del Sagrado Corazón
aprendieron a caminar con decoro —con eficiente gracia—
como verdaderas señoritas

y tú (era uno de tus más caros anhelos)
querías irte a los Estados Unidos a especializar
a depurar como era debido
tus conocimientos bilingües
a ver esas grandes ciudades aquellos rascacielos
el confort del país de las maravillas
querías ver de cerca el *Lincoln Memorial*
las bárbaras pinacotecas
de las que te hablaba tu otra hermana
que había regresado al país no hacía mucho
de aquella libertad

y tu padre
que seguía trabajando en el *Administration Building*
de la Zona del Canal —del *Canal Zone*— como se dice
recordarás que fue allí donde adquirió la manía de reír

como hiena
(todos los habitantes de esa área ríen así)

por las mañanas ya estaba en *Balboa*
con la cara fresca —dispuesto a seguir cumpliendo
a cabalidad con sus deberes—
con la eficacia mínima necesaria exigida
por las autoridades zonians

y por las tardes (no olvidarás sus gramáticas virtudes)
impartía gustosamente y a buen precio
clases privadas de español
a delicados funcionarios de alto rango
a herméticos coroneles recién llegados
personas importantes de estrellas
incluyendo al muy respetable señor embajador
que por deficiencias personales
nunca llegaría a ser un buen hispanoparlante

tu familia era de fábula
hubo días en que me costó creer tanta armonía
todo bien todo *all right* todo *O.K.*
todo resuelto con meses de anticipación:
en marzo cambiaremos el carro viejita
papá en la escuela habrá una excursión de 32 días a Europa
nosotras queremos ir
niña Aminta —el señor quería vodka no *whiskey*—
quieres oír a Bach pasemos al estudio
Aló —eres tú— el sábado nos vamos para *Coronado*
por qué no vienes va a estar todo bien *nice*

así era de graciosa y sobrecogedora aquella casa

allí no había un solo desastre
una sola lágrima que invertir en alguna zozobra repentina
en alguna ausencia irreparable
en algún poco de sed
en alguna triste amargura

allí estaban los paseos al *Summit Garden*
el aire puro
el sol la yerba recién cortada
los cigarrillos comprados por tu padre
en una economía aceptable
como una compensación canalera por servicios prestados

los discos de Regina: *On the Summer Please love me*
I'll remember
las acaloradas discusiones sobre el arte del Giotto
el libro sobre la mesita renacentista
que a juzgar por el récord de ventas
era ya un best-seller increíble según el *New York Times*

aquella melancolía de tu madre
por algún recuerdo huraño
traspapelado
perdido quién sabe en qué parte de su historia
de la finísima hechura de su matrimonio
de sus ojos de reina solitaria

y aquel desprecio dental
por lo que solías nombrar como chabacanerías vulgaridades
(seguro te referías al vulgo)
maleantadas de *chorrilleros* de *buaycitos*
de *pindines* para *cholitas*

y aquella curiosidad con que te vi mirar extrañada
tantas veces las calles de tu misma ciudad
asombrada de ese mundo común
de ese universo humilde al que muy pocas veces bajaste
y si lo hiciste formabas un tour de paseo
con tus amigos para experimentar un poco el barrio
las gentes distintas
aquella vida del mercado público sorprendente pintoresca
(claro tú nunca ibas a comprar tu propia comida)

eras —digo— eres de una de esas familias
que en tu lenguaje suelen llamarse normales

esas familias sanas felices ubicadas cultas
de niños robustos
de esas donde papá Noel nunca faltó a la cita
donde se celebraba cada cumpleaños
cada aniversario

una de esas donde no faltaba la hora de la siesta
la incomparable hora de reposo
de tranquilidad de perenne paz de eterna
y profunda dicha.

ERA NUESTRO PAÍS A COMIENZOS DE AÑO

Aquel principio de año de 1964
nos invadió la muerte por el centro —Rosa—
fue un año de esos que llamamos duros inolvidables
amargos

tú no lo recuerdas como nosotros tú no estabas allí
no fue fácil para nuestras calles
ni para nuestro país
todo aquello que pareció suceder de pronto
pero que había venido sucediendo siempre

fue un Enero de muchas lágrimas
de mucha sangre joven y fresca recién estrenada a la vida
al sufrimiento
a las pequeñas alegrías a los grandes amores

éramos algo más que niños
y algo menos que hombres
pero ya entendíamos por qué la ciudad estaba a oscuras
por qué disparaban
por qué corría la gente a todas partes
y por qué moríamos maldiciendo protestando enfrentándonos

y volvíamos a llorar
a veces por los gases o por nuestros odios
o por no poder llegar abanderados hasta los cerros
de la otra acera
hasta la cerca donde el enemigo recargaba sus fusiles
y volvía a vaciarlos para volver a cargarlos asesinando
con todo su poder imperial su conciencia fría

su incomparable puntería certera precisa
de blanco perfecto

ya lo entendíamos —Rosa—
era nuestro país a comienzos de año
con sus muertes estudiantes sus muertes adolescentes
sus avenidas alteradas por una guerra injusta
dejando casas solas llenando hospitales hasta los techos
partiendo piernas vaciando estómagos pupilas
separando hermanos y hermanas
y viejos amigos que no volverían a verse

cómo olvidar todo aquello
cómo olvidar que Rolando sonríe con dientes postizos
a sus veinticinco años a causa de un balazo *zonian*
cómo haber apagado aquel televisor aquella radio
y sus estadísticas
primero lentas y después de decena en centena multiplicándose
cómo justificar que alguien (una niña tal vez)
quizá de tu mismo nombre
muriera en los multifamiliares de San Miguel
detrás de las paredes así sin más

cómo seguir diciendo que fueron ellos: los *Sams*
los gringos los *yankees* los *zonians* los *USA*

sus mismas manos
su general en jefe O'Meara

(Andrew O'Meara —Rosa— no olvides
ese nombre)

cómo borrar de los almanaques aquel Enero
y sus puestas de sol como la pólvora
 como la cólera de morir
de haber estado presente
de haber caído al suelo de haber gritado a toda voz
de haber muerto voluntariamente por un pedazo de tierra
en la que aún vivimos
 (en la que también has vivido a medias)
todavía junto al buen vecino
el criminal de criminales con sus revólveres a la orden
y su incontrolado cinismo
de nerones y perros contemporáneos

aquel principio de año de 1964
fue para nosotros una ciudad en lágrimas
una larga profanación
un nuevo atentado contra este pueblo nuestro —Rosa—
un Canal a más alto precio que nunca
una jauría suelta de acreditados asesinos
un imperio sofocando rebeliones
y una penosa dura violenta estricta muerte
para saldar un día.

HICE LO QUE HABÍA QUE HACER

“Hice lo que había que hacer.”
Harry S. Truman

Claro —Harry— hiciste lo que había que hacer
y lo hiciste efectivamente bien:
para tu país para tus ordenados ejércitos
para ganarse una guerra un puesto en la historia
condecorarse con medallas púrpuras
para decirse vencedor
el genocidio y un par de bombas atómicas bastan

pero —despreciable Truman— para atormentarse
el resto de la vida
fingiendo una tranquilidad de conciencia
para justificarse a última hora lapidariamente
para fingir que no hubo alternativas
que era necesario que hongos radioactivos
dibujaran multitudes muertas en el cielo de Hiroshima
y después por inevitable consecuencia
viniera la rendición
ni ochenta y ocho bombas
por cada uno de tus años
han bastado

en fin —Harry S. Truman—
ex presidente de la Casa Blanca
ciudadano de los Estados Unidos de Norteamérica
para ser asesino en libertad incondicional
para escuchar discursos
y televisar funerales oficiales
a tu honor

para un minuto de luto y pesar
después de tus veintidós agonías compensatorias

para el gran hombre imperial
el gran decididor
el modesto inteligente culto criminal de guerra
también será necesario que desde hoy
diciembre
purulentos gusanos y noches de alquimia
hagan lo que hay que hacer
y lo hagan bien:

poniendo atómicas en tus pupilas
comiendo de ti hasta los remordimientos
dinamitándote entrañas
prendiendo fuego a cada uno de tus cabellos
haciéndote cosquillas en los pulmones
hasta que pidas la paz

y no te será concedida.

FIEL SERVIDOR DEL TÍO SAM

El negro Arthur English trabaja en Diablo Heights
vestido de blanco
a 2.75 la hora —precio *silver roll*—
vive a solas en calle Estudiante
ciudad de Panamá
se pasea en su Chevrolet 59 todo niquelado
se sonríe con su chapa de tres dientes de oro
y anualmente vuelve a Jamaica
en un *jet* de la Pan-Am
vuelve a los recuerdos
a la vieja madre que muere de a poco todos los días
en la negra tierra del Caribe.

El negro Arthur English
fiel servidor del imperio de su majestad el Tío Sam
tiene la cabeza casi blanca
de tanto ser tratado como negro
de tanto decir: *yes of course my job*
I understand the Law

El negro Arthur English
no es un recolector algodónero de Alabama
no tiene ciertamente grilletes en los pies
no se le fustiga la espalda
no morirá de hambre bajo el sol
pero no levanta mucho la voz
le siguen mirando su oscura piel
le controlan su eficacia
y debe agradecer los favores recibidos
casi como un ciudadano zonian.

El negro Arthur English empleado en Diablo
—*Canal Zone*—
que viste pulcramente al servir alimentos
que pasea en un viejo Chevrolet reconstruido
que sonríe con dientes de oro
a las prostitutas que le visitan cada noche
que está orgulloso de su trabajo
de su jefe que es buena gente con él
de su *silver roll check*
y de su viaje anual a Jamaica
sigue igual de explotado de abatido
de dependiente de engañado
sigue igual de negro sigue igual de esclavo.

El negro Arthur English
que vive en ciudad de Panamá a solas
cerca del límite
que a veces lo invade la nostalgia
que no ha tenido hijos ni mujer
es un eficiente servidor del Tío Sam
de su majestad imperial
del bisonte que controla Canales
a sólo 27 años del siglo XXI.

CRÓNICA DE DROGADICTOS Y ALUCINÓGENOS

Cuando a Charlie Stevens en Fort Lauderdale
se le desorbitaron los ojos
cuando la dosis de la jeringa fue mucha
demasiada aún para su fortaleza
para su veteranía de guerra vietnamita

cuando cayó de bruces en el lavamanos
cuando el viaje no tenía regreso
y todas sus venas fueron como de un violeta
o un púrpura triste

cuando Charlie como un rock dejó de tocar
y de oír aquellos sutiles compases que sólo él oía
y cuando dejó de subir y subir
como sólo él subía

cuando murió así como no debe morir un soldado
en la Casa Blanca se miraban los unos a los otros
para precisar quién cómo y hasta dónde
serían responsables de un famoso espionaje electoral
y democrático
que una vez frotada la lámpara como por Aladino
pasaría a la historia
como un hecho lamentablemente célebre

cuando Charlie se rompía toda su dentadura al caer
ya sin sentir dolor
ya sin sentir nada

como esos que no tienen a quien decir adiós
en los aeropuertos
en alguna parte se informaba
que el dólar seguía bajando y bajando
y alguien se iba espeluznantemente a la ruina

cuando lo del soldado Stevens
las compañías transnacionales con capital de su país
iniciaban una especie conocida de mezcla
entre el chantaje vulgar y las sutilezas económicas
contra ciertas naciones latinoamericanas
y una triste señorita de gafas
parafraseaba noticias
en las agencias informativas estadounidenses
para que llegaran a su destino como debían llegar
y exactamente a esa hora
un satélite en órbita se tomaba un receso
de media hora
después de haber completado
sus doce mil fotografías de una traslación completa
y un secretario de Estado sonreía feliz
a los ojos del mundo
después de detener una guerra en medio del desierto

cuando Charlie Stevens arrió su bandera
cuando se endeudó hasta el tuétano por las benditas dosis
cuando desde sus maravillosas pesadillas
pasó a la inmovilidad más total
su suministrador pensó ligeramente que era demasiado
que el crédito a Charlie debía suspendersele

cuando aquello a esas mismas horas
en otro país sudamericano bastante al sur
dos aviones bombardeaban una fábrica con el pueblo dentro
y con el consentimiento de un país del norte
bastante al norte
y en el pentágono volvían a respirar
porque parece ser que allí sólo se respira bien
cuando toda la tierra huele a morgue
y en Illinois comenzaba una reñidísima carrera de caballos
y era como si comenzara un verano
como otro cualquiera

cuando Charlie ya no sabía más de su temblor de manos
antes de cada inyección
cuando hasta su *Love Story* con aquella rubia graciosa
y estridente de un bar de Miami
sería cosa de olvidar
porque él estaba simplemente out de todo juego

en algún sitio —felizmente—
alguien se sentía contento porque el cañaveral
porque la tierra del cañaveral
era como del sudor de todos
y esa noche había la posibilidad de cantar todos juntos
y sentirse reconfortados
por una jornada que había sido pese a todo larga y buena.

CIUDAD CIUDAD

Se me ocurriría pensarla
ni más grande ni más pequeña
más habitable libre inviolada
dispuesta en cada esquina en cada calle
hermosa una vez más
sin altas cercas limitando dividiendo partiendo
sin manchas de sangre
sin muertes increíbles
sin ser jugada en la mesa de deliberaciones

(esto no es vendible ni negociable
muy señores míos)

se me ocurriría pensarla sin terror
sin confusas explicaciones
sin mujeres alacranes aguijoneando extranjeros
en bares y hoteles on limits
sin hombres vampiros multiplicando fraudes
y souvenirs
en la Avenida Central
sin niños de azúcar (eso significa: niños que nacen
de a pura suerte)
sin un dólar circulando y asesinando a crédito
sin un gringo comprando
y alardeando de su forma de jugar
a las canicas con el mundo

se me ocurriría pensarla decidida franca
insobornable menos parásita menos dependiente
menos reclinada
y muchísimo menos odiada
y oscura.

CIUDAD TERMINAL

*A Stanley Muschett, ciudad de Colón,
en la vertiente atlántica del Istmo.*

No sé qué pudo haber sucedido
con esta ciudad
pareciera que se la hubieran tragado los lobos
con sus perfectas manzanas
sus parques rectangulares largos desprevenidos
sus viejas gordas vendiendo frituras
a las salidas de las cantinas

ésta es una ciudad gris como una nostalgia
como una pálida postal
amarillenta fuera de foco
aquí se habla en una lengua que no entiendo
—que sólo entre ellos entienden—
apoyados contra las paredes cautelosos masticantes
tristes terminales
de ojos vidriosos y lejanos

esto se parece mucho a la melancolía
a la resignación
a una forma de morir despacio
sin ninguna prisa

qué ciudad es ésta
por dónde respira
cómo dijiste que la nombran

qué estuvo sucediendo aquí en tantos años

nada llega a moverse realmente
todo ha estado detenido quién sabe desde cuándo
se espera el tren de las cinco
como una irremediable costumbre como algo inequívoco
puntual uno se va por el Corredor
en los mismos autobuses con el mismo olor
las mismas complicaciones los mismos letreros
y luego uno regresa para volverse a ir

aquí la gente pareciera no amar
están drogados alguien los adormeció
les impidió el crecimiento
le puso un alto a su historia a sus calles
les tapiaron el corazón

cómo se vive en esta parte
de qué manera atardece
cómo se permite llorar

esta ciudad pareciera haber caído
esto es de pánico
de miedo.

DE MONSTRUOS Y PALOMAS

Cuando Frankenstein se le fue de las manos
al famoso doctor
quedó demostrada una vez más la autonomía
mortal de los monstruos
y salvo error
hay monstruos de un sólo ojo
o de dos
pero de enormes manos e imbatibles
o sordomudos
o envueltos en gasas como momias egipcias resucitadas
pero también los hay como aquéllos
que te alargan la mano
para estrechártela y te rompen los huesos del corazón
y te chupan con un carrizo
todo lo rojo y todo lo gris
y le ponen una marca registrada a tu estirpe
y a los descendientes de tu estirpe
monstruos que se autonombran como tus amigos
tus vecinos
y se instalan en sus toldas en tu tierra
y en tu sol
monstruos que cavan como topos
y vuelan en reactores cuidando su madriguera

monstruos que crean monstruos
y se doctoran en cibernética para seguir perfeccionando
la técnica
de hacer desaparecer de sus organismos las lágrimas
y el amor
y proliferar la prehistoria en sus dominios

monstruos que construyen esclusas exclusivas
que sonríen y negocian y disparan con silenciadores
o sin ellos
de noche o sin ella
con niebla o bajo la luz

monstruos frankensteines que se quedan con el agua
con pedazos de tierra con la Tierra entera
que ponen cercas
que aprendieron a firmar tratados muriéndose de risa
que parten países por la mitad
y en el charco se bañan como en su piscina privada

monstruos que toman al pie de la letra
las Sagradas Escrituras:

«Ayer, hoy y por todos los siglos»
y que acantonan a miles de autómatas
en un espacio reducido como por arte de magia
pero también con portaviones y cargueros

monstruos que no duermen
porque le temen a su propia monstruosidad

monstruos amigos entre sí que juegan a prender fogatas
a ver cómo arde la ciudad el pueblo el país
los países enteros

monstruos que todo se lo tragan
sin eructar
con suma alegría
que se masturban con aparatitos contruidos
en serie
y para todos los gustos

monstruos que heredaron las torturas del medioevo
y las centuplicaron en la contemporaneidad
que se visten de saco y corbata
y regalan becas subsidios invitaciones
para conocer su laboratorio central
y sus últimas instalaciones y personajes
incluyendo al Pato Donald y *Disney World*

monstruos que inventaron la *Pan-American*
la *Coca-Cola* gigante
y difundieron la píldora en regiones vírgenes

monstruos que conducen rebaños a los hornos
ya sean veintidós
o miles de acuerdo a las necesidades

monstruos con banderas
distintivos
calcomanías

monstruos borrachos y sifilíticos
a lo ancho y largo de todos los puertos
viudas de monstruos
padres de hijos monstruos
la monstruosidad en persona
sonriéndote con el labio superior
y escupiéndote con el inferior
dándote palmadas con una mano en el hombro
y haciéndote polvo las entrañas con la derecha

monstruos que revolotean sobre la presa
como aves de rapiña
y supersónicamente caen hasta penetrar la piel

monstruos que escriben la historia de su era
y lavan con agua bendita sus vestiduras
y se abren el pecho
para que las futuras generaciones espaciales
vean sus limpias inmaculadas y puras
almas de palomas.

ALEGATO DESDE LA TIERRA

Está dicho que la tierra no debió ser partida
ni partidos los continentes
ni los hombres
ni la piel de ninguna patria

está dicho que la tierra partida de mi país
tiene dolores intestinales por cada barco que cruza
y cada compuerta mecánica que se abre y se cierra
vacía y llena de mar
—de ambos mares—
de canales
y de heridas marítimas

que es lo mismo que una tierra alegando
que las piedras y las algas alegando
que los peces y los sueños muertos alegando

está dicho que hay que decir que la tierra debe ser una
por la paz de las espigas
los subsuelos
los niños que vendrán esperando uniformar el amor
y la vida
y el horizonte que también debe ser uno
sin fracturas
sin remiendos
sin arreglos
sin justificaciones

pero estamos diciendo que mi país
es una tierra partida
donde nos saludamos de una orilla a otra de las compuertas
y uno sabe que la división terrestre
las aguas indóciles no podrán nunca unirla

porque en mi país
hay una bahía donde los barcos esperan su turno de cruce
 como puñales
o bisturíes acorazados
las veinticuatro horas del día

porque en mi país
hay un gobernador extranjero
que custodia la herida para que no cicatrice
en nombre de un Canal para Beneficio del Mundo

y porque en nuestro país
hay un pedazo de tierra húmeda y negra
como una larga avenida acuática
de luto y de rencores.

II.
LA JAULA TUMBADA

1.

Cuando no era tribu la tribu
sino sólo pequeños seres acosados por la noche
y el rayo

cuando no era la tribu
sino sólo acorralados hombres en jaulas
sin comprender la jaula
ni la noche
ni el rayo
pero sí sus dolores intestinales por el hambre

cuando no era tribu la tribu
sino la reunión amorfa del dolor y la miseria

cuando se miraron las manos
cuando vieron sus heridas
cuando conocieron la jaula y las jaulas
cuando descubrieron quién era el domador
y quién el domado
y el potro y el jinete
y la noche y el día
y el rayo y el fuego

cuando la tribu se hizo tribu
y comenzó a cortar el bambú
y a parir hijos como luciérnagas preñadas
por la fatiga

cuando dijeron que eran la tribu
que se había amalgamado unido fundido
penetrado abrazado enredado sobre sí misma

el cacique se sintió contento

los hijos del cacique cuidaban los potreros
el arroyo la fauna el territorio
a su padre su estirpe sus mujeres

cuando la tribu dejó la jaula
y respiraron todos sus miembros a pulmón abierto
por un instante
la libertad y la alegría

en ese mismo segundo
alguien miró de reojo al cacique
y le gustó enormemente
su forma de levantar el bastón de mando
y quiso levantar el suyo
y planeó otra jaula.

2.

Ese alguien no tenía aún nombre
errante por los territorios de la tribu
planeaba el crimen el bastón el penacho
inquisidor homicida patricida
témpano
pensaba en los potreros la fauna el arroyo
y se decía: el cacique sin aguas ni caballos
ni jabalíes perderá el bastón
errante sonriente tramador
se decía: y sin hijos perderá el penacho

y ese alguien tuvo un nombre desde entonces:

robar matar suicidar
inyectar centuplicar desaparecer
corroer comprar podrir ahogar

y sus manos eran como ramales de sangre negra
y sus ojos como de una pus amarillenta derretida
y lagrimal

el alguien errante tramador asesino
el codicioso alguien del desear el bastón
siguió errando
hasta desear ya no bastones por bastones mismos
ni potros ni agua ni mujeres morenas de sol
sino la sangre
los huesos
la cabeza misma del cacique
y los hijos del cacique se le unieron en la tarea.

3.

Reunidos el errante y los hijos del cacique
planearon en consejo el crimen
y cada cual planeaba el crimen de los demás
porque cada cual sabía quería codiciaba
y vivía por el bastón de mando

pero antes del crimen colectivo
era perentorio el crimen individual
del padre cacique bastón

y se hicieron a la tarea
y todas sus manos aguas potros
fueron igualmente salpicados de sangre
pero para entonces el cacique descubrió la jaula.

4.

El cacique medita largamente
sobre la vida de la tribu
el cacique está serio
el cacique no sonríe
el cacique suda sangre

los hijos del cacique planean traman
tejen justifican acomodan buscan
explican
desean heredar el penacho de plumas blancas
y gobernar el territorio del padre muerto

el cacique medita largamente
el cacique conoce el corazón
la manera de ocultar la mirada
la choza el arco el puñal de cada hijo

el cacique busca
el cacique sólo encuentra coágulos de sangre
en las válvulas del pecho de cada hijo
piedra en sus pupilas
tierra entre sus uñas
mira la vida de la tribu desde lo perpetuo
y rompe a llorar

el cacique no teme a la muerte
sino a la vida que no hubiera querido dejar:
la vida mezquina la vida sin perpetuidad
la vida hondamente apuñalada
la tibieza plana de la traición
la cegadora luz del poder que divide
y la manera de rabiarse de los hijos perros
sobre sus carnes y sus manos ya sin vida.

5.

De cara al espectáculo de su propio crimen
de cara al horror de sus hijos
ahora también errantes
despreocupados por los potros el agua
el territorio
preocupados por los talones los homóplatos
las vísceras del cacique padre

de cara al llanto de los hijos de los hijos
que aún maman de sus madres leche agria
ácida porque se han vuelto las mujeres cómplices
de la matanza que traman sus varones

de cara a tantas caras

el cacique reúne a todos los guerreros
en el centro del campamento de la tribu
y reúne junto a él
a los reunidos en torno a su muerte

el cacique pasa revista
mira cada pie
cada parpadear
cada temblor

y selecciona un puñado de ellos
no los más fuertes no los más jóvenes
no los más altos
no los más sabios y viejos
sino los más austeros tiernos y fieles

el cacique y toda la tribu
las mujeres
los hijos de las mujeres esposas de hijos
escribientes esbirros sacerdotes
Sumo Sacerdote
y él mismo sobre sí mismo sin pestañear

el cacique y su muerte hablan
y la tribu entera baja la cabeza
el cacique descubre en alta voz la trama
y la tribu entera está advertida

el cacique seguirá siendo el cacique
y su muerte su muerte
y su bastón su bastón
y sus guerreros sus guerreros

pero los hijos errantes se miran
replanean reordenan repiensen
reinterpretan la advertencia
y comienzan las alianzas nuevas.

6.

Cada hijo da vueltas por su choza
fijo en su padre sus hermanos
las posibilidades incondicionales
las posibilidades de triunfo de penacho de vivir
de morir

cada hijo decide entonces sus dominios
dentro de los dominios de la tribu

uno a uno convencen parte de guerreros ancianos
esposas niños escribientes sacerdotes
cada uno por las noches construye lanzas
esconde guerreras pectorales
prepara cantimploras de piel
conversa con su escribiente sobre los hechos
la falsificación de la verdad
la autenticidad de la mentira
la versión oficial del triunfo
y el escribiente escribe con ahínco
y de antemano
el pasado el mundo mismo el porvenir
el instante de escribir lo escribe

y los hijos siguen en la tarea
se mienten unos a otros
prometen promesas que no cumplirán
sonríen sonrisas que detrás de los dientes
son muecas burlas trampas
alianzas que traicionarán

los hijos
pequeños caciques dentro del territorio
del cacique padre
cachorros de cacique
dividen parten seccionan
autopsian la tribu
y la tribu es como un cadáver completo
partido a trozos
sobre la piedra sacrificial.

7.

El cacique también da vueltas en su choza
el cacique que nunca alió
que distribuía el patrimonio de la tribu
entre la propia tribu

el cacique que antes se sentía contento
cuando bajaban del monte los guerreros
con un jabalí dorado como el cóndor dorado
que le cuelga del pecho

el cacique que como un niño disparaba
su lanza a una pantera en celo de hambre
y ahuyentaba el peligro de su territorio

el cacique que antes de antes
era como un pescador sereno en el arroyo
preocupado por el futuro

ahora y desde ahora
también planea evitar su muerte
y concluye con la mortandad de los asesinos:
asesinar a los asesinos
es tanto como asesinar su muerte

el cacique ya no llora
no tiene lágrimas
vio pestañear a sus hijos
vio su hondo apuñalamiento
y entre sus guerreros
ni uno sólo de sus hijos tendrá cabida.

8.

El cacique y el sumo sacerdote
comentan deslindan
el sumo sacerdote vaticina lo que le conviene vaticinar

el cacique escucha
el cacique concluye que el sumo sacerdote
también ha pestañado
y que como un escribiente más
ha querido escribir el porvenir con su puñal
un puñal largo y atemorizador
pero el cacique no se atemoriza
y ya sabe que además de sus hijos
en la choza del sumo sacerdote
también telarañan su muerte

el cacique que antes perdió un meñique
en una cacería ejemplar y buena
ahora quiere todos los meñiques
y todas las paredes intestinales de los asesinos.

9.

De raíz
la dismantelación del monte de raíz
la limpieza del territorio de raíz
y el dolor de raíz
el soporte del dolor
y el soporte del soporte como una costra
de raíz
así el cacique emponzoña el corazón

así el cacique pierde el brillo
se agrisa
se empequeñece como un cachorro más
pero con colmillos más filosos
y la tradición de los colmillos
como colmillos de serpiente

así de raíz
también los hijos el sumo sacerdote
los guerreros
las mujeres
los hijos de los hijos
los esbirros
sin importar edades sexos distancias
colmenares dolores muertes
o impaciencias
la tribu entera contra la tribu misma

la tribu tribal en estado de tribu tribal
todos en la plaza en el centro
en el territorio
en las jaulas y las jaulas cerradas

las hienas cacique hijos sacerdotes escribientes
sumo sacerdote mujeres e hijos de hijos
de cara
cara a cara
todos los puñales los bastones los odios
la sangre los intestinos las vísceras
todos los tramadores telarañadores planeadores
asesinos y asesinadores
en el centro del campamento de la tribu
todos reunidos
por matar por morir por caer por no caer
la avalancha de todos contra todos
todo cae
todo se derrumba
todos se apuñalan y la apuñalan la vida
y apuñalan la muerte
y apuñalan el puñal
y apuñalan el puñal que apuñaló el puñal
y apuñalan al que empuñó el puñal que apuñaló el puñal
y todos los órganos internos al sol
toda la sangre junta al sol
la barbarie en estado bárbaro
la tribu bárbara en estado civilizadamente bárbaro
la muerte completa en estado completo
los cimientos más fuertes en estado terremótico
el terremoto en estado cataclísmico
el agua podrida
el potrero y los potros muertos
el territorio sin territorio
la tribu sin tribu
la jaula en su expansión máxima de jaula
las paredes de la jaula también hediondas
la jaula tumbada contra la lama

la tribu dispersa a trozos
la tribu muerte
todo muerto en estado de muerte muerta

y la invasión perenne
de otros millares de tribus sobre la tribu
y sobre sí mismas
como una larga e infinita cadena de apuñalamientos
contra la vida
hondamente apuñalada
y barrida por el silencio.

III.
OTROS POEMAS

SIMPLEMENTE UNO DICE

Simplemente uno dice no puede ser
pero la presencia de lo que es
evapora las lágrimas
el dolor que es la matanza que es
los perros que son
los aullidos de los perros
las mordidas la indigesta indigestión
la sonrisa perra de los perros perros
los ojos ocultos de los perros a la luz
devorando acolmillando el amor
acolmillando el abrazo
las manos juntas sobre una tierra junta
y unos hombres poderosamente juntos
con una alegría gigantescamente junta

pero los perros no saben del amor
ni del abrazo ni de la tierra
ni de los hombres y su alegría gigante
los perros acolmillan la vida junta de seres juntos
perros que apuntan y matan
una jauría se reúne y mata
los canes se confabulan para matar
y se echan a las calles hasta matar las calles

es como el horror
como la suma del horror más el horror

y es también como el luto como la noche
como la tristeza doblada sobre la angustia
como el miedo carcomiendo el pánico
como el silencio atragantando los gritos
como las viudas arrastrando sus maridos
como los hijos arrastrando la viuda muerta
como los ancianos quedándose solos otra vez
sin hijos sin viudas sin maridos
sin nada más que un dolor anciano
envejecido por otros dolores también ancianos
como una casa derrumbada sin nadie dentro
y con un silencio como de tierra
y hiel
y polvo de huesos con sangre

simplemente uno dice no puede ser
pero la presencia de lo que es
evapora las lágrimas
y horroriza el horror
cuando los perros siguen a toda hora
a cada segundo a cada instante
en la tarea de escarbar en el pecho
del pueblo.

NYLON

Antes de nacer aquella mujer
y antes de aquellos ojos dulzones
y aquellas piernas angostas y flácidas
se escuchaba un radio un vociferador un cable
un televisor un hilo conductor un transmisor
que hablaba propagandeaba imponía
la leche que compraría la madre
y que tomaría la mujer
los pañales que usaría la mujer
sus primeras camisitas su moisés el hospital
el médico fulano aquel
cuando la mujer nació
era de rigor publicarlo en los diarios
darse el tono
el caché que dan estas cosas primerizas
cuando la mujer balbuceó sus primeras palabras
cuando ya caminaba los zapatitos
las medicitas el adornito
se compran aquí y allá
según se le ordenaba a la madre de la mujer
y la madre corría y corría
el letrero *baby* el anuncio *madame*
el color exacto señora el zapato ideal doña
¿su niñita?
pase por aquí le vendemos todo lo vendible
no se preocupe
y el televisor la radio
otra vez el transmisor
y vuelta otra vez a la página del diario
al vendedor

y la mujer se hizo una niña de cinco
siete nueve años
aprendió a leer
aprendió esa cosa fundida y apiñada de leer-correr-comprar
y la mujer niña de nueve años gritaba
mamá cómprame mamá lee y compra compremos
el trajecito el relojito
el dolorcito silencioso de papá
los bolsillos silenciosos de papá
que pasaban por el mismo filtro de la madre
y de la mujer niña
él mismo con sus palos de golf sus pantuflas

sus tabacos
su alegría al completar la colección de estampillas

y leer-comprar
correr correr
saltar de la silla y correr
caer de bruces en un mostrador vestirse de bruces
al revés
ponerse la camisa que dijo el radio
tomar el ron que dijo
y las ciruelas que dijo la voz la vocecita

y la mujer a todo vapor
a todo correr
fue al colegio
corriendo pasó la primaria
la secundaria
comprando y leyendo y oyendo
a diestra y siniestra siniestramente
usando lavando desinfectando alumbrando

al tambor de la vocecita del transmisor:
comprarás usarás vestirás anhelarás

la mujer se instalaba en su mundo
pero de cuando en cuando se preguntaba
si no se habría equivocado de puerta
pero iba a una prisa vertiginosa
el colmo de la vertiginosidad a cumplir la orden
la vocecita el transmisor la puntilla
sus manos de colores sus uñas
sus piernas flácidas envueltas en *nylon*
su cabello café su cabello pelinegro
su cabello rojizo

y sus ojos como arañas
sus sombras de ojos
los ojos de sus ojos de color gris
y su peinadora de todos los frascos
tamaños formas
el armario el padre la madre
la casa toda el dolor todo la tristeza toda
la dulzura y el silencio todo
escuchando la vocecita leer-comprar
oír-comprar transmitir-adquirir lucir-pagar

la mujer hecha mujer
la mujer a todo correr dentro del mundo suyo
de bandazo en bandazo
de oficina en oficina
corría invitaba a correr-comprar-adquirir
la invitaban los demás que escuchaban también la vocecita
todos juntos y ella sola
a solas la mujer se invitaba a seguir

toda ella siguió la siguieron
la hicieron seguir

y cuando en plena calle la mujer tuvo hambre
deseos auténticamente estomacales de comer
oyó la vocecita que salía de un letrero
y el letrero también ordenaba:

entró serena a comprar un *sandwich*
en una máquina surtidora
y la puertecita del compartimiento de *sandwiches*
le golpeó fuertemente la mano
porque no la retiró a tiempo
y empezó a sangrarle cada dedo de repente
empezaron a sangrarle los cabellos
empezaron a caérsele los cabellos sangrantes
ahí aún de pie
empezaron esos pequeños dolores acumulados
esa suma de vocecitas letreros radios televisoras
transmisores
aumentando y aumentando
y todas las articulaciones perdieron movimiento
la mujer empezó a partirse a trozos
la clavícula se desprendió de sus hombros
todos sus dientes se le vinieron a la boca
todo su estómago trituró los dientes tragados
todos sus jugos gástricos
se volvieron como trocitos de vidrio
cortando todas las paredes interiores de su cuerpo
y cada célula cada ojo cada párpado
cada seno se corría huía de ella
se centrifugaba de ella
y la mujer se iba quedando así allí
calva rota despedazada hemorrágica

y su corazón explotó suavemente
con una explosión que la alcanzaba a ella
y cayó como desplomada como corroída
invertida sobre su muerte su muerte accidentalmente
programada
y su mano quedó allí atrapada en la puertecita
de *sandwiches* como un *sandwich* sangrado más
bajaron su mano
la pusieron sobre su pecho
y la mano se hundió como en una tierra movediza
y dolorosa
y como en otro tiempo y éste y aquél
la llevaron a enterrar lejos
evitando el hedor de la descomposición
de lo descompuesto
y compraron un pedazo de tierra
por conducto de una funeraria de un sugestivo nombre
y unas flores blancas grandes y blancas
como ameritaba la ocasión
e insertaron un anuncio necrológico
en la página social como en aquellos años
de su nacimiento

y siete años después
un responso por su alma su cielo su bondad
se oía en la iglesia de Santa Rita de los Milagros
y el cura
se metía en los bolsillos
sus treintaidós monedas de plata
mientras elevaba al cielo un cáliz
y una hostia blanca y pulida
como la complicidad
y el paraíso de los cielos.

ERAN LOS AÑOS EN QUE TODO PARECÍA BIEN

Eran los años en que todo parecía bien
en que mamá era demasiado joven y alegre
y reía a cada pirueta nuestra
porque ocurre que siempre una madre ríe con amor
cuando uno es capaz
de introducir la cabeza entre las piernas
y rodar
hasta caer en un gesto marcial
esperando el aplauso
o el beso de rigor para tanto riesgo involuntario

años de decir:

 «Abuela, déme cinco centavos para una soda»
y la abuela
revisaba tu medio metro de estatura
y tus zapatillas
y tu pelo alborotado
mientras abría su carterita envuelta en un pañuelo
y recibías dos veces tus cinco centavos
y también había un beso para las dos veces mamá
que tuvo la resignación
o la virtud suficiente
para hacer soportable su soledad antes de los cuarenta años

(a propósito hubiera sido amable a la vida
que pudiera recordar con exactitud
el rostro de mi abuelo
construyendo una casa que nunca construyó)

eran los años en que los amigos
eran sólo un apodo
correspondiente a su esencial característica

y uno jugaba a la felicidad
cuando no había otra cosa que ser feliz
por decirse miembro activo del nombre de una calle
de un barrio
de un pelotón de bicicletas que llegaban al Ancón
bordeando el Hospital Gorgas
y se sabía que por todas partes estaba horadado
pero eso no tenía sentido
porque eran los años en que la pendiente del cerro
era limpia en su caída
y en su asfalto
para cualquier bicicleta y cualquier niño
que a duras penas podía comprender de Canales o Tratados
o Relaciones Internacionales entre los países del continente

eran los años de otros intereses
de Anáis vestida de azul
mirando de reojo
nuestra forma de barrernos en la primera base
después de un *hit* espectacular al campo corto
donde mi hermano dejaba pasar la pelota
ya no sé si por mí
o porque fue siempre un torpe beisbolista

años de escuchar que alguien maldecía al gobierno
o se dedicaba a argumentar
durante dos partidas calisténicas de dominó
todas las incongruencias de los dirigentes políticos
y uno prefería dejarlos en su dominó
y en su política inaudible
para dedicarse al serio trabajo de comprar bambúes para el pandero
que elevaríamos detrás del colegio de monjas cerca de la bahía

eran los años
en que los años importaban demasiado
y uno cambiaba de edad para hablar autoritariamente
de cosas que realmente desconocía
pero que era necesario fingir conocer

años para desesperarse
porque en el *Tropical* una película prohibida
para menores de veintiuno
estaba a mil centurias luz
de nuestros pelos ausentes en el pecho

eran los años
en que los domingos la ciudad y la melancolía
como las cariátides las estatuas
y las escalinatas
nos dejaban sentados al pie del carro de papá
mirándonos las puntas de los pies
y pensando en ese viaje que alguna vez haríamos
alrededor del mundo
o quizá algo más simple y cercano
como la resolución de preguntarle a Federico
el significado de las palabras: Fraude Devaluación
Sistema Capitalista
Hábeas Corpus

y tantas otras que a cada vuelta de esquina
escuchaba
y grababa en mis recuerdos vacías de contenido

eran los años
de los desfiles del 3 de noviembre
de la Patria
que quería significar bandas tricolores en las calles
discursos televisados
recién fundadas las televisoras nacionales
toldos con olor a sudor rancio
a colorete rojo
y a música tropical para tropicales

uno no era más que la pura necesidad de crecer

y los años
eran una lenta sucesión de soles
cayéndonos en la nuca
en un mediodía incommovible.

ACORRALAMOS EL CORAZÓN

Porque hoy como otros días me vuelves
a la memoria
y yo contigo a tu lado pateando calles
siguiéndote a todas partes
con aquellas tremendas preguntas
sobre el mundo y sobre la vida —Luis—

entonces éramos inseparables compinches
que soñamos abrazarnos con cualquier cosa
recuerdo que dejábamos abandonados al tiempo
muchos proyectos
porque era fácil olvidar
porque quizá en la soberbia de nuestra niñez
había una pobreza insuperable que nos entristecía
y nos acercó muchísimo si bien recuerdas
si bien me recuerdas detrás de ti
vigilando cada uno de tus pasos
aprendiendo tu lenguaje tu manía de gesticular
y de dolerte las cosas

entonces no éramos más que una muchachada
corriendo contra la luz

qué habrá sido de ti —Luis—
dónde habrá quedado tu última manilla
tu primer gol
tu singular *jab* a la mandíbula que tanto admirábamos
tu manera de reírte de los viejos
de imitar sus chocherías su lujuria ante las niñas
de los parques
y aquellas historias que escuchábamos

con los ojos desorbitados
sobre lo que eran o lo que debían ser
las cosas de entonces

y ahora que te traigo a la memoria
vestido de niño sucio
como en aquel estadio donde nunca atardecía
pienso que a estas alturas
en algún sitio
con alguna mujer parecida a aquéllas que inventaste
estarás como yo —Luis—
pagando tu cuota de recuerdo
sin saber a ciencia cierta de qué forma
en qué momento fue la traición el desencanto
la pérdida misma de nuestra niñez
el tamaño de nuestras lágrimas
los desproporcionados días en que estuve siguiéndote
por las calles
un poco más acá de la dicha

y un poco más allá —Luis— de las veces
que acorralamos
el corazón.

ESE OLOR A HOSPITAL
QUE A VECES TE LLEGA DE LEJOS

Estoy imaginándote de médico —Federico—
a tus veintitantos años
y la verdad es que no puedo
la verdad es que te usurpamos la medicina
las ranas disecadas
tu juego de bisturíes
tu afán de entrar a la pre-médica
y en cambio acepto tu calvicie prematura
tus sueños a medias
tu cuenta bancaria casi siempre en bancarrota
y tus ojos acostumbrados al calor de los ácidos
a la oscuridad
a la magia del papel fotográfico
(con eso te ganas la vida ahora)
a tu agrio carácter
y a ese extraño parecido ese aire que guardas
ese corte de cara inconfundible
del viejo
que también fue una de las cosas que heredaste a tu pesar

me entristece el recuerdo —Federico—
te lo digo así sin más
como si fueras aquel institutor
bajando las escalinatas
con la mayoría de tus libros prestados
con precoces preocupaciones
como aquel Enero
en que te perdiste en la multitud de estudiantes
y por primera vez temimos a la muerte

y te buscamos en la morgue
en los caídos
hasta que providencialmente apareciste el día once
en la tarde
con un miedo amarillo
y un hambre en el fondo de tu boca

eran días en que te vi crecer a solas
en que nos evitabas
a pesar de que éramos hermanos

te lo digo así
porque sé que entenderás
porque reconoces este oficio de la palabra
para hacer declaraciones
acercarme a ti a decirte a comentarte
que mira tu matrimonio tu mujer
el tenis los cortos viajes
eso no iba contigo
no te disculpes con la clase media
no exclames que la sociedad
que el ciudadano que la injusticia
que lo de uno es de uno
no tú —Federico—

yo bien sé lo que ocurre:
uno intenta arrancarle a la vida
uno dice que tiene derecho se lo ganó sufriendo
se lo gana cada día a la brava trabajando
pero por favor —hermano—
no te olvides que tenemos una cita pendiente
para cualquier día inesperado
una hora de desnudez
en que quisiera como ahora

marcar la tarjeta de entrada y salida
a lo que eres
a lo que fuiste para aquellos años
con la irrespetuosa manera
con que te disparo al pecho esta extrañeza capilar
y esta certeza —Federico—
que van dando los días al golpear
en nuestras renunciaciones

y en ese olor a hospital
que a veces
te llega de lejos.

IGUALMENTE DESESPERADOS

Ya ves lo que cuesta vivir encaramado
sobre este siglo
sobre este país apretado escurridizo
donde hemos crecido
y donde fuiste de aquellas mujeres
que salían a la calle a gritar a toda voz
que viviera el gobierno
los copartidarios todos los fulanos
los ministros
los amigos importantes

eran tus caudillos las reglas de oro de la repartición
las formas exquisitamente tergiversadas
de contentar este pueblo
las borracheras en las colas de las urnas
los candidatos los discursos
los que empujaban siempre desde arriba

(recuerdo aún que levantabas ambas manos
cuando relatabas tus historias de mecedora
e imperdonables canas)

ha ocurrido sin embargo
que hoy prefiero pensarte como la anciana dulce
la viuda
que perdió a su marido de una perdida mina darienita
de la que nunca se sacó nada

te prefiero como ese monumento vivo
que casi no notábamos en casa
que dejó de hablar como anticipo
a la soledad que vendría después

pero te amábamos
eso lo sabías nos descubriste la ternura
en un abrir y cerrar de ojos
la misma que hasta ahora no nos abandona
por la confianza
por la explicable creencia
por el futuro por el hombre

pero cómo no te perdonó el tiempo
cómo perdiste aquella guerra
cómo se llenaron las esclusas de tus bronquios
con los meses
cómo dejaste de toser de pronto

creo que fue para entonces que supimos
que no sería fácil
que esta ciudad tenía un raro parecido a ti
y que también había otras muertes
en otros lugares
más estrechos más vacíos quizá

y otros momentos más horribles
otras sirenas de ambulancias llevando ancianas
y otros mundos —abuela—
igualmente desesperados.

RECOPILACIÓN DE DOCUMENTOS

Hubo días tristes
en que ya ni lágrimas nos quedaron
cuando asumimos la tarea de leer los hechos
de cuestionar historias hacer balances
desempolvar papeles nacimientos muertes
fortunas primerizas
testamentarias declaraciones testigos presenciales
y reconstruir tu nacimiento
en los viejos manuscritos de archivo

fuiste para esos días
una leyenda borracha de marinos y peces
un país imaginario
una tierra movediza echada en los hombros

fue para entonces
que llegamos a amarte realmente
a pesar de nosotros de nuestros odios naturales
de nuestras maneras de maldecirte
de no comprenderte y censurarte siempre
y censurar tus años
tus hombres tus ciudades
incluso tus dioses y tus iglesias

hubo días tristes
en que comenzaste a ajusticiarte
con documentos de primera mano
con rúbricas partidas
firmas extravagantes órdenes generales
con únicas verdades vedadas a nuestro tiempo

y en eso nos cambió el cuento dulce
de la patria feliz
la mirada reverente de fechas insólitas
las salvas alegres las frases eternas
los monumentos más solemnes que el reino de los cielos

y nos quedaste bastante desnuda
bastante engañada
vestida con ropas ajenas

y ya para entonces ni lágrimas nos quedaron
sino sólo un puñadito de papeles
como borrones a lo largo de tu historia.

LECTURA DE ARCHIVOS

Habiendo sido destruida
esta muy noble y leal Ciudad de Panamá
(noble y leal al imperio de la Corona Española
naturalmente)
a orillas del Pacífico y en la bahía del mismo nombre
y llevada a la ruina por el fuego
que devastó casas y haciendas y catedrales
el enemigo pirata que la saqueó por tierra
(y que en verdad no era más que un invasor de invasores)
tuvo a bien embarcar a la isla de Jamaica
en el mar de las Antillas
y en calidad de botín de guerra
a 300 esclavos negros y negras
y muchos de ellos libres
y 26 de éstos del Monasterio de la Pura y Limpia Concepción
de Nuestra Señora.

Se refrenda que el precio para ese entonces
de cada esclavo
ya fuere de propiedad particular o del Imperio
era de 500 pesos en el mercado y muchos más.

Desprovista la ciudad
de quienes hiciesen el trabajo de carga
y todas las demás obligaciones inherentes a una esclavitud
perfectamente concebida
y aceptada como una necesidad connatural a la conquista
y a la colonia posterior
y paralizada por su reciente destrucción y cambio de lugar
se solicitó como ameritaba el caso
la intervención directa de las autoridades de Madrid

y se pidió auxilio para un rescate por mar
antes de que dichos esclavos de lo cual se trata
prevaricaran de la fe
(y por supuesto antes de que los Nobles holgazanes
de esta ciudad desesperaran por completo)

Por la salud de Vuestra Majestad
y así como la christiandad ha menester
en Panamá y Diciembre 24 de 1673
(hay una rúbrica).

ACLARACIÓN DE INEVITABLE RIGOR

Uno deja los pupitres a solas
los tableros
su pose de ojos desorbitados
sus memorizaciones de madrugada
sus frases hechas triunfales de puro ingenio
incluso sus héroes de mil guerras
las fantásticas historias de países ilusorios
congestionados de esclavos rebeldes
y los otros (los de la derrota)
envueltos en llamas borrados de antemano
uno deja los caballos imperiales
a las puertas de ciudades tomadas después de cercos
de sitios de sed
y resistencias
desmemoriza inquisiciones repartos canonizaciones
cismas espadas y cruzadas
mundos divididos en nombre de ideas celestes
y fornicantes
olvida todas las amantes de todos los emperadores
las sortijas envenenadas los muertos en la nieve
uno comienza a desconfiar de las luces
del Siglo de las Luces
de las pelucas de los jueces
el rapé el afrancesamiento su bienamado siglo XVIII
los alfileres de diez millones de ángeles
y la metafísica manía de pedir socorro

y se para firme en su siglo
se instala en su edad
en el mundo que le dieron a fabricar
en su guerra ante los herederos de los imperios

de las muertes portátiles
y las ordenadas legiones
y los centuriones de escritorio y retaguardia

uno se instala en las nuevas divisiones
los veredictos
los piratas en acorazados y portaviones
en los babeles rascacielos
y en las mismas viejas mentiras
(después de haber sido computadas las probabilidades
del engaño a conciencia y con refinada técnica)
en el centro de la paz más remota
y los desarmes y desequilibrios mundiales
en los pueblos de madera y vegetal
en los peces insomnes de las bahías invadidas
en los hombres cada vez más parecidos a la tierra
en las hambres al aire libre
las hambres fílmicas
las hambres lacrimógenas

y es entonces que uno estalla.

SE ME ESTÁ ENDURECIENDO LA TERNURA

Se me está endureciendo la ternura
no fueron ciertas
todas las cosas que creíamos ciertas
ni fueron ciertos todos los amigos los abrazos
los amores los adioses
ni siquiera esta ciudad que ahora desconozco
por vez primera
esta ciudad que me ha hecho entristecer
como un extranjero recordando otra ciudad
y otros muros
otras calles otros rostros
y otras canciones

se me está endureciendo la ternura a cada paso

ando serio y melancólico
decididamente defraudado y defraudante
quemando sueños en una pira individual
oyendo voces que parecen hablar de un día
que perdió su capacidad de ser vivido
un día trasapelado de voces apretadas
 raqúiticas
maquilladas con algo de traición
y rendimiento

se me está endureciendo la ternura como piedra

he visto envejecer lo inenvejecible
he visto derrumbarse líderes propuestas historias
mujeres moribundas
he visto a mi país entero entrando a esta casa

a mi país entero gritándome dándome de bofetadas
quedándose en silencio
jugando solitario con las manos
 rendido
he visto sus epilépticas contorsiones

y la ternura dentro endurecida piedra
la ternura cárcel
la ternura seca atragantada difícil
la ternura bala abaleándome.

HOY LA PATRIA DESNUDA A LA INTEMPERIE

Hoy la patria desnuda a la intemperie
bajo esta lluvia de diciembre
y mar
y río
y humedad
y rendimiento de otras muertes

hoy la patria desnuda cabizbaja a la intemperie
preguntando por los niños
las sonrisas dilatadas de los ancianos
que presenciaron su nacimiento
los asombros de hombres separados
a ambos lados de un mismo mundo
y las ciudades que dejaron de crecer
cuando fueron tomadas por los invasores
y quemados los manglares los pájaros de bajo vuelo
y los sueños

hoy la patria —vida mía— desnuda a la intemperie
disminuida por el frío
y tus manos vaciándose en la espera
y tus ojos contra la tristeza
y tu piel un poco acostumbrada a la noche
y al silencio
con olor a canela suave
y a azúcar

y la patria desnuda cabizbaja ronca
de llanto y lágrimas
un poco olvidada por nosotros un poco dejada atrás

y también tú a la intemperie
frágil en la sonrisa en los adioses
en los recuerdos diarios
extendidos delgadamente como nuestro país
incompletos como nuestras divisiones
con la patria a flor de labios
amorosamente amada en los cabellos café
parecidos a esta tierra hermosa
y nuevamente adolorida

hoy la patria —amor— desnuda triste
en una intemperie también tristísima
desoladora
y lo bastante dura como para no pregonar olvidos
perdones
y reajuste de cuentas por los años anteriores

y esta lluvia de diciembre
de intranquilo mar
y río
y humedad
y rendimiento de estas muertes

hoy la patria desnuda a la intemperie
como tus manos vacías
y tus ojos oscurecidos
como una patria ruidosa de niño
o de un anciano dilatándose en sus recuerdos
más felices y cenicientos
o de un gesto involuntariamente franco
de mujer
que solemos amar.

PAPELES COMO FÉRETROS

Uno regresa a contar sus muertos
a limpiar su muerte
a no dejar huellas del sitio en que cayeron
de la bala que perforó la piel
del día que fue penetrando hasta el bajo vientre
del gatillo que cedió contra la vida
contra la alegría de haber creído siempre

uno viene solemne incólume
endureciéndose con el recuerdo
con esas lágrimas de ancianas que no conocimos
con un decaimiento de hombros
y esa manera de ser invadidos una vez más
de ser asaltados en las plazas
en los callejones sin luz
en las bocacalles donde choca el amor contra el amor
y en las avenidas donde no es posible olvidar
donde todo sigue tan presente tan inalterable
tan cierto

uno regresa a sus muertos
en medio de la llovizna
vuelve a saldar sus deudas
a poner en claro
a manifestar las garrafales pérdidas de entonces
lo que explotaba cada día en el mundo
en alguna parte del miedo
de la rabia que fue preciso padecer
y en lo que heredamos una tarde felizmente
y hoy cargamos como una contraseña
conocida pública inevitable

uno regresa a contar el polvo
de sus muertos

a saber que efectivamente murieron su muerte
a no engañarse
a no dar falsas noticias para la resignación
aunque se nos venga encima esa especie de seriedad
de atascamiento en la garganta
y de malditos búfalos atropellando el tiempo

uno vuelve con la certidumbre del rostro
de los asesinos
con el odio agarrado de las manos
con la certeza del corazón
con el color de la sangre
con la transparencia de los hechos

y con la acusación más grave
la condena más feroz
y el recuento de los nombres más largos
y los días más pesados.

SE TRATA DE NOSOTROS

Podrías dejar para otros años este batallar
las lágrimas ácidas
las torturas el sufrimiento la impotencia
los dolores detonando debajo de las manos

podrías dejar correr el tiempo
cerrar los ojos como para que la historia pase
como un fantasma
como una pesadilla
como un espejismo sin refractar la vida

podrías dejar la tierra
el surco el sudor la mañana triste
la mañana seca
la mañana perpetua de los gallos
tus heridas las arrugas la saliva el sopor

podrías descalzarte las uñas
no arañar no sentir
dejar el hambre a un costado del miedo
desfondar ollas que desfondó la vaciedad

podrías dejar de luchar
lo postergarías para después
para otro tiempo
y te tirarías llano salobre apantallado
a esperar como el avestruz

pero se trata de estos años
de estas lágrimas de ahora
de estos dolores de hoy

se trata de esta historia humilde
de esta tierra dispareja de esta tierra rota
de estos arañazos
de este desfondamiento

se trata de nosotros humillados abatidos
tomados por asalto
de nosotros con hambre
de nosotros sin ollas que sonar

y sobre todo de nosotros
que nos disponemos a llegar puntuales
a la cita
vivos a la vida
y terrenales a nuestra tierra.

RECONSTRUCCIÓN DE LOS HECHOS

(1973)

Premio Literario "Ricardo Miró" 1972
(Sección Poesía)

INCORPORACIÓN DE MUNDO

Uno cree tener un territorio un país
un pueblo grande un pueblo corazón esperanza
algo por lo cual dar la cara
las manos y las piernas

uno cree defender cosas justas exactas bondadosas
uno es capaz de romperse el pecho
a pleno mediodía en su lucha
en sus motivaciones en su amor verdadero penetrado

uno cree en su nación
se sabe de una patria y hay orgullo en eso
y uno la mira y se entenece
y dice que lo da todo
hasta que uno llega a la alegría

le habla a su mujer del sitio en que se entrega
donde nacerán los hijos
donde han empezado a morir otros tantos sueños
y otros tantos reinos que no se alcanzaron

y uno afirma sabe repite se aferra
carga en su morral todo lo que parece pertenecerle
con alegría con tristeza con soledad
con amigos que pronto dejaremos de ver
y otros que seguramente darán motivos para un reencuentro

uno cree que está incorporado
que anda en la vida con su lucha que quizá no terminará
pero uno cree
y dice que es lo importante lo fundamental
lo que debe hacerse lo que está bien
lo que sigue siendo bueno

pero a uno un día le echan de su territorio
le persiguen en su país
intentan cortarle las manos y las piernas
hacen que de verdad uno se rompa el pecho
que engolfe el amor penetrado de la sangre
que se llene uno de rabia
que huya y se esconda y que la patria duela en el escape
y que la nación que uno lleva a todas partes
la pisoteen la abran para ver qué tiene dentro

la asesinen sólo para tener la dicha de hacerle la autopsia

y uno sigue corriendo con su muerte de bayoneta
hasta que uno se para en seco
y ya no huye más no corre más
enfrenta decide
y espera que se dé la orden de disparar.

MARÍA RAQUEL DE BALCÓN A BALCÓN

María Raquel de nombre te pusieron aquellos desconocidos
que te vieron con los ojos en lágrimas en el orfelinato
tartamuda
perdida niña nombrando las cosas los juguetes
los otros niños

y te recogieron chiquilla en un acto humanitario
y contigo recogieron tu fantasía
lo más negro de tu piel tus moños cascabeles
tu primer y último traje

y desde este balcón te veo María Raquel en tu balcón
y como que de pronto vas a llorar
mientras ese enorme camión cruza debajo de tu boca
y tú le dice adiós
llevándote las manos a la cara como de vergüenza
un camión grande Raquel
cargado de sueños a las nueve de la noche
un camión que ruge desapercibido sin que sepa que tú lo miras

y por pura sorpresa de pronto te ríes carcajeas
y uno como que piensa que olvidas todo en el acto
como que nunca te queda nada para recordar
como que no pasó tal camión frente a tus dientes blancos
calle abajo como cajita de caramelos

Y María pobre retrasada fuera de siglo
sin circulación María negra empleada de empleada
barrendera sin razón
incomprendida
chiquilla de nueve años:

y vienen de no sé donde a hablarnos de humanidad
que fuiste recogida humanamente
con compasión con lástima con acto humano con delicadeza

pero mentira amorosa criatura mentira
se han olvidado de ti
nunca te conocieron
no te han nombrado no saben quién eres

y tú te vas a la farmacia a leer a escondidas las tiras cómicas
a conversar con el conejo Bugs
a verlo entre las zanahorias huyendo de Elmer Gruñón
y allí sí que existes María Raquel
aunque Eduvigis pasó a un metro de ti
conmoviéndose con el alma apretada al esternón
y sin dinero para comprarte un amigo paquín

pero ni Bugs ni una bandera plantada en la luna
después de un feliz vuelo espacial
son bastante cosa para tu corazón.

Y allí estás de vuelta otra vez
de regreso a la mirada melancólica perdida
otra vez en tu balcón
y yo me ando preguntando por tu historia
por tu nacimiento
tu nacimiento clandestino tu nacimiento viejo niña

si acaso te duele un poco el mundo
sobre todo si existe un mundo contigo si te queda grande
si eres capaz de sentir dolor así como te tienen
sin la oportunidad de pronunciarte
con la boca tapada

si estás viva María Raquel
si entiendes que estás vivita y coleando enamorada mía.

Hay un amor que todo lo está pudiendo pujando
trabajando bajo tus pies
devolviéndote la infancia
lo que te pertenece lo que no te dieron al entrar
tal vez por pobre tal vez por negra tal vez por tartamuda.

Pero no cabemos María Raquel no te dejan caber te tiran
y aquí quebrándonos aquí viéndote
aquí hablando Eduvigis y yo de ti de lo que seremos
de una primera cosa bella
quizá queriendo estar cerca uno del otro sin embargo
hablando y viéndote y sabiendo que no llovió como pensábamos
que era imposible que lloviera para ti.

Y que dormirás con un cansancio de nueve años
a pesar de que esta ciudad para esta época del año
para esta época remota de su historia
se puebla de mariposas
de mariposas libremente libres
y tú sigues negra
moños cascabel tartamuda incomunicada
barrendera
y con lágrimas inocentes bañándote de pies a cabeza por dentro
haciéndote hermosa
con tu mirada sobre el camión
con tu gesto adiós tu gesto corre tu gesto salta

hermosa chiquilla limpia
desbaratándonos con tus enormes ojos.

DIBUJO DE ALDEA

Hemos pintado todos los bisontes de la desesperación
en las paredes.

Esta ciudad duele como un grito a cuello pelado
en esta descompuesta ciudad desesperada
hay algo atascado en las calles
una minuciosa aglomeración de preguntas anónimas
de grupos de frustración a las salidas de la impotencia
aburridos solitarios
y veteranos de la soledad al pie de sus mujeres
que llevan años de no pronunciar una palabra

algo que no permite respirar el aire urbano
y que conspira en secreto del otro lado de la bahía
algo abrumado y piadoso que precede a la destrucción
como un ritual ante los últimos monumentos de la estirpe

algo parecido al miedo al asombro de la tribu
y a la mágica e inesperada presencia del enemigo

esta ciudad es una aldea melancólica junto a las aguas
trazada con la increíble precisión del olvido
una cenicienta aldea con sus madrugadas de rutina
con sus alborotados comentarios de oído en oído
sus murmuraciones primitivas inexactas
y sus tabuladas maldiciones

con sus sabios en las partes altas de las azoteas
como locos reconstruyendo una historia que otros escribieron
y sus pequeños poetas bebiendo a borbotones una tristeza
que de un tiempo a esta parte ha aumentado en las bodegas
en las alcantarillas
en los estadios con su muchedumbre tratando de vomitar
por la boca y las narices
un odio acumulado y viejo
un rencor que ha alcanzado las dimensiones de la dulzura
de la inocencia
y de un estado de prisión indiferente
desarmado y moribundo

esta ciudad aldea sin artesanos ni palafreneros
en plena catequización y descubrimiento del fuego
es una barricada de rostros esperando que algo suceda
que una inesperada maniobra un gesto inexpresivo
dé otra tintura de horror a las esquinas
un ruido distinto a los derrumbes a las resignaciones
a las caídas corpulentas de las tardes sobre el mar

esta ciudad aldea huele irremediablemente a tiempo perdido
a edificios públicos llovidos por dentro
a conjuros a humo a alcanfor

tal vez por eso todo desemboca en las playas
en los arenales
en las perturbaciones de las mareas
cuando esta ciudad triste insalvable confundida
hace sonar sus cuernos de caza
como una profunda expropiación del corazón.

SORAYA 23

*“La muerte puso huevos en la herida”
Federico García Lorca*

En Soraya 23
todo tiene un lugar
un nombre
una respiración
una forma justa intacta de ser
un motivo de prolongación
sabiéndose uno en casa
donde las mínimas cosas son conocidas
donde cada secreto fue develado
y la sonrisa fue como cincelada
pulida casi de otras bocas

En Soraya 23
la vida pone huevos en los rincones
para no dejar espacio para la muerte.

Aquí el tiempo tiene la monotonía del mar
que ha crecido desde siempre
con la infancia
después del deshielo de nuestros antepasados
y sus años distintos rumiantes
casi de fábula

aquí descubro los sueños marineros
del hermano menor moreno que también ha crecido
oyendo hablar de los hombres que han caído
o de los fantásticos países
donde ha llegado a pastar la guerra.

Hay sitio para una María proscrita a veces
que nunca ha estado
y que supongo en todas partes laborando
inventando las primeras horas
las primeras palabras agridulces
los primeros dioses que nos eternizarán

una María en el agua caliente del café
de cada mañana de los duros días
donde lo más dulce duele
y sonriéndome de todas formas
con esa larga ternura de lluvias en la mirada.

En Soraya 23
al margen del Pacífico
enclavados en la ciudad de paso
en la terrible ciudad de las razas heridas
tengo un sitio donde algo espera
donde refugiarme
blindado seguro casi fuerte
cuando golpean en otras partes
y nos derrotan
y algo amado se olvida cayendo
y nos rinde.

Aquí sólo bastaba la emigración de las hormigas
y un día detonaron su adiós a punta de trompetas

aquí empezó a morir la abuela
envuelta en el celofán de sus recuerdos
me vi crecer crujiendo
tomando la palabra
empuñándola
aprendiendo a dispararla

aquí escribí el primer poema a una novia triste
que nunca tuve
me dieron una cama donde descansar
un viejo libro donde un niño reconoció el hambre
y momentos instantes y tiempos
para dudar que hubieran caminos para la paz.

En Soraya 23
todo tiene un lugar
un poner de huevos
un desnudarse y reconocerse
un ya no callar.

Y una ventana pequeña por donde saltaremos
armados un día.

ESTA CIUDAD QUE PREGUNTA POR SUS MUERTOS

No ha sido fácil cargar a cuestas
con tanta historia

ha dolido someterse a los años

independizar el corazón
ha sido también una manera de desgarrarse
de aceptar las cosas vencidas
las derrotas más severas
las claudicaciones que todavía pesan en la renuncia
en lo que tuvo que quedarse como precio
como pago inevitable
como fórmula de saldar las deudas.

Uno mira su nación lo amoroso de su país

lo que se defiende cada día
aunque se sepa que saltará a pedazos
y uno saltará en el intento:

uno dice que lo que se tiene como legado
como herencia única
no es más que la suma de demasiadas lágrimas
de muchos sueños descompuestos inenarrables
los ademanes de tantas mujeres
al frente de la multitud
fertilizando con espaldas y piernas
la tierra que uno habita con humildad
el rostro incierto asombrado cautivo
de tantos hombres silenciados en la ceniza

la lluvia que nos cayó como un grito solemne

las contenciones de un pueblo oceánico
que no deja de levantarse a la vida
y esta ciudad que a media tarde se resiste
esta ciudad que pregunta por sus muertos
y nos oprime el pecho a pesar de todo.

PRIMER ASOMBRO

1

*“Y el Universo más infinito que nunca
más poderoso y firme
rugió en un esfuerzo colosal
y en medio del más portentoso Big-Bang
de los siglos inimaginables
apareció el hombre como culmen de la gran Creación.”*

Mentira —sabio— mentira
el hombre llegó en silencio espacio
sin hacer ruido
sin sospecharlo siquiera
entró a escondidas diminuto
con la espalda encorvada
y los ojos en tierra
huraño y solitario
y se refugió en un mundo pequeño distante
verde y acuático
y allí ha estado: perdido ignorado
tratando de dar el salto
abandonado al azar

el Universo no se expandió
y no hubo Big-Bang que alarmara a los astros
ni trompetas triunfales que lo recibieran.

2

Hay un principio para cada cosa para cada sol
un comienzo necesario imprescindible
en el inicio de los momentos y los instantes

en la primera huella
en el último gesto inexpressivo

un principio para cada cosa
en los panes de la mesa inmensurable
olvidada para el hombre

cada mañana una solitaria verdad
irreemplazable segura
albergando los años domésticos
tristes conformes
y un motivo para olvidarnos
espaciando los recuerdos
y esperando siempre alerta los regresos inesperados

desde el principio destinado para cada cosa
hay un dolor oscuro que baña nuestros cuerpos
y una soledad creciente
que se eterniza en los portales.

CARTA PERSONAL

LUISA: La abuela murió ayer
A la una y veinticinco de la tarde.

No creo que sufrió demasiado.

Sólo se fue y no tuvo tiempo
ni de cerrar los ojos.

Ayer —Luisa— en el pasado
y sólo en el pasado
porque hoy ya es tarde para decir que murió.

Eso sucedió ayer
en otro tiempo que se aniquiló
en un acto perpetuo con la muerte
y dieron los veintiséis minutos
y atrás quedaba un enorme recuerdo confuso
y ochenta y siete años
que se deformaron de una manera abrupta y casual.

*“Señor lo lamento. Debe Ud. tener calma.
La señora ha fallecido.
Nosotros hicimos lo que pudimos.”*

Y es verdad —Luisa— hicieron lo que pudieron.

Al fin y al cabo
no son más que hombres finitos con botas blancas
retando a una muerte millonaria y experta
que siempre gana la partida.

Pero los deja hacerse la ilusión
para engañarnos y luego darles el jaque mate final.

Se hizo lo posible
y al menos evitaron que sufriera.

La protegieron del dolor —Luisa—
y la condecoraron con un gran tubo
para sacarle la flema y no permitir
que muriera ahogada en su propia saliva.

Sería muy cruel.
Y a la una y veinticinco de la tarde
en medio de un calor que presagiaba lluvias
se cumplía la condena:

“Señora fulana de tal.
Ochenta y siete años. Viuda.

Nacida en Panamá durante la dominación colombiana.

Antes de la República
y del nombramiento de todos los Presidentes.

Mucho antes del Canal
que trajo consigo la muerte vestida de verde y blanco
y en conservas enlatadas.

Antes mucho antes
de que la Humanidad entera se volcara
a matarse en Berlín Moscú Praga París y Roma.

Y antes pero muchísimo antes
de que volaran en pedazos
las ciudades de Nagasaki e Hiroshima.

A las trece horas y veinticinco minutos
del día:
9 de mayo de 1971

Domingo
Sala 7
Piso 7
Cuarto 727."

FUNDACIÓN DE TU NOMBRE

Así como los dioses te designaron
a presenciar el nacimiento del mundo

así como llovió durante cuarenta días y cuarenta noches
y todo ser desapareció de la faz de la tierra
y tú sobreviviste

así como un ángel advirtió que Sodoma también caería
y otra mujer se convirtió en estatua de sal
y tú no volviste la cabeza

así como murieron tantos niños en la guerra desnudos
inocentes asombrados boquiabiertos
y tu corazón se hizo de lágrimas rojas

vas te diriges te esperan
avanzado el siglo veinte
disueltos todos los signos

te necesitan en alguna parte
se habla de ti en la mesa
te recuerdan con dignidad

alguien se rasgó las vestiduras
y le viste por dentro
sin nada que ponerse
y recién descubriste la soledad
cuando preguntaste por el hombre
y sólo pedíamos un poco de pan para nuestros cuerpos
algo pequeño para envenenar la tristeza
una mano para aferrarnos

y nos diste posada cada noche
y encendiste el fuego
y dispusiste la cena

y te nombramos María.

ADENTRO DE LOS PÁJAROS

“y volamos muy libres adentro de los pájaros”
Homero Aridjis

A cambio de nada mayo es un luto en tus ojos.

Un pueblo sin historia
y sin trenes
y sin hombres.

El exilio de un ciudadano sin ciudad
y el aliento de unos niños para siempre tristes.

Hoy es posible devolvarte la lluvia
que te negamos
la boca de los pájaros
el vuelo exacto por el continente pobre
que comenzó a crecer dentro de nosotros
como una manera de aguardarte
o como si la idea
de que nada nos abandone
tuviese todavía sitio en la memoria.

Hoy es posible devolvarte tus sueños de ser libre
en los huecos de las escuelas
y en las calles
y en los autobuses
y en la vida.

Todo se queda en esta monstruosa y bella edad
como en tus manos.

En el país perdido como el amor
y el amor que nos aprieta y nos confunde como el país perdido

A cambio de nada
mayo es esta dolorosa y diminuta verdad envejecida
todos los muertos que nos hicieron sobrevivir.

Estas bombas caseras en tu corazón de novia
y estos días de clandestinidad para el mundo
estos recuerdos que otros olvidarán
estas avenidas que antes tuvieron un nombre
esto que en un tiempo parecía ser el invierno

y estas esclusas cerrándose ante el alma a pleno sol.

ANDREA

Ahora pienso en Andrea
a quien nunca conocí

en Andrea con un puño en el corazón

vieja de espera
y que bien pudo llamarse María de nombre
como el cacao

pienso en Andrea porque llueve
porque hubo necesidad de amarla
de escucharla reír

porque nunca pude hablarle
de esta pequeña tierra adolorida nuestra
donde caben todas las tristezas

en la mujer de ningún poema
de ninguna casa al volver
de ninguna patria invadida interminable
de ninguna ciudad que aúlla de noche
y se muere en los pitos de las fábricas

ahora pienso en Andrea porque es preciso
pensar en la vida

y es tiempo de tomarla de la mano esta tarde
y preguntarle por el país que uno vive a ratos

por el lugar que nos acoge
y nos desangra
y también nos reconstruye

porque vamos a dar un golpe seco en el mundo
para que algo se rompa con el recuerdo
y nos aguarde un instante de redención
una gota de dignidad
para que no duela tanto un abrazo deshabitado

y Andrea María yo te bautizo
con el nombre de la lluvia.

SEGUNDO ASOMBRO

Hubo un tiempo
en que uno quería contener el amor
como quien contiene diques represas

uno quería el amor a manos llenas
deseaba distribuirlo
darle formas dulces

tenerlo en tierra como algo bueno
amable
como una esperanza al descubierto
o algo parecido a la alegría

uno quería que el amor
no se fuera de nuestra casa

que nos hiciera permanecer
que no nos abandonara
que siguiera creciendo en ti
y tuviera todas las necesidades
las protestas grandes
los irremediables vaticinios
de tu cuerpo demasiado joven para las lágrimas.

Hubo un tiempo
en que uno se dedicó a la tarea
de mirarte en el sueño

en tus cansancios
en tus ojos enormes cerrados
en el rendimiento de todo lo que proyectamos
y no se cumplió jamás.

En tus disgustos más humanos y verdaderos.

Uno quería el amor
a fuerza de viajar a contraluz
de posponer a diario tus deseos
y descubrir que mañana era algo remoto
desdibujado
sin posibilidades

y uno continuó mirándote
llena de silencios duros
de respuestas breves precisas
cargadas de impotencia

y uno supo que el amor
era algo húmedo rendido
con todos los agravantes de la tristeza
disperso en los días
como un griterío de pájaros ahogándose en la infancia.

DISOCIACIÓN DE LA TERNURA

No sé a qué hora comenzó a bostezar el mundo
ni cuándo acabará esta lluvia
esta lluvia fina lubricando derritiendo
esta lluvia de tarde
esta lluvia que llueve sobre mi país y lo entristece

no sé a qué hora supe que te quedabas en tierra
ni cuándo quedó establecida esa especie de adiós
de renuncia sin apego de civilizada madurez
para aceptar que vivíamos entre cosas viejas
que el amor había explotado y presenciamos su explosión
casi como hermanos
con una camaradería inexplicablemente serena

pero tengo la impresión de que en algún momento
en alguna parte escondida de la casa
algo se confabuló para dejarnos caer
para minarnos por dentro como esta lluvia
para inventar razones suficientes
explicaciones motivos
argumentos válidos
y para disociarnos de la ternura que recién alcanzábamos.

RECONSTRUCCIÓN DE LOS HECHOS

Sé que nunca he estado aquí
ni que nadie me ha visto desembarcar
porque siempre se llega desembarcando a este sitio
y se pone pie en tierra
pero nunca he pisado esta tierra
ni he visto a nadie
ni sé nada de las cosas que se han dicho que se dicen
que ha sucedido
ni cómo se ha amado
porque siempre se ama en alguna parte

sé que nunca he estado aquí
que nadie me ha recibido
pero sé que desembarcaré por alguna calle imprevista
de la niñez
con mi madre pariéndose de alegría en casa
porque mi nacimiento no sabrá a hospital
sino sólo al asombro de mi padre viendo todo el amor
pujando sobre el mundo

y que alguien me llamará una vez por mi nombre
que daré un primer paso
que alguna tarde inesperada alguien me escuchará hablar
y correrá a contárselo a todos
y desde entonces
me andaré nombrando las cosas
y tendré un juguete de madera que llegaré a odiar
un tren rojo que girará siempre en redondo
una sopa de lodo
que compartir con mi hermano mayor
y que veré a mis otros hermanos entrando a esta casa

en brazos de mi madre un poco menos alegre
y que habrá una multitud de vecinos
amigos frecuentes
cocineras
tías
que notarán mi crecimiento
 mis abultadas paperas
mis alfombrillas
mis dientes de leche debajo de las almohadas
esperando ratones que nunca terminarán de llegar con la moneda

 y sé que me comprarán un uniforme colegial
y me hablarán de una escuela parecida a un paraíso
y descubriré al poco tiempo
que una escuela será siempre blanca hasta sus sotanas
y que con los otros niños estaré hablando de Dios
de un Dios que supondremos
con una barba larga y con muchos nombres
Jesús Padre Nuestro Señor Dios Mío
primera comunión domingos de misa
y creeré que santa claus será también ese Dios bueno
regalón gordo todo rojo en su trineo como en las vidrieras

 sé que efectivamente me espera una infancia
una calle
porque siempre tiene uno una calle en la infancia
y un campo de pelota o de fútbol
para herirse las rodillas
y volver llorando
 y un juego de rayuela para conocer la tristeza
una navidad
un cumpleaños adecuado para aprender a soñar
una estrella fugaz para pedir con fuerza un deseo

y un verano
donde las clases serán suspendidas por vacaciones
y podré levantarme un poco más tarde que de costumbre
y sentir el alivio de que mañana no habrá tarea
ni autobús que esperar
ni que tendré miedo al flaco que siempre me quita la ventanilla
y que me empuja gritándome
ni enfermedades que fingirle a mi padre
ni la encarnizada hora en que por primera vez me sentiré solo

y en cambio
será la época de ponerle puntas de clavos a los trompos
de ver quién dice primero la marca de los carros
de pelear a muerte mis canicas
y no bañarme por un par de días de tanto apuro
y de mostrar con orgullo el centavo más viejo del barrio
el centavo que perderé después
y ni siquiera dolerá

sé que una mañana no bajaré con los del equipo
como acostumbraré a bajar hasta el estadio
que seguiré desganado y aburrido
y que Pancho y yo nos quedaremos sentados en la escalera
hablando de cosas importantes
y mientras le estaré contando en secreto
mi nuevo descubrimiento
será la primera vez en que veré a Liliana
con un pantalón corto que permitirá el sol en sus caderas
y me preguntaré algo sobre su edad
a medida que examino a contraluz cada uno de sus senos pequeños
y se me ocurrirá pensarla como mi novia
(esa misma novia que años después
veré casada y no tendré el coraje de saludar)

y en la forma de lograr que lo sea
y lo lograré ingeniándome para llevarla al cine más caro
y trataré de preguntarle si la besaron antes
si de verdad me quiere mucho como dice
si cuando estemos grandes se lo diremos a los demás
para que todos sepan
y tal vez el primer piropo de mi vida caerá sobre sus ojos
de una manera torpe y descompuesta
pero ella lo aceptará porque será también una primera vez
que escuchará cosas así

 y aunque cueste reconocerlo
sé que Liliana me durará poco
algo menos que el tiempo para ver que llorará
y que dejará su decepción olvidada
en un traje que no podrá usar porque para entonces
crecerá más aprisa
y ya no saldrá con nosotros a bañarse con agua lluvia
ni inventará fiestas a propósito de nada

 pero será la novia primera
la sonrisa
las manos niñas que sostuve hablando del abogado
que sería en pocos años
los ojos café
la manera de saludar desde un edificio de tres pisos
y de mirar hacia arriba esperanzadamente
y también uno de los recuerdos menos vergonzosos
que contar con alegría

 y a esta altura de mi vida
ya no será difícil comprender
que una casa es un sitio prohibido de palabras prohibidas
que hay que dar la impresión de inocencia
de que no se oyen largas discusiones que uno oyó en otra parte
y sabe de sobra cómo es el asunto

por eso cuando volveré saltando
sobre el balcón en un sólo brinco
un brinco exacto y lento ensayado después de muchas veces
y todos lleguen a silenciarse ante mi presencia inesperada
no sentiré la mínima curiosidad de saber de lo que hablan
porque ya lo supe tiempo atrás
porque es difícil ser extranjero en este país
y mi pobre padre no sabrá aceptarlo
y uno entenderá que a los extranjeros
se les nota la patria en los ojos
y sobre todo en la nostalgia
y por eso inaugurará aquella serie de sesiones recordatorias
contará con precisión cómo eran las casas
y los árboles de su pueblo
donde los mangos crecen descomunamente
como él los comió en las vías ferroviarias a plena tarde

mi padre
se inventará un país de recuerdos para hacer menos duros
sus fracasos
sus impotencias
su irremediable cancelación de proyectos.

Y para entonces
sentiré una especial manía de amarlo
una lástima rigurosa tan clara
que me negaré el derecho de comentar con nadie
y le veré
en su panel acalorado y repleto de galletas y caramelos
dando vueltas de abarrotería en abarrotería
y a veces olvidaré su oficio de repartidor
para entregarme al prohombre titánico con humildad
que oiré sólo una vez sollozando a escondidas

el día en que llegue aquel increíble telegrama de almuerzo
de: *"Hermano, mamá murió hace dos días."*

y ya dejaré de pensar en la forma
en que abrazaría a mi abuela paterna
una vez llegado a La Habana.

La vida se pondrá inestable desde ese día.

Mi hermana Ibeth creará el mismo alboroto familiar
que yo ocasioné a propósito de mis balbuceos
y en poco tiempo me veré hablando de inconcebibles conjeturas
de fantásticos lugares
con otros amigos en los que descubriré manchas de seriedad
palabras fáciles de hacerlas explotar en la boca
algo parecido a la libertad
y a esa universal falta de ternura que a gritos pedirán
en las esquinas
en las entradas de los teatros
en las mujeres violetas
que alcanzarán a tornarle por asalto el corazón
y los abdómenes

y será precisamente en ese estado de guerra no declarada
en que la ciudad comenzará a partirme
en que la veré con otra mirada
y sentiré la ciudadana incomodidad del atropello
de los amaneceres en que oleré a alcohol y a blasfemias
y besaré a una prostituta que me contará su vida
no como una tragedia irrisoria
sino como una anécdota de barrio a medianoche

y comenzaré por primera vez a olvidar cosas
a dejar atrás capitulares acontecimientos
poemas ocultos para el tiempo venidero
cartas que nunca contestaré
y creo que será la edad justa
para sentir una derrota
y conocer las diversas e incontables maneras de caer
aunque todavía siga soñando en grande
y tenga aliento para tirarme en el fondo de un alma cualquiera
con todas sus orfandades
sus disposiciones categóricas sobre el amor
sus insuficiencias
sus protestas sus odios
para ese instante en que necesitaré replegarme
aunque sólo fuera para sentirme protegido y feliz

digo
que tendré aliento para bajar a la calle
para darme cuenta que uno tiene un país una ciudad
y que todo cabe en ella
hasta las muertes más anónimas más singulares
más llenas de esperanzas
y que la confusión
los más desordenados órdenes son también inherentes a la vida
que legiones de confundidos militan dando gritos
aullidos sagrados
y tumbos contra las paredes donde hasta viejas historias
estarán borradas por un sol vertical
un sol que olerá a chamuscadas preocupaciones
a desalentados regresos
a diminutas lágrimas evaporándose en la resignación
y en la piedad
con la cual empezaremos a reconocernos.

Sé que llegará el día
en que diré que nunca he estado
y que sin embargo aquí estoy a esta hora
que ha sido hoy ese día de indiferencia
ese día que comenzó a caer expiatoriamente sobre la ciudad
ese día
provisionalmente civilizado del siglo veinte
y que Mario no hace otra cosa
que mirar el televisor con ojos de anciano
y que mi madre morirá pronto si continuó escuchando esa tos
detrás de la puerta
y que no sería demasiado distinto al día que pujó
con todo su amor al mundo
y que de verdad
han pasado sobre mi niñez una paperas abultadas
unos dientes de leche
un miedo natural que fue vencido en ocasiones singulares
aquel instante
en que me sentí encarnizadamente solo
y la rayuela
que fue el descubrimiento de la tristeza
cuando perdí en el juego
el centavo que tuve para mostrar
las cosas importantes que le dije a un tal Pancho amigo
que hoy no podría reconocer aunque quisiera
y Liliana
que saludó alborotadamente desde un tercer piso
sin sentir vértigo ni vergüenza
y mi padre
que nunca renunció a soñar
y fue sólo un extranjero con su patria al borde de los ojos
y que también fue grato pedir ternura
extendiendo las manos en las entradas de los teatros
y que me sentí derrotado

y olvidé
y tuve frío
 y que junto a esta cosa que le doy el nombre de vida
 esta cosa que tendría que caer por tierra
 junto a estos hechos
 descubro que otras vidas entran a pie a mi casa
denunciando para siempre todo el anonimato del mundo

en este instante
en que mi ciudad se ha llenado de ruidos
de murmuraciones
de iglesias a punto de despeñarse en el silencio
de tristes traiciones
 y que Eduvigis se las habrá ingeniado
para no sentir necesidad de nadie
para fingir un endurecimiento al recordar que la amaba
y al reconocer
que más de una vez deseamos tomarnos por asalto
un mundo cualquiera y poblarlo nuevamente
 y que Pedro estará detrás de un ron con cocacola
teorizando sobre una revolución que no hará
o tal vez escribiendo un poema nuevo al vietnam
sin sentirse vietnamita ni bombardeado desde el aire
 en este instante
en que Roberto estará terminando por fin
un ensayo que ha prometido como una maravilla
sobre la esclaritud durante la colonia
sin percatarse de otras esclavitudes que siguen subsistiendo
a pesar de todas las manumisiones
de todos los decretos
de todas las leyes
 y de todas las censuras y denuncias

a pesar de que mi país a esta hora
es un puro mar sin alabanza
después de terminada esta lluvia imperdonable

y yo aparentemente melancólico y amoroso
pienso que Michael lleva años queriéndome decir algo
que no me ha dicho
y que he esperado como una especie de salvación
y de rescate.

EN ESTA CIUDAD HAY VARIAS FORMAS DE MORIR

En esta ciudad hay varias formas de morir.

Una de ellas consiste en la lluvia de la tarde
en la lluvia urbana ministerial en la lluvia multitudinaria
cuando se recogen a ambos lados de las calles
todos los pasos anónimos húmedos
los pasos aplastados en su charco de tristeza
y uno muere de asfixia contra las paredes las vidrieras
las esquinas solas
con su inocente historia que deseó contar
que quiso que alguien escuchara alguna vez
y nos diera una palmada sobre el hombro
diciendo:

*“Vamos amigos no es nada si también otros mueren
y se quejan menos.”*

Pero es una forma de morir.

Una clara y rotunda manera contenta de morir
a plena tarde
huyendo de la lluvia
haciendo una rápida operación de ósmosis contra los recuerdos
tratando de que la presión sobre la piel no sea tan dolorosa
que alguien nos perdone
que sepa amarnos en ese momento
y nos devuelva nuestro reguero de lágrimas.

Ha llovido otra vez sobre la ciudad.

En eso tiene que consistir una muerte ejemplar
una viva muerte para que otros no olviden
para que algo quede testimoniando
levantando su grito
para que se diga que en un país murió un hombre
antes de que acabara la lluvia por pura casualidad
y se siguió acudiendo a los ministerios
a la seguridad social
a las funerarias a los bazares viejos
y que al final de cuentas
nadie pudo contar su historia su pequeña vida proyectil
y no se dijo nunca
por dónde le nació la muerte
ni cómo fue posible que cayera a tierra sin hacer ruido.

VIRREYES DE ESTA PENITENTE CIUDAD

Algo ha cambiado desde entonces
desde que tú y yo fuimos como virreyes
de esta ciudad
de esta santa ciudad amurallada
de tráfico
y esclavos y mercados y mar
donde el amor se iba a pique en carabelas
del viejo mundo

algo ha cambiado desde que impartíamos las órdenes
a esta tierra nueva
desde que se cumplían los edictos
al pie de la letra
por el puño de esta firma que tanto conoces
benedicida por papas hermanos de reyes
desde que eras una dama de España
distinguida
venida de lejos a mi lado hasta esta ciudad
que nunca supo cómo era la vida extramuros
en el arrabal de zambos
en la compraventa de esclavos al mediodía
en las mazmorras de las cárceles
que yo inventé para ti
para que siguieras siendo hermosa
y recibieras a los embajadores en los puertos
segura firme fina
amable en tu sonrisa de diosa cortesana
alejada del pueblo de esta ciudad dócil
y fiel al imperio de la corona

algo ha cambiado desde tu alcoba hermética
protegida de la tempestad
del olor de las calles mulatas
y de la protesta cerrada de la lluvia
de estos lugares casi legendarios
donde llueve como un cabildo de grillos a la intemperie
desde tus inamovibles ojos
que todavía miran al mar
en el recodo de esta bahía ancha y sublime a veces
donde tu piel es más blanca al atardecer
y desde que puntualmente embarcaban
los cargamentos a la metrópoli
ante un murmullo de pescadores en la orilla

algo ha cambiado desde entonces
desde que tú y yo fuimos como señores
de esta tierra bajo la potestad de Dios

amos de esta penitente ciudad
de esta abarrotada ciudad de mercaderes
y espejos
desde que la fiebre disipó tertulias de ancianos
amores que se iban con los muelles
centinelas de la última guardia

desde que estos lugares braman por dentro
desde que empezamos a caer en estos silencios coloniales
desde que a ti y a mí nos unió el miedo
algo ha cambiado.

COLONIZACIÓN DEL SITIO

Entonces fue suficiente tomar posesión del sitio

levantar una casa pequeña
cortar árboles gigantes
fundar una ciudad de cruce y de viejas mulas
empedrar las calles
y bautizar estos lugares para siempre

darles un nombre para los siglos venideros
y reiterar la fe en nuestros reyes imperiales
y amurallar todo contra el invasor

entonces bastó divisar el mar
desde el puesto vigía
y anunciar la calma una vez más
construir una catedral para darle a Dios gracias
por esta tierra virgen
por estos talentos que multiplicar
a la hora de la repartición del mundo recién descubierto
por esta dádiva de los cielos
y por estos montes preñados a más no poder
con el oro necesario para nuestras cortes

entonces fue suficiente un cargamento de pañuelos
espejos de feria
porcelanas gitanas
y arcabuces para un trueque justo
para colonizar estos bosques y estos niños
y para hacer de estos lugares sitio de promisión
orgullo de España
gloria de nuestros antepasados

y confirmación del ensanchamiento del mundo
más allá de todas las columnas
y todos los horizontes que veían nuestros ojos

entonces bastó permanecer
mantener el asombro y el miedo
declarar la catequización de los peces
en nombre de la cristiandad

pero también fue suficiente la soledad de los inmigrantes
las canciones primitivas de la nostalgia
la orden de sostener la plaza
de izar todas las banderas
y hacer de cada virreinato un motivo de gloria
y del poder de nuestros buques en estas aguas nuevas
en los mapas trazados por primera vez
en esta bahía donde hasta el viento ha sido violado
por los velámenes
esta implacable destrucción al precio de tantos tributos
esto que llamamos desde hace poco América
esta tierra tomada por asalto
esta tierra invadida tantas veces

y este amor que te guardo cada día más triste
cuanto más descubrimos que nos amamos
en un sitio que no nos pertenece.

PRIMERAS HUELLAS

Aquí me tumbo de espaldas en la tierra
y la tierra vive
la escucho latir pausadamente con la respiración
de una mujer hermosa y buena

aquí me detengo tirado en un desplome lento
y uno se sabe de este sitio
que viene de estos lugares
precisamente de esta parte
donde están las huellas de la presencia
de un ser de aquí
de pertenecer a lo que ocurre
con el nombre que nos dieron
la casa que habitamos
y el mar de plomo de límites en los ojos

aquí me tumbo y me encuentro
me descubro parecido a lo que me recibe
me sé de esta patria aunque duela por instantes
de estos hombres que conozco de siempre
de estas niñas coquetas que saludan bajo el sol
y de esta ciudad que a veces traga
y se ensucia
y se queda callada con sus silencios
sus necesidades milenarias
sus terribles noches vaciándose por las alcantarillas

puedo anclarme o distenderme
asegurar mis mundos mi prehistoria
encontrar motivos al amor
reconocer mi absoluto asombro

todo lo que me fue dado para entregarlo después
un poco más compuesto quizá
menos partido en dos más amable
reconocido en la esperanza

aquí me tumbo y me levanto cada día
algo apretado me llega en los diarios de la mañana
algo va quedándose en las sábanas que uso
en los panes del desayuno
en los balcones viejos con la edad
en las vidrieras donde me peino
o en la mujer que va haciéndome feliz

aquí digo que fue por donde el mundo creció
y todos los dioses se fueron de bruces
cuando la tierra comenzó a poblarse.

RECONSTRUCCIÓN PARA EL NOMBRE CON EL CUAL
NOMBRAR LAS COSAS

También he dejado tu nombre a la reconstrucción

por eso no lo pronunciamos por ahora
antes tendrá que ser sometido a unas manos carpinteras
a unos ojos de artesanos de albañil
antes tendrá que hacerse pan
que oler a harina
que desparramarse sobre la ciudad como agua lluvia

tu nombre
habrá que golpearlo contra la madera
llevarlo hasta la tristeza de mi país hacerle padecer
sacarle al aire
darle un robusto baño de sol
mostrarle la esperanza
la alegría
eso que de un tiempo a esta parte llamamos amor

tu nombre
pasará por los hospitales
se le darán transfusiones nuevas para su rebeldía
conocerá de cerca la ternura
la hierba
la nostalgia

tu nombre
reconstruido servirá para nombrar las cosas primarias
el gigante crecimiento de este siglo
y el corazón abierto del hombre.

POEMAS AL HOMBRE DE LA CALLE

▼

(1968-1970)

POCO A POCO
 sin quererlo
sin hilvanar propuestas
 quehaceres
 ausencias
nació esto de decir
palabras al hombre
de la calle
 rasgando ilusiones
 inventando amores
y conteniendo el grito
 de una flor
 que se abre
 y se inclina
sobre la tierra
 en su desespero
 de seguir
 siendo
 flor

SOLEDAD
es sólo
una palabra
hueca
que se
parece demasiado
a
soledad

QUÉ EXTRAÑO
 es verse uno
 ante el espejo
cambiar de expresiones
 y desfigurar
lo poco de niño
que tenían
en nosotros las sonrisas

y es que ya no somos
 los mismos
porque se ha vivido
 otro instante nuevo
y otro más
 hasta morirse uno
 del todo
 y ser acusado
de muerto sobre la tierra

CALLA

no digas nada
todo lo dijimos ya
es inútil
volver a repetirlo
otra vez más

calla
el silencio a veces
tiene muchas palabras
y es preciso
dejar de hablar
de callarlo todo
de olvidarlo todo
de no responder nunca
porque
nadie lo entendería

OBRA POÉTICA (1968-2008)

SIEMPRE LO SUPE
PERO SÓLO HASTA
AHORA
LO COMPRENDÍ PERFECTAMENTE:
ALGUIEN ME LLAMÓ
POR MI NOMBRE
ME GRITÓ
ME IDENTIFICÓ CONMIGO
ME DESCUBRIÓ

QUISIERA
olvidar
aquella
hoja
seca
que
terminó
de
morir
en
mis
manos

y
tus
ojos
se
han
vuelto
raíces
de
lluvia

CIERTAMENTE

hay seres como tú
y como yo
transeúntes absurdos
que calibramos
cada hora
y
cada siglo
en espera de un milagro
y que deseamos
después de todo
introducirnos
en una botella
de añejo
envejecido
para
retener
allí
la
vida

GUARDÉ
 los ojos
en la despensa
 como para
 no mirar
el mundo

abrí
 una lata
 de conservas
 y me alimenté
como
 para un largo
 viaje

alguien
 dijo después
que
 vieron un ciego
 caminar
 por la vida
 pero iba

TE JURO
 que el tiempo
se
 detuvo
 a las
 tres
a
 las
 tres
 en mayo
 en el amanecer
luego
 volvieron los recuerdos
y
 eran
 las
 tres
 ni una hora más
 ni una hora menos
justa
 justamente
 las
 tres

SOÑAR
ES
TOMAR
ENTRE
LAS
MANOS
UNA
COPA
DE
COÑAC
BEBERLA
TRAGO
A
TRAGO
Y
DESPERTAR

ANTES QUE NADA
 hubo la necesidad
de ser algo
 de existir
 de pagar el precio convenido
y de invertir
 cada segundo
 en la ruleta
 con la esperanza
 de ganar
un poco
 de otro ser

MANUEL ORESTES NIETO

LLEVAMOS ETERNIDADES

cargando
los huesos
por lo transitable

deambulando
por
el bazar judío
y
por la calle

SON LAS OCHO
de la noche

¿qué ha pasado
con las siete y media?

¿y qué hay
de las nueve?

¿también ha de ser nada?

no lo sé
son las ocho

y
un
minuto

es lo único
que
importa

TE RECUERDO

entonces fue suficiente
ambos
nacimos con la muerte

nos
sobró todo
a veces
lo creíamos así

nadie nos lo dijo
nunca
pero
fue suficiente
para destruir
el sol

compréndelo

ahora
te recuerdo

UNA MANO
de mujer
se
aferró con tal fuerza
a la mía
que
tuve que nacer
otra vez
para
poder
sostenerla

MANUEL ORESTES NIETO

CREO QUE HOY
 ES EL DÍA
DE MI CUMPLEAÑOS
 SI ES SIETE
 DE JUNIO
 SÍ
SI NO
 NO

DÉJAME PENSAR
 que todavía
 no todo está perdido
que aún podemos
 tirar el monte abajo
 y decirle a la tierra
que
 desmontamos los yerbazales
 cuando había tiempo
 cuando había hombres

déjame pensarlo
 te lo exijo

TE BUSCARÉ SI ES PRECISO
hallarte

bajo
la calle norte
que cruza el césped
abonado en sangre

o en la esquina
de los autobuses
postreros
no importa mucho dónde
si es preciso

lo fundamental
ha de ser encontrarte

OBRA POÉTICA (1968-2008)

LOS
relojes
siguen
en
la
plaza
con
su
coloquio
antiguo
hablando
de
la
gente
que
pasa
por
el
parque

EL
fruto negó
la
flor
no importó
la fatiga del árbol

nació con la muerte
vegetal a rastras
el
fruto negó
la
flor
y
la
flor
afirmó la vida

HAY DÍAS
 para el hombre
en los que pareciera
 que el cielo
 y la tierra
 todo lo aplastaran
y que sólo
quedara
un río
 que va cavando
 su tumba
 al suicidarse
 en el mar

MANUEL ORESTES NIETO

MORIR ES
DEJAR DE SER
LO QUE SE FUE
PARA COMENZAR
A SER TODO AQUELLO
QUE NO FUIMOS

PREGUNTÉ A DIOS

por este existir

por estar aquí

ahora

en mi ser

y no respondió

nunca nada

mientras iba cayendo

largamente mi angustia

en el vacío

de

mí

¡HOY
por fortuna
señoras y señores
del mundo
el día
está
lleno
de
SOY!

HABRÁ QUE PENSARLO

todo

otra vez

desde el instante

antiguo

del mono

que sonrió sorprendido

al saberse hombre

hasta

este día

de hoy

con fecha precisa

de calendario

con

las mismas

palabras

y voces

de siempre

MANUEL ORESTES NIETO

CASI LO HE
 OLVIDADO TODO
ERA UN
 PUEBLO TRISTE
 AL ATARDECER
ESO SÍ

 Y RECUERDO TAMBIÉN
 QUE SIEMPRE
 LLOVÍA
CABALMENTE
DE
LA
MISMA
MANERA.

HAY MOMENTOS
que aterra vivir
como este que presiento ahora
y me disloca
de la vida:

sentir que doy vueltas
en el vacío
inexplicable
de mi SER

Índice

COMO UNA FINA ESCULTURA DE MÁRMOL/ <i>Pablo Menacho</i>	5
ARDOR EN LA MEMORIA (2008)	
I. Fotogramas de lluvias	13
II. Aquel país en su memoria	15
III. Un ahogado terrestre	17
IV. Tomás ya no llegaría	19
V. Nido de águilas	21
VI. El incendio	23
VII. El sueño inefable	24
VIII. Olor a alcanfor	25
IX. Mediodía sin adiós	26
CARTA DE OTOÑO (2005)	
I. <i>Mi querida Helena</i>	29
II. <i>Anoche busqué las luces en la oscuridad de mis ojos cerrados ...</i>	30
III. <i>Sé lo que me enseñaron los ancestros</i>	32
IV. <i>De todas formas voy a sentarme aquí</i>	36
V. <i>¿A qué hora justa se aplacará el peligro?</i>	38
VI. <i>Sin moverme</i>	40
VII. <i>Tú estás en una punta y yo en la otra</i>	41
VIII. <i>Te envió estas noticias sin urgencia</i>	42
NADIE LLEGARÁ MAÑANA (2002)	
I. Mañana de ámbar	45
II. Atardecer de añil	64
EL PAÍS ILUMINADO (2001)	
Un mundo sin límites	79
La ciudad eterna	81
La vastedad de las montañas	84
El resplandor	85
Leoncar, hijo del tiempo	87
Las abejas del solsticio de verano	89

Ave del paraíso	91
Achu, la antelación	93
El árbol de frutos de oro	95
La llama en el agua	97
Los graneros de la tierra	99
Nahe, hija del sol	100
Oreth, hijo de la luna	102
Fragmentos del dolor	104
Caravana a los orígenes	107
El polen fascinante	110
El eco de otras vidas	112
El inmenso sueño de las estrellas	115
ESTE LUGAR OSCURO DEL PLANETA (1998)	
I. Como una gota de sangre extraviada	119
II. El castigo de ver el agua	129
III. Ora por mí, señora	136
IV. Fusilarás la patria.....	142
V. Como una bala disparada a los ojos	150
VI. El mar duele como un sepulcro	155
VII. Mujer con alas de mariposa	161
EL MAR DE LOS SARGAZOS (1997)	
I. Un mar dentro del mar	171
II. El Consejo de los Espejos	173
III. La más bella ciudad de las aguas	175
IV. La catedral sumergida	177
V. El oficio de la tortuga	179
VI. Los lagos sin luz	180
VII. Viajeros con rumbo oeste	182
VIII. Los juegos del mar	185
IX. Costureras de la espuma	187
X. La vida es una perfecta perla	189
XI. Aroma de eucaliptos	191
XII. El otoño es una leyenda	193
XIII. Los soles acuáticos	195
XIV. Un pez color violeta	197
XV. Aguas del porvenir	198

SANGRE VIDRIADA (1991)

1.	Carruajes del dolor	203
2.	Orden ejecutiva	206
3.	Soberanía tutelar	207
4.	Disparo de alta precisión	209
5.	Misa campal	210
6.	Barricadas contra los invasores	211
7.	Civilización y barbarie	212
8.	Necrofilia	213
9.	La patria agradecida	214
10.	Miedo	216
11.	Estampa de guerra.....	217
12.	Tres instantes	218
13.	Himno nacional	220
14.	Cambio de los tiempos	221
15.	Orilla de mar	222
16.	Ciudad de cabellos quemados	223
17.	Estos muertos insepultos que aún nos rondan	225
18.	Argonautas del fondo del océano	226
19.	Las huellas	227
20.	Gloria inmerecida	228
21.	Antología poética	229
	1. <i>Al Cerro Ancón</i>	229
	2. <i>Cuartos</i>	230
	3. <i>Patria</i>	230
22.	Recompensa	231
23.	Tierra ajena.....	232
24.	Días de hirviente herida.....	234

EL CRISTAL ENTRE LA LUZ (1988)

I.	<i>En ti vivió siempre un caballo de madera</i>	237
II.	<i>Permíteme reconstruir el instante en que un sol anaranjado</i>	237
III.	<i>Para ti, la llave y el fulgor; para mí, el borde</i>	238
IV.	<i>Descansa también esta noche</i>	239
V.	<i>Tuve el honor de tus ojos</i>	239

NOTICIAS DE PÁJAROS (1987)

1.	<i>Los pájaros perdidos del mar han vuelto</i>	243
2.	<i>Dijimos: lo importante es que no caigan vencidas</i>	243
3.	<i>También el desconcierto es una dureza</i>	244

4.	<i>Por el surtidor del día se ha vaciado en el mar</i>	244
5.	<i>Sobre todas las cosas no permitas</i>	245
6.	<i>Dentro era una flama inextinguible</i>	245
7.	<i>Nunca supiste que el anochecer</i>	245
8.	<i>A veces es un puñado de tierra</i>	246
9.	<i>Hay que admitir que lo abierto</i>	246
10.	<i>Aunque parezca que todos los relojes estallan</i>	246
ALA GRABADA EN BLANCO (1987)		
1.	<i>Hoy hubo un ruido intenso entre los framboyanes</i>	249
2.	<i>Hay recuerdos que quedan sumergidos en el aire</i>	249
3.	<i>Ahora estarás vientre abajo en los desfiladeros</i>	250
4.	<i>Henos aquí: levantando un monumento al sonido</i>	250
5.	<i>De la lumbre a la medianía sólo hay un paso</i>	251
6.	<i>Uno puede mal evocar o mal evocarse</i>	252
7.	<i>Me asombró vivirte</i>	252
8.	<i>Guerrera fuiste queriendo ser</i>	253
9.	<i>El espejo de tu imagen ha sido atravesado</i>	253
10.	<i>Ahora sé que no era un ruido de la nube</i>	253
PIEDRA DE CIELO (1987)		
1.	<i>Astillada la flor</i>	257
2.	<i>Entre lo más querido</i>	257
3.	<i>Y también hay un hombre</i>	257
4.	<i>Viví convencido</i>	257
5.	<i>¿Cómo habrá sido el vientre</i>	258
6.	<i>Entonces</i>	258
7.	<i>Quizá como una leyenda fundada</i>	258
POETA DE UTILIDAD PÚBLICA (1985)		
1.	<i>La poesía te escoge, no la escoges</i>	263
2.	<i>Exorcizarte</i>	263
3.	<i>Hija de la palabra</i>	264
4.	<i>Humilde como ella sola</i>	264
5.	<i>Ante ti</i>	265
6.	<i>Han querido hacer madre de la lamentación</i>	265
7.	<i>Raíz de lo perdurable</i>	266
8.	<i>A tu imaginación y su vuelo</i>	267
9.	<i>Sólo a tu corteza de árbol noble</i>	267
10.	<i>Señal del camino</i>	268

11.	<i>He aquí el rastro y el arco de tu horizonte</i>	269
12.	<i>Nunca fue tu vocación el aislamiento</i>	269
13.	<i>Podrán cerrar las puertas para que no entres</i>	270
14.	<i>Todo lo has podido y lo podrás</i>	271
15.	<i>Excepto acometer contra lo humano</i>	271

ENTRE PALABRA Y PALABRA (1985)

1.	<i>El dolor provoca</i>	275
2.	<i>Vasta</i>	275
3.	<i>¿Cómo te vistieron de rencor?</i>	276
4.	<i>Entre la palabra lágrima y la lágrima</i>	276
5.	<i>Lo solo devasta</i>	276
6.	<i>Acompañas a lo que ríe</i>	277
7.	<i>Filo de navaja que corta lo vedado</i>	277
8.	<i>¿Cómo fue aquel instante de magia y dominio?</i>	277
9.	<i>Tomados los ojos</i>	278
10.	<i>Te ruego que respetes</i>	278
11.	<i>Un golpe de realidad</i>	279
12.	<i>No trates de corromperla</i>	279
13.	<i>Ya que llegaste</i>	280
14.	<i>¿Quién como tú?</i>	280
15.	<i>La mayor certeza sobre ti</i>	280

NO ME PERMITO LLORAR (1984)

1.	<i>Por favor: que mañana el mañana no haya pasado</i>	283
2.	<i>¿Por qué eres lo que no fuiste?</i>	283
3.	<i>El silencio corroe</i>	283
4.	<i>Puedes limpiar las huellas y borrar el trazo</i>	283
5.	<i>En verdad</i>	283
6.	<i>No es suficiente construir andamios</i>	284
7.	<i>Conocí hasta la piel de tus pupilas</i>	284
8.	<i>Está dicho</i>	284
9.	<i>Nos asombrábamos de nuestro propio hallazgo</i>	285
10.	<i>Quien llora</i>	285
11.	<i>Quise para ti el vuelo de tu vastedad</i>	286
12.	<i>Vamos a exorcizar ese pequeño animal</i>	286
11.	<i>¿Qué mayor oráculo que un mar inmisericorde?</i>	287
10.	<i>Como ves</i>	287
9.	<i>Herí la piedra angular</i>	288
8.	<i>Cometí vivir sin reparar</i>	288

7.	<i>Hacia ti o hacia mí</i>	288
6.	<i>¿Quién resiste un océano manchado de sangre?</i>	289
5.	<i>Allí está de pie mirando al sol</i>	289
4.	<i>La estupenda lumbre del amor</i>	289
3.	<i>Un día reventarás a gritos</i>	290
2.	<i>En la explosión del sueño también se deshace</i>	290
1.	<i>Por favor: que mi mañana no haya pasado</i>	290

PANAMÁ EN LA MEMORIA DE LOS MARES (1984)

1.	<i>Bordada a los océanos</i>	293
2.	<i>Punto de llegada y partida</i>	293
3.	<i>Para tu cintura</i>	294
4.	<i>Tú les viste llegar y partir</i>	294
5.	<i>Tirada de bruces</i>	295
6.	<i>Esta sangre como la suma de muchas sangres</i>	295
7.	<i>Antigua y yugular</i>	296
8.	<i>Desde que supieron que allí estabas</i>	297
9.	<i>Silbato de locomotoras y humo</i>	298
10.	<i>Durante mil días no pudiste dormir</i>	299
11.	<i>¿Te acuerdas de aquél que fusilaron?</i>	299
12.	<i>Madre cuestionada impunemente</i>	300
13.	<i>Arrasada</i>	300
14.	<i>Comprimidos</i>	301
15.	<i>En Europa se moría</i>	301
16.	<i>Te odiaron tantas veces</i>	302
17.	<i>Enero</i>	302
18.	<i>Allí donde el mundo</i>	303
19.	<i>Este hombre</i>	303
20.	<i>Ocurre</i>	304

HE VUELTO A LA MADERA (1980-1982)

	<i>Baldomera murió de pie</i>	307
	<i>Dueña de la estrella</i>	311
	<i>El rostro de las calles</i>	312
	<i>He vuelto a la madera</i>	316
	<i>Rafael</i>	317
	<i>Mirar hacia dentro</i>	318
	<i>Esta multitud muerta y atolondrada</i>	319
	<i>Los derrumbes y la tierra como fondo</i>	321

LOS MUERTOS DOLERÁN DE OTRA MANERA (1979)

Estampa de guerra 1: mayo, 1979	325
Estampa de guerra 2: junio, 1979	326
Estampa de guerra 3: junio, 1979	327
Estampa de guerra 4: julio, 1979	328
Estampa de guerra 5: julio, 1979	329

DIMINUTO PAÍS DE GIGANTES CRÍMENES (1976)

1. <i>Llegaron en hordas, llegaron muchos</i>	333
2. <i>La cerca</i>	334
3. <i>Allí están a toda hora</i>	335
4. <i>Así nos tiraron, nos echaron fuera</i>	336
5. <i>Para quererte no basta decirlo</i>	337

DAR LA CARA (1975)

I. ENEMIGO COMÚN

Estas calles que nadie habita	341
Enemigo común	344
Nilka Smith	348
Novia pop	350
Tanques en el puente	352
Para Ángela	354
Sagrada familia	357
Era nuestro país a comienzos de año	362
Hice lo que había que hacer	365
Fiel servidor del Tío Sam	367
Crónica de drogadictos y alucinógenos	369
Ciudad ciudad	372
Ciudad terminal	373
De monstruos y palomas	375
Alegato desde la tierra	379

II. LA JAULA TUMBADA

1. <i>Cuando no era tribu la tribu</i>	381
2. <i>Ese alguien no tenía aún nombre</i>	382
3. <i>Reunidos el errante y los hijos del cacique</i>	383
4. <i>El cacique medita largamente</i>	384
5. <i>De cara al espectáculo de su propio crimen</i>	385
6. <i>Cada hijo da vueltas por su choza</i>	387
7. <i>El cacique también da vueltas en su choza</i>	388

8. <i>El cacique y el sumo sacerdote</i>	389
9. <i>De raíz</i>	390
III. OTROS POEMAS	
Simplemente uno dice	393
Nylon	395
Eran los años en que todo parecía bien	400
Acorralamos el corazón	404
Ese olor a hospital que a veces te llega de lejos	406
Igualmente desesperados	409
Recopilación de documentos	411
Lectura de archivos	413
Aclaración de inevitable rigor	415
Se me está endureciendo la ternura	417
Hoy la patria desnuda a la intemperie	419
Papeles como féretros	421
Se trata de nosotros	423
RECONSTRUCCIÓN DE LOS HECHOS (1973)	
Incorporación de mundo	427
María Raquel de balcón a balcón	429
Dibujo de aldea	432
Soraya 23	434
Esta ciudad que pregunta por sus muertos	437
Primer asombro	439
Carta personal	441
Fundación de tu nombre	444
Adentro de los pájaros	446
Andrea	448
Segundo asombro	450
Disociación de la ternura	452
Reconstrucción de los hechos	453
En esta ciudad hay varias formas de morir	463
Virreyes de esta penitente ciudad	465
Colonización del sitio	467
Primeras huellas	469
Reconstrucción del nombre por el cual nombrar las cosas	471

POEMAS AL HOMBRE DE LA CALLE (1968-1970)

<i>Poco a poco</i>	475
<i>Soledad es sólo una palabra</i>	476
<i>Qué extraño es verse uno</i>	477
<i>Calla</i>	478
<i>Siempre lo supe</i>	479
<i>Quisiera olvidar aquella hoja seca</i>	480
<i>Ciertamente hay seres como tú</i>	481
<i>Guardé los ojos en la despensa</i>	482
<i>Te juro que el tiempo se detuvo</i>	483
<i>Soñar es tomar entre las manos</i>	484
<i>Antes que nada</i>	485
<i>Llevamos eternidades</i>	486
<i>Son las ocho</i>	487
<i>Te recuerdo</i>	488
<i>Una mano de mujer</i>	489
<i>Creo que hoy</i>	490
<i>Déjame pensar</i>	491
<i>Te buscaré si es preciso</i>	492
<i>Los relojes siguen en la plaza</i>	493
<i>El fruto negó</i>	494
<i>Hay días para el hombre</i>	495
<i>Morir es dejar de ser</i>	496
<i>Pregunté a dios por este existir</i>	497
<i>Hoy por fortuna</i>	498
<i>Habrá que pensarlo todo</i>	499
<i>Casi lo he olvidado todo</i>	500
<i>Hay momentos que aterra vivir</i>	501

MANUEL ORESTES NIETO

Nació el 7 de junio de 1951 en la ciudad de Panamá. Es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Santa María La Antigua. Fue Agregado en la Embajada de Panamá en Nicaragua y Embajador de Panamá en Cuba y Argentina; Director de la Biblioteca Nacional «Ernesto J. Castillero R.» y Subdirector General del Instituto Nacional de Cultura.

En 1973 fue finalista del Premio «Juan Boscán» de Literatura (Barcelona) con su cuaderno *Los nombres personales*. Ese mismo año, con su libro *Adentro reconozco que me duele todo*, recibió una Mención como finalista en el Premio «Casa de las Américas», el cual gana en 1975 con su libro *Dar la cara*.

Ha obtenido el Premio Nacional de Literatura «Ricardo Miró» en cuatro ocasiones, con los libros: *Reconstrucción de los hechos* (1972), *Panamá en la memoria de los mares* (1983), *El Mar de los Sargazos* (1996) y *Nadie llegará mañana* (2002). En 1999 gana una Alta Mención Honorífica en el Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán» con su poemario *Este lugar oscuro del planeta*.

En 1996, el gobierno de Chile le confiere la Medalla «Gabriela Mistral», en conmemoración del 50° aniversario del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a esta escritora chilena.

En el año 2000, el Instituto Nacional de Cultura le concede el Premio Nacional de Literatura «Pedro Correa Vásquez» a la excelencia literaria por el conjunto de su obra publicada.

Además de los libros premiados, ha publicado: *Poemas al hombre de la calle* (1970), *Enemigo común* (1974), *De monstruos y palomas y otros poemas* (1975), *Diminuto país de gigantes crímenes* (1975), *Oratorio para Victoriano Lorenzo* (1976), *Poeta de utilidad pública* (1985) y la antología poética *Rendición de cuentas (1968-1988)* (1991), que recoge los primeros veinte años de su quehacer poético;



El imperecedero fulgor (1996), *El legado de Omar Torrijos* (1997 y 1999); *El país iluminado* (2001) y *Ala grabada en blanco* (2001).

Su libro *El Mar de los Sargazos* está publicado en el sitio web español *badosa.com* desde finales de 1998, igualmente lo está su poemario *No me permito llorar*. *Librosenred* (Argentina) oferta sus poemarios *El país iluminado* y *El Mar de los Sargazos*, siendo los dos primeros libros digitales de autor panameño en la internet. *Poeta de utilidad pública* está publicado en *elcalamo.com* (México). *Noticias de pájaros* y *Ala grabada en blanco* están publicados en el sitio *mundopoesia.com*.

Poemas suyos han sido traducidos al inglés, portugués, ruso, húngaro, checo y polaco. Aparece en importantes antologías de poesía panameña e hispanoamericana contemporánea.

Ha dirigido páginas periódicas y publicaciones literarias, entre ellas: *Prisma* y *Extensión*, la página literaria del diario *Panamá-América*, *Trastienda*, y *Crítica-Arte*, del diario *Crítica*. Fue columnista colaborador del diario *El Universal de Panamá* y miembro del Consejo Editorial del suplemento literario y cultural *Tragaluz*.